

Pedro Salinas, *La voz a ti debida*

[1]

Tú vives siempre en tus actos.

Con la punta de los dedos
Pulsas e mundo, le arrancas
auroras, triunfos, colores,
alegrías: es tu música. 5
La vida es lo que tú tocas.

De tus ojos, sólo de ellos,
sale la luz que te guía
los pasos. Andas
por lo que ves Nada mas. 10

Y si una duda te hace
señas a diez mil kilometros,
lo dejas todo, te arrojas
sobre proas, sobre alas,
estás ya allí; con los besos, 15
con los dientes la desgarras:
ya no es duda.
Tú nunca puedes dudar.

Porque has vuelto los misterios
del revés. Y tus enigmas, 20
lo que nunca entenderás,
son esas cosas tan claras:
la arena donde te tiendes,
la marcha de tu reloj
y el tierno cuerpo rosado 25
que te encuentras en tu espejo
cada día al despertar,
y es el tuyo. Los prodigios
que están descifrados ya.

Y nunca te equivocaste, 30
más que una vez, una noche
que te encaprichó una sombra
—la unica que te ha gustado-—.
Una sombra parecía.
Y la quisiste abrazar. 35
Y era yo.

[2]

No, no dejéis cerradas

las puertas de la noche,
del viento, del relámpago,
la de lo nunca visto. 40
Que estén abiertas siempre
ellas, las conocidas.
Y todas, las incógnitas,
las que dan
a los largos caminos 45
por trazar, en el aire,
a las rutas que están
buscándose su paso
con voluntad oscura
y aún no lo han encontrado 50
en puntos cardinales.
Poned señales altas,
maravillas, luceros;
que se vea muy bien
que es aquí, que está todo 55
queriendo recibirla.
Porque puede venir.
Hoy o mañana, o dentro
de mil años, o el día
penúltimo del mundo. 60

Y todo
tiene que estar tan llano
como la larga espera.
Aunque sé que es inútil.
Que es juego mío, todo, 75
el esperarla así
como a soplo o a brisa,
temiendo que tropiece.
Porque cuando ella venga
desatada, implacable, 70
para llegar a mí,
murallas, nombres, tiempos, ;
se quebrarían todos,
deshechos, traspasados
irresistiblemente 75
por el gran vendaval
de su amor, ya presencia.

[3]

Sí, por detras de las gentes
te busco.
No en tu nombre, si lo dicen 80
no en tu imagen, si la pintan.
Detrás, detras, más allá.

Por detrás de ti te busco.
No en tu espejo, no en tu letra,
ni en tu alma 85
Detrás, más allá.
También detrás, más atrás
de mí te busco. No eres
lo que yo siento de ti.
No eres 90
Lo que me está palpitando
con sangre mía en las venas,
sin ser yo.
Detrás, más allá te busco.

Por encontrarte, dejar 95
de vivir en ti, y en mí,
y en los otros.
Vivir ya detrás de todo,
al otro lado de todo
—por encontrarte—, 100
como si fuese morir.

[4]

¡Si me llamas, sí,
.si me llamas!
Lo dejaría todo,
todo lo tiraría: 105
los precios, los catálogos,
el azul del océano en los mapas,
los días y sus noches,
los telegramas viejos
y un amor. 110
Tú, que no eres mi amor,
¡si me llamas!
Y aún espero tu voz:
telescopios abajo,
desde la estrella, 115
por espejos, por túneles,
por los años bisiestos
puede venir. No sé por dónde.
Desde el prodigio, siempre.
Porque si tú me llamas 120
—¡si me llamas, sí, si me llamas!—
será desde un milagro,
incógnito, sin verlo.
Nunca desde los labios que te beso,

nunca 125
desde la voz que dice: "No te vayas."

[5]

Ha sido, ocurrió, es verdad.
Fue en un día, fue una fecha
que le marca tiempo al tiempo.
Fue en un lugar que yo veo. 130
Sus pies pisaban el suelo
este que todos pisamos.
Su traje
se parecía a esos otros
que llevan otras mujeres. 135
Su reló
destejía calendarios,
sin olvidarse una hora:
como cuentan los demás.
Y aquello que ella me dijo 140
fue en un idioma del mundo,
con gramática e historia.
Tan de verdad,
que parecía mentira.
No. 145
Tengo que vivirlo dentro,
me lo tengo que soñar.
Quitar el color, el número,
el aliento todo fuego,
con que me quemó al decírmelo. 150
Convertir todo en acaso,
en azar puro, soñándolo.
Y así, cuando se desdiga
de lo que entonces me dijo
no me morderá el dolor 155
de haber perdido una dicha
que yo tuve entre mis brazos,
igual que se tiene un cuerpo.
Creeré que fue soñado.
Que aquello, tan de verdad, 160
no tuvo cuerpo, ni nombre.
Que pierdo
una sombra, un sueño más.

[6]

Miedo. De ti. Quererte
es el más alto riesgo. 165

Múltiples, tú y tu vida.
Te tengo, a la de hoy;
ya la conozco, entro
por laberintos, fáciles 170
gracias a ti, a tu mano.
Y míos, ahora, sí.
Pero tú eres
tu propio más allá,
como la luz y el mundo: 175
días noches, estíos,
inviernos sucediéndose.
Fatalmente, te mudas
sin dejar de ser tú,
en tu propia mudanza, 180
con la fidelidad
constante del cambiar.
Di: ¿podré yo vivir
en esos otros climas,
o futuros, o luces
que estás elaborando, 185
como su zumo el fruto,
para mañana tuyo?
¿O seré sólo algo
que nació para un día
tuyo (mi día eterno), 190
para una primavera
(en mí florida siempre),
sin poder vivir ya
cuando lleguen
sucesivas en ti, 195
inevitablemente,
las fuerzas y los vientos
nuevos, las otras lumbres,
que esperan ya el momento
de ser, en ti, tu vida? 200

[7]

"Mañana." La palabra
iba suelta vacante,
ingrávida, en el aire, 205
tan sin alma y sin cuerpo,
tan sin color ni beso,
que la dejé pasar
por mi lado en mi hoy.
Pero de pronto tú
dijiste: "Yo, mañana..." 210
Y todo se pobló

de carne y de banderas.
Se me precipitaban
encima las promesas
de seiscientos colores
con vestidos de moda, 215
desnudas, pero todas
cargadas de caricias.
En trenes o en gacelas
me llegaban - agudas, 220
sones de violines -
esperanzas delgadas
de bocas virginales.
O veloces y grandes
como buques, de lejos,
como ballenas 225
desde mares distantes,
inmensas esperanzas
de un amor sin final.
¡Mañana! Qué palabra
toda vibrante, tensa 230
de alma y carne rosada,
cuerda del arco donde
tu pusiste, agudísima,
arma de veinte años,
la flecha más segura 235
cuando dijiste: "Yo..."

[8]

Y súbita, de pronto,
porque sí, la alegría.
Sola, porque ella quiso,
vino. Tan vertical, 240
tan gracia inesperada,
tan dádiva caída,
que no puedo creer
que sea para mí.
Miro a mi alrededor, 245
busco. ¿De quién sería?
¿Será de aquella isla
escapada del mapa,
que pasó por mi lado
vestida de muchacha, 250
con espumas al cuello,
traje verde y un gran
salpicar de aventuras?
¿No se le habrá caído

a un tres, a un nueve, a un cinco 255
de este agosto que empieza?
¿O es la que vi temblar
detrás de la esperanza,
al fondo de una voz
que me decía: "No"? 260

Pero no importa, ya.
Conmigo está, me arrastra.
Me arranca del dudar.
Se sonríe, posible;
toma forma de besos, 265
de brazos, hacia mí;
pone cara de mía.
Me iré, me iré con ella
a amarnos, a vivir
temblando de futuro, 270
a sentirla de prisa,
segundos, siglos, siempre,
nadas. Y la querré
tanto, que cuando llegue
alguien275
—y no se le verá,
no se le han de sentir
los pasos—a pedírmela
(es su dueño, era suya),
ella, cuando la lleven, 280
dócil, a su destino,
volverá la cabeza
mirándome. Y veré
que ahora sí es mía, ya.

[9]

¿Por qué tienes nombre tú, 285
día, miércoles?
Por qué tienes nombre tú,
tiempo, otoño?
Alegría, pena, siempre
¿por que tenéis nombre: amor? 290

Si tú no tuvieras nombre,
yo no sabría qué era,
ni cómo, ni cuándo. Nada.

¿Sabe el mar cómo se llama,
que es el mar? ¿Saben los vientos 295

sus apellidos, del Sur
y del Norte, por encima
del puro soplo que son?

Si tú no tuvieras nombre,
todo sería primero, 300
inicial, todo inventado
por mí,
intacto hasta el beso mío.
Gozo, amor: delicia lenta
de gozar, de amar, sin nombre. 305

Nombre: ¡qué puñal clavado
en medio de un pecho cándido
que sería nuestro siempre
si no fuese por su nombre!

[10]

¡Ay, cuántas cosas perdidas 310
que no se perdieron nunca!
todas las guardabas tú.

Menudos granos de tiempo,
que un día se llevó el aire.
Alfabetos de la espuma, 315
que un día se llevo el mar.
Yo por perdidos los daba.

Y por perdidas las nubes
que yo quise sujetar
en el cielo 320
clavándolas con miradas.
Y las alegrías altas
del querer, y las angustias
de estar aún queriendo poco,
y las ansias 325
de querer, quererte, más.
Todo por perdido, todo
en el haber sido antes,
en el no ser nunca, ya.

Y entonces viniste tú 330
de lo oscuro, iluminada
de joven paciencia honda,
ligera, sin que pesara
sobre tu cintura fina

sobre tus hombros desnudos 335
el pasado que traías
tú, tan joven, para mí
Cuando te miré a los besos
vírgenes que tú me diste,
los tiempos y las espumas 340
las nubes y los amores
que perdí estaban salvados.
Si de mí se me escaparon,
no fue para ir a morir
en la nada. 345
En tí seguían viviendo.
Lo que yo llamaba olvido
eras tú.

[11]

Ahí, detrás de la risa,
ya no se te conoce.
Vas y vienes, resbalas
por un mundo de vals
helados, cuesta abajo;
y al pasar, los caprichos, 355
los prontos te arrebatan
besos sin vocación,
a ti, la momentánea
cautiva de lo fácil.
"¡Qué alegre ", dicen todos.
Y es que entonces estás 360
queriendo ser tú otra,
pareciéndote tanto
a ti misma, que tengo
miedo a perderte, así.

Te sigo. Espero. Sé 365
que cuando no te miren
túneles ni luceros,
cuando se crea el mundo
que ya sabe quién eres
y diga: "Sí, ya sé", 370
tú te desatarás,
con los brazos en alto,
por detrás de tu pelo,
la lazada, mirándome.
Sin ruido de cristal 375
se caerá por el suelo,
ingrácida careta

inútil ya, la risa.
Y al verte en el amor
que yo te tiendo siempre 380
como un espejo ardiendo,
tú reconocerás
un rostro serio, grave,
una desconocida
alta, pálida y triste, 385
que es mi amada. Y me quiere
por detrás de la risa.

[12]

Yo no necesito tiempo
para saber cómo eres:
conocerse es el relámpago. 390
¿Quién te va a ti a conocer
en lo que callas, o en esas
palabras con que lo callas?
El que te busque en la vida
que estás viviendo, no sabe 395
más que alusiones de ti,
pretextos donde te escondes.
Ir siguiéndote hacia atrás
en lo que tú has hecho, antes,
sumar acción con sonrisa, 400
años con nombres, será
ir perdiéndote. Yo no.
Te conocí en la tormenta.
Te conocí, repentina,
en ese desgarramiento 405
brutal de tiniebla y luz,
donde se revela el fondo
que escapa al día y la noche.
Te vi, me has visto, y ahora,
desnuda ya del equívoco, 410
de la historia, del pasado,
tú, amazona en la centella,
palpitante de recién
llegada sin esperarte,
eres tan antigua mía, 415
te conozco tan de tiempo,
que en tu amor cierro los ojos,
y camino sin errar,
a ciegas, sin pedir nada
a esa luz lenta y segura 420

con que se conocen letras
y formas y se echan cuentas
y se cree que se ve
quién eres tú, mi invisible.

[13]

¡Qué gran víspera el mundo! 425
No había nada hecho.
Ni materia, ni números,
ni astros, ni siglos, nada.
El carbón no era negro
ni la rosa era tierna. 430
Nada era nada, aún.
¡Qué inocencia creer
que fue el pasado de otros
y en otro tiempo, ya
irrevocable, siempre! 435
No, el pasado era nuestro:
no tenía ni nombre.
Podíamos llamarlo
a nuestro gusto: estrella,
colibrí, teoroma, 440
en vez de así, "pasado";
quitarle su veneno.
Un gran viento soplaba
hacia nosotros minas,
continentes, motores. 445
¿Minas de qué? Vacías.
Estaban aguardando
nuestro primer deseo,
para ser en seguida
de cobre, de amapolas. 450
Las ciudades, los puertos
flotaban sobre el mundo
sin sitio todavía:
esperaban que tú
les dijese: "Aquí", 455
para lanzar los barcos,
las máquinas, las fiestas.
Máquinas impacientes
de sin destino, aún;
porque harían la luz 460
si tú se lo mandabas,
o las noches de otoño
si las querías tú.
Los verbos, indecisos,

te miraban los ojos 465
como los perros fieles
trémulos. Tu mandato
iba a marcarles ya
sus rumbos, sus acciones.
¿Subir? Se estremecía 470
su energía ignorante.
¿Sería ir hacia arriba
"subir"? ¿E ir hacia dónde
sería "descender"?
Con mensajes a antípodas, 475
a luceros, tu orden
iba a darles conciencia
súbita de su ser,
de volar o arrastrarse.
El gran mundo vacío, 480
sin empleo, delante
de ti estaba: su impulso
se lo darías tú.
Y junto a ti, vacante,
por nacer, anheloso, 485
con los ojos cerrados,
preparado ya el cuerpo
para el dolor y el beso,
con la sangre en su sitio,
yo, esperando 490
—ay, si no me mirabas—
a que tú me quisieses
y me dijeras: "Ya."

[14]

Para vivir no quiero
islas, palacios, torres.495
¡Qué alegría más alta:
vivir en los pronombres!

Quítate ya los trajes,
las señas, los retratos;
yo no te quiero así,500
disfrazada de otra,
hija siempre de algo.
Te quiero pura, libre,
irreductible: tú.
Se que cuando te llame 505
entre todas las gentes

del mundo,
sólo tú serás tú.
Y cuando me preguntes
quién es el que te llama,
el que te quiere suya,
enterraré los nombres,
los rótulos, la historia.
Iré rompiendo todo
lo que encima me echaron 515
desde antes de nacer.
Y vuelto ya al anónimo
eterno del desnudo,
de la piedra, del mundo,
te diré: 520
"Yo te quiero, soy yo."

[15]

De prisa, la alegría,
atropellada, loca.
Bacante disparada
del arco más casual 525
contra el cielo y el suelo.
La física, asustada,
tiene miedo; los trenes
se quedan más atrás
aún que los aviones 530
y que la luz. Es ella,
velocísima, ciega
de mirar, sin ve nada,
y querer lo que ve.
Y no quererlo ya 535
Porque se desprendió
del quiero, del deseo,
y ebria toda en su esencia,
no pide nada, no
va a nada, no obedece 540
a bocinas, a gritos,
a amenazas. Aplasta.
bajo sus pies ligeros
la paciencia y el mundo.
Y lo llena de ruinas 545
—órdenes, tiempo, penas—
en una abolición
triumfal, total, de todo
lo que no es ella, pura
alegría, alegría 550
altísima, empinada

encima de sí misma.

Tan alta de esforzarse,
que ya se está cayendo,
dobada como un héroe, 555
sobre su hazaña inútil.
Que ya se está muriendo
consumida, deshecha
en el aire, perfecta
combustión de su ser. 560
Y no dejará humo,
ni cadáver, ni pena
—memoria de haber sido-.
Y nadie la sabrá,
nadie, porque ella sola565
supo de sí. Y ha muerto.

[16]

Todo dice que sí.
Sí del cielo, lo azul,
y sí, lo azul del mar,
mares, cielos, azules 570
con espumas y brisas,
júbilos monosílabos
repiten sin parar.
Un sí contesta sí
a otro sí. Grandes diálogos 575
repetidos se oyen
por encima del mar
de mundo a mundo: sí.
Se leen por el aire
largos síes, relámpagos 580
de plumas de cigüeña,
tan de nieve que caen,
copo a copo, cubriendo
la tierra de un enorme,
blanco sí. Es el gran día. 585
Podemos acercarnos
hoy a lo que no habla:
a la peña, al amor,
al hueso tras la frente:
son esclavos del sí. 590
Es la sola palabra
que hoy les concede el mundo.
Alma, pronto, a pedir,
a aprovechar la máxima
locura momentánea, 595

a pedir esas cosas
imposibles, pedidas,
calladas, tantas veces,
tanto tiempo, y que hoy
pediremos a gritos. 600
Seguros por un día
—hoy, nada más que hoy—
de que los "no" eran falsos,
apariencias, retrasos,
cortezas inocentes. 605
Y que estaba detrás,
despacio, madurándose,
al compás de este ansia
que lo pedía en vano,
la gran delicia: el sí. 610

[17]

Amor, amor, catástrofe.
¡Qué hundimiento del mundo!
Un gran horror a techos
quiebra columnas, tiempos;
los reemplaza por cielos 615
intemporales. Andas, ando
por entre escombros
de estíos y de inviernos
derrumbados. Se extinguen
las normas y los pesos. 620
Toda hacia atrás la vida
se va quitando siglos,
frenética, de encima;
desteje, galopando,
su curso, lento antes; 625
se desvive de ansia
de borrarse la historia,
de no ser más que el puro
anhelo de empezarse
otra vez. El futuro 630
se llama ayer. Ayer
oculto, secretísimo,
que se nos olvidó
y hay que reconquistar
con la sangre y el alma, 635
detrás de aquellos otros
ayeres conocidos.
¡Atrás y siempre atrás!
¡Retrosos, en vértigo,
por dentro, hacia el mañana! 640

¡Que caiga todo! Ya
lo siento apenas. Vamos,
a fuerza de besar,
inventando las ruinas
del mundo, de la mano 645
tú y yo
por entre el gran fracaso
de la flor y del orden.
Y ya siento entre tactos,
entre abrazos, tu piel 650
que me entrega el retorno
al palpitar primero,
sin luz, antes del mundo,
total, sin forma, caos.

[18]

¡Qué día sin pecado! 655
La espuma, hora tras hora,
infatigablemente,
fue blanca, blanca, blanca.
Inocentes materias,
los cuerpos y las rocas660
-desde cenit total
mediodía absoluto—
estaban
viviendo de la luz,
y por la luz y en ella. 665
Aún no se conocían
la conciencia y la sombra.
Se tendía la mano
a coger una piedra,
una nube, una flor, 670
un ala.
Y se las alcanzaba
a todas porque era
antes de las distancias.
El tiempo no tenía 675
sospechas de ser él.
Venía a nuestro lado,
sometido y elástico.
Para vivir despacio,
de prisa, le decíamos: 680
"Para", o "Echa a correr".
Para vivir, vivir
sin más, tú le decías:
"Vete."

Y entonces nos dejaba⁶⁸⁵
ingrávidos, flotantes
en el puro vivir
sin sucesión,
salvados de motivos,
de orígenes, de albas. 690
Ni volver la cabeza
ni mirar a lo lejos
aquel día supimos
tú y yo. No nos hacía 695
falta. Besarnos, sí.
Pero con unos labios
tan lejos de su causa,
que lo estrenaban todo,
beso, amor, al besarse,
sin tener que pedir 700
perdón a nadie, a nada.

[19]

¡Sí, todo con exceso:
la luz, la vida, el mar!
Plural todo, plural,
luces, vidas y mares. 705
A subir, a ascender
de docenas a cientos,
de cientos a millar,
en una jubilosa
repetición sin fin, 710_
de tu amor, unidad.
Tablas, plumas y máquinas,
todo a multiplicar,
caricia por caricia,
abrazo por volcán. 715
Hay que cansar los números.
Que cuenten sin parar,
que se embriaguen contando,
y que no sepan ya
cuál de ellos será el último: 720
¡qué vivir sin final!
Que un gran tropel de ceros
asalte nuestras dichas
esbeltas, al pasar,
y las lleve a su cima. 725
Que se rompan las cifras,
sin poder calcular
ni el tiempo ni los besos.
Y al otro lado ya

de cómputos, de sinos, 730
entregarnos a ciegas
—¡exceso, qué penúltimo!—
a un gran fondo azaroso
que irresistiblemente
está 735
cantándonos a gritos
fúlgidos de futuro:
"Eso no es nada, aún.
Buscaos bien, hay más."

[20]

Extraviadamente 740
amantes, por el mundo.
¡Amar! ¡Qué confusión
sin par! ¡Cuántos errores!
Besar rostros en vez
de máscaras amadas. 745
Universo en equívocos:
minerales en flor,
bogando por el cielo,
sirenas y corales
en las nieves perpetuas, 750
y en el fondo del mar,
constelaciones ya
fatigadas, las tráfugas
de la gran noche huérfana,
donde mueren los buzos. 755
Los dos. ¡Qué descarrío!
¿Este camino, el otro,
aquél? Los mapas, falsos,
trastornando los rumbos,
juegan a nuestra pérdida, 760
entre riesgos sin faro.
Los días y los besos
andan equivocados:
no acaban donde dicen.
Pero para querer 765
hay que embarcarse en todos
los proyectos que pasan,
sin preguntarles nada,
llenos, llenos de fe
en la equivocación 770
de ayer, de hoy, de mañana,
que no puede faltar.
De alegría purísima
de no atinar, de hallarnos

en umbrales, en bordes 775
trémulos de victoria,
sin ganas de ganar.
Con el júbilo único
de ir viviendo una vida
inocente entre errores, 780
y que no quiere más
que ser, querer, quererse
en la gran altitud
de un amor que va ya
queriéndose 785
tan desprendidamente
de aquello que no es él,
que va ya por encima
de triunfos o derrotas,
embriagado en la pura 790
gloria de su acertar.

[21]

Qué alegría, vivir
sintiéndose vivido.
Rendirse
a la gran certidumbre, oscuramente, 795
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo.
Que cuando los espejos, los espías,
azogues, almas cortas, aseguran
que estoy aquí, yo, inmóvil, 800
con los ojos cerrados y los labios,
negándome al amor
de la luz, de la flor y de los nombres,
la verdad trasvisible es que camino
sin mis pasos, con otros, 805
allá lejos, y allí
estoy besando flores, luces, hablo.
Que hay otro ser por el que miro el mundo
porque me está queriendo con sus ojos.
Que hay otra voz con la que digo cosas 810
no sospechadas por mi gran silencio;
y es que también me quiere con su voz.
La vida—¡qué transporte ya!—, ignorancia
de lo que son mis actos, que ella hace,
en que ella vive, doble, suya y mía. 815
Y cuando ella me hable
de un cielo oscuro, de un paisaje blanco,
recordaré

estrellas que no vi, que ella miraba,
y nieve que nevaba allá en su cielo. 820
Con la extraña delicia de acordarse
de haber tocado lo que no toqué
sino con esas manos que no alcanzo
a coger con las mías, tan distantes.
Y todo enajenado podrá el cuerpo 825
descansar, quieto, muerto ya. Morirse
en la alta confianza
de que este vivir mío no era sólo
mi vivir: era el nuestro. Y que me vive
otro ser por detrás de la no muerte.

[22]

Afán
para no separarme
de ti, por tu belleza.

Lucha
por no quedar en donde quieres tú: 835
aquí, en los alfabetos,
en las auroras, en los labios.

Ansia
de irse dejando atrás
anécdotas, vestidos y caricias, 840
de llegar,
atravesando todo
lo que en ti cambia,
a lo desnudo y a lo perdurable.

Y mientras siguen 845
dando vueltas y vueltas, entregándose,
engañándose,
tus rostros, tus caprichos y tus besos,
tus delicias volubles, tus contactos
rápidos con el mundo, 850
haber llegado yo
al centro puro, inmóvil, de ti misma.
Y verte cómo cambias
—y lo llamas vivir—
en todo, en todo, sí, 855
menos en mí, donde te sobrevives.

[23]

Yo no puedo darte más.
No soy más que lo que soy.

¡Ay, cómo quisiera ser
arena, sol, en estío! 860
Que te tendieses
descansada a descansar.
Que me dejaras
tu cuerpo al marcharte, huella
tierna, tibia, inolvidable. 865
Y que contigo se fuese
sobre ti, mi beso lento:
color,
desde la nuca al talón,
moreno. 870

¡Ay, cómo quisiera ser
vidrio, o estofa o madera
que conserva su color
aquí, su perfume aquí,
y nació a tres mil kilómetros! 875
Ser
la materia que te gusta,
que tocas todos los días
y que ves ya sin mirar
a tu alrededor, las cosas 880
—collar, frasco, seda antigua—
que cuando tú echas de menos
preguntas: "¡Ay!, ¿dónde está?"

¡Y, ay, cómo quisiera ser
una alegría entre todas, 885
una sola, la alegría
con que te alegraras tú!
Un amor, un amor solo:
el amor del que tú te enamorasas.

Pero 890
no soy más que lo que soy.

[24]

Despierta. El día te llama
a tu vida: tu deber.
Y nada más que a vivir.
Arráncale ya a la noche 895
negadora y a la sombra

que lo celaba, ese cuerpo
por quien aguarda la luz
de puntillas, en el alba.
Ponte en pie, afirma la recta 900
voluntad simple de ser
pura virgen vertical.
Tómale el temple a tu cuerpo.
¿Frío, calor? Lo dirá
tu sangre contra la nieve, 905
de detrás de la ventana;
Io dirá
el color en tus mejillas.
Y mira al mundo. Y descansa
sin más hacer que añadir 910
tu perfección a otro día.
Tu tarea
es llevar tu vida en alto,
jugar con ella, lanzarla
como una voz a las nubes, 915
a que recoja las luces
que se nos marcharon ya.
Ese es tu sino: vivirte.
No hagas nada.
Tu obra eres tú, nada más. 920

[25]

La luz lo malo que tiene
es que no viene de ti.
Es que viene de los soles,
de los ríos, de la oliva.
Quiero más tu oscuridad. 925

La alegría
no es nunca la misma mano
la que me la da. Hoy es una,
otra mañana, otra ayer.
Pero jamás es la tuya. 930
Por eso siempre te tomo
la pena, lo que me das.

Los besos los traen los hilos
del telégrafo, los roces
con noches densas, 935
los labios del porvenir.
Y vienen, de donde vienen.
Yo no me siento besar.

Y por eso no lo quiero,
ni se lo quiero deber 940
no sé a quién.
A ti debértelo todo
querría yo.
¡Qué hermoso el mundo, qué entero
si todo, besos y luces,
y gozo,
viniese sólo de ti!

[26]

¿Regalo, don, entrega?
Símbolo puro, signo
de que me quiero dar. 950
Qué dolor, separarme
de aquello que te entrego
y que te pertenece
sin más destino ya
que ser tuyo, de ti, 955
mientras que yo me quedo
en la otra orilla, solo,
todavía tan mío.
Cómo quisiera ser
eso que yo te doy 960
y no quien te lo da.
Cuando te digo:
"Soy tuyo, sólo tuyo",
tengo miedo a una nube,
a una ciudad, a un número 965
que me pueden robar
un minuto al amor
entero a ti debido.
¡Ah!, si fuera la rosa
que te doy; la que estuvo 970
en riesgo de ser otra
y no para tus manos,
mientras no llegue yo.
La que no tendrá ahora
más futuro que ser 975
con tu rosa, mi rosa,
vivida en ti, por ti,
en su olor, en su tacto.
Hasta que tú la asciendas
sobre su deshojarse 980
a un recuerdo de rosa,
segura, inmarcesible,
puesta ya toda a salvo

de otro amor u otra vida
que los que vivas tú. 985

[27]

El sueño es una larga
despedida de ti.
¡Qué gran vida contigo,
en pie, alerta en el sueño!
¡Dormir el mundo, el sol, 990
las hormigas, las horas,
todo, todo dormido,
en el sueño que duermo!
Menos tú, tú la única,
viva, sobrevivida, 995
en el sueño que sueño.

Pero sí, despedida:
voy a dejarte. Cerca,
la mañana prepara
toda su precisión 1000
de rayos y de risas.
¡Afuera, afuera, ya,
lo, soñado, flotante,
marchando sobre el mundo, 1005
sin poderlo pisar
porque no tiene sitio,
desesperadamente!

Te abrazo por vez última:
eso es abrir los ojos.
Ya está. Las verticales 1010
entran a trabajar,
sin un desmayo, en reglas.
Los colores ejercen
sus oficios de azul,
de rosa, verde, todos 1015
a la hora en punto. El mundo
va a funcionar hoy bien:
me ha matado ya el sueño.
Te siento huir, ligera,
de la aurora, exactísima, 1020
hacia arriba, buscando
la que no se ve estrella,
el desorden celeste,
que es sólo donde cabes.
Luego, cuando despierto, 1025
no te conozco, casi,

cuando, a mi lado, tiendes
los brazos hacia mí
diciendo: "¿Qué soñaste?"
Y te contestaría: 1030
"No sé, se me ha olvidado",
si no estuviera ya
tu cuerpo limpio, exacto,
ofreciéndome en labios
el gran error del día. 1035

[28]

¡Qué cruce en tu muñeca
del tiempo contra el tiempo!
Reló, frío, enroscado,
acechador, espera 1040
el paso de tu sangre
en el pulso. Te oprimen
órdenes, desde fuera:
tic tac, tic tac,
la voz, allí, en la máquina. 1045
A tu vida infinita,
sin término, echan lazos
pueriles los segundos.
Pero tu corazón
allá lejos afirma
—sangre yendo y viniendo 1050
en ti, con tu querer—
su ser, su ritmo, otro.
No. Los días, el tiempo,
no te serán contados
nunca en esfera blanca, 1055
tres, cuatro, cinco, seis.
Tus perezas, tus prontos,
tu gran ardor sin cálculo,
no se pueden cifrar.
Siéntelos tú, desnuda 1060
de reló, en la muñeca:
latido contra número.
¿Amor? ¿Vivir? Atiende
al tic tac diminuto 1065
que hace ya veinte años
sonó por vez primera
en una carne virgen
del tacto de la luz,
para llevarle al mundo 1070
una cuenta distinta,

única, nueva: tú.

[29]

Cuando cierras los ojos
tus párpados son aire.
Me arrebatan:
me voy contigo, adentro. 1075

No se ve nada, no
se oye nada. Me sobran
los ojos y los labios,
en este mundo tuyo.
Para sentirte a ti 1080
no sirven
los sentidos de siempre,
usados con los otros.
Hay que esperar los nuevos.
Se anda a tu lado 1085
sordamente, en lo oscuro,
tropezando en acasos,
en vísperas; hundiéndose
hacia arriba
con un gran peso de alas. 1090
Cuando vuelves a abrir
los ojos yo me vuelvo
afuera, ciego ya,
tropezando también,
sin ver, tampoco, aquí. 1095
Sin saber más vivir
ni en el otro, en el tuyo,
ni en este
mundo descolorido
en donde yo vivía. 1100
Inútil, desvalido
entre los dos.
Yendo, viniendo
de uno a otro
cuando tú quieres, 1105
cuando abres, cuando cierras
los párpados, los ojos.

[30]

Horizontal, sí, te quiero.
Mírale la cara al cielo,

de cara. Déjate ya 1110
de fingir un equilibrio
donde lloramos tú y yo.
Ríndete
a la gran verdad final,
a lo que has de ser conmigo, 1115
tendida ya, paralela,
en la muerte o en el beso.
Horizontal es la noche
en el mar, gran masa trémula
sobre la tierra acostada, 1120
vencida sobre la playa.
El estar de pie, mentira:
sólo correr o tenderse.
Y lo que tú y yo queremos
y el día —ya tan cansado 1125
de estar con su luz, derechos
que nos llegue, viviendo
y con temblor de morir,
en lo más alto del beso,
ese quedarse rendidos 1130
por el amor más ingrátido,
al peso de ser de tierra,
materia, carne de vida.
En la noche y la trasnoche,
y el amor y el trasamor, 1135
ya cambiados
en horizontes finales,
tú y yo, de nosotros mismos.

[31]

Empújame, lánzame
desde ti, de tus mejillas, 1140
como de islas de coral,
a navegar, a irme lejos
para buscarte, a buscar
fuera de ti lo que tienes,
lo que no me quieres dar. 1145

Para quedarte tú sola,
invéntame selvas vírgenes
con árboles de metal
y azabache; yo iré a ellas
y veré que no eran más 1150
que collares que pensabas.
Invítame a resplandores

y destellos, a lo lejos
negros, blancos, sonriendo
de niñez. Los buscaré. 1155
Marcharé días y días,
y al llegar adonde están
descubriré tus sonrisas
anchas, tus miradas claras.
Eso 1160
éa lo que allá, distante,
estaba viendo brillar.

De tanto y tanto viaje
nunca esperes que te traiga
más mundos, más primaveras 1165
que esas que tú te defiendes
contra mi. El ir y venir
a los siglos, a las minas,
a los sueños, es inútil
De ti salgo siempre, siempre 1170
tengo que volver a ti.

[32]

Ya no puedo encontrarte
allí en esa distancia, precisa con su nombre,
donde estabas ausente. 1175
Por venir a buscarme
la abandonaste ya. Saliste de tu ausencia,
y aun no te veo y no sé dónde estás.
en vano, iría en busca tuya allí
adonde tanto fue mi pensamiento
a sorprender tu sueño, o tu risa, o tu juego. 1180
No están ya allí, que tú te los llevaste;
te los llevaste, sí, para traérmelos,
pero andas todavía
entre el aquí, el allí. Tienes mi alma
suspensa toda sobre el gran vacío 1185
sin poderte besar el cuerpo cierto
que va a llegar,
escapada también tu forma ausente
que aún no llegó de la sabida ausencia
donde nos reuníamos, soñando. 1190
Tu sola vida es un querer llegar.
En tu tránsito vives, en venir hacia mí,
no en el mar, ni en la tierra, ni en el aire,
que atraviesas ansiosa con tu cuerpo
como si viajaras. 1195

Y yo, perdido, ciego,
no sé con qué alcanzarte, en donde estés,
si con abrir la puerta nada más,
o si con gritos; o si sólo
me sentirás, te llegará mi ansia, 1200
en la absoluta espera inmóvil
del amor, inminencia, gozo, pánico,
sin otras alas que silencios, alas.

[33]

No, no te quieren, no.
Tú sí que estás queriendo. 1205

El amor que te sobra
se lo reparten seres
y cosas que tú miras,
que tú tocas, que nunca
tuvieron amor antes. 1210
Cuando dices: "Me quieren
los tigres o las sombras"
es que estuviste en selvas
o en noches, paseando
tu gran ansia de amar. 1215
No sirves para amada;
tú siempre ganarás,
queriendo, al que te quiera.
Amante, amada no.
Y lo que yo te dé, 1220
rendido, aquí, adorándote,
tú misma te lo das:
es tu amor implacable,
sin pareja posible,
que regresa a sí mismo 1225
a través de este cuerpo
mío, transido ya
del recuerdo sin fin,
sin olvido, por siempre,
de que sirvió una vez 1230
para que tu pasaras
por él —aún siento el fuego-
ciega, hacia tu destino.
De que un día entre todos
llegaste 1235
a tu amor por mi amor.

[34]

Lo que eres
me distrae de lo que dices.

Lanzas palabras veloces,
empavesadas de risas, 1240
invitándome
a ir adonde ellas me lleven.
No te atiando, no las sigo:
estoy mirando
los labios donde nacieron. 1245

Miras de pronto a lo lejos.
Clavas la mirada allí.
no sé en qué, y se te dispara
a buscarlo ya tu alma
afilada, de saeta. 1250
Yo, no miro adonde miras:
yo te estoy viendo mirar.

Y cuando deseas algo
no pienso en lo que tú quieres,
ni lo envidia: es lo de menos. 1255
Lo quieres hoy, lo deseas;
mañana lo olvidarás
por una querencia nueva.
No. Te espero más allá
de los fines y los términos. 1260
En lo que no ha de pasar
me quedo, en el puro acto
de tu deseo, queriéndote.
Y no quiero ya otra cosa
más que verte a ti querer. 1265

[35]

Los cielos son iguales.
Azules, grises, negros,
se repiten encima
del naranjo o la piedra:
nos acerca mirarlos. 1270
Las estrellas suprimen,
de lejanas que son,
las distancias del mundo.
Si queremos juntarnos,
nunca mires delante: 1275
todo lleno de abismos,

de fechas y de leguas.
Déjate bien flotar
sobre el mar o la hierba,
inmóvil, cara al cielo. 1280
Te sentirás hundir
despacio, hacia lo alto,
en la vida del aire.
Y nos encontraremos
sobre las diferencias 1285
invencibles, arenas,
rocas, anos, ya solos,
nadadores celestes,
náufragos de los cielos.

[36]

Ayer te besé en los labios. 1290
Te besé en los labios. Densos,
rojos. Fue un beso tan corto
que duró más que un relámpago,
que un milagro, más.

El tiempo 1295
después de dártelo
no lo quise para nada
ya, para nada
Io había querido antes.
Se empezó, se acabó en el. 1300

Hoy estoy buscando un beso;
estoy solo con mis labios.
Los pongo
no en tu boca, no, ya no
—¿adónde se me ha escapado?— 1305
Los pongo
en el beso que te di
ayer, en las bocas juntas
del beso que se besaron.
Y dura este beso más 1310
que el silencio, que la luz.
Porque ya no es una carne
ni una boca lo que beso,
que se escapa, que me huye.
No. 1315
Te estoy besando más lejos.

[37]

Me debía bastar
con lo que ya me has dado.
Y pido más, y más.
Cada belleza tuya 1320
me parece el extremo
cumplirse de ti misma:
tú nunca podrás dar
otra cosa de ti
más perfecta. Se cierran 1325
sin misión, ya, los ojos
a una luz, ya, sobrante.
Tal como me la diste,
la vida está completa:
tú, terminada ya. 1330

Y de pronto se siente,
cuando ya te acababas
en asunción de ti,
que en tu mismo final,
renacida, te empiezas 1335
otra vez. Y que el don
de esa hermosura tuya
te abre
—límpida, insospechada—
otra hermosura nueva: 1340
parece la primera.
Porque tu entrega es
reconquista de ti,
vuelta hacia adentro, aumento.
Por eso 1345
pedirte que me quieras
es pedir para ti;
es decirte que vivas,
que vayas
más allá todavía 1350
por las minas
últimas de tu ser.
La vida que te imploro
a ti, la inagotable,
te la alumbro, al pedírtela. 1355
Y no te acabaré
por mucho que te pida
a ti, infinita, no.
Yo sí me iré acabando,
mientras tú, generosa, 1360
te renuevas y vives
devuelta a ti, aumentada
en tus dones sin fin.

[38]

¡Qué entera cae la piedra!
Nada disiente en ella 1365
de su destino, de su ley: el suelo.
No te expliques tu amor, ni me lo expliques;
obedecerlo basta. Cierra
los ojos, las preguntas, húndete
en tu querer, la ley anticipando 1370
por voluntad, llenándolo de síes,
de banderas, de gozos,
ese otro hundirse que detrás aguarda,
de la muerte fatal. Mejor no amarse
mirándose en espejos complacidos, 1375
deshaciendo
esa gran unidad en juegos vanos;
mejor no amarse
con alas, por el aire,
como, las mariposas o las nubes, 1380
flotantes. Busca pesos
los más hondos, en ti, que ellos te arrastren
a ese gran centro donde yo te espero.
Amor total, quererse como masas.

[39] _

La forma de querer tú 1385
es dejarme que te quiera.
El sí con que te me rindes
es el silencio. Tus besos
son ofrecerme los labios
para que los bese yo. 1390
Jamás palabras, abrazos,
me dirán que tú existías,
que me quisiste: jamás.
Me lo dicen hojas blancas,
mapas, augurios, teléfonos; 1395
tú, no.
Y estoy abrazado a ti
sin preguntarte, de miedo
a que no sea verdad
que tú vives y me quieres. 1400
Y estoy abrazado a ti
sin mirar y sin tocarte.
No vaya a ser que descubra
con preguntas, con caricias,

esa soledad inmensa 1405
de quererte sólo yo.

[40]

¡Qué probable eres tú!
Si los ojos me dicen,
mirándote, que no,
que no eres de verdad, 1410

Las manos y los labios,
con los ojos cerrados,
recorren tiernas pruebas:
La lenta convicción
de tu ser, va ascendiendo 1415
por escala de tactos,
de bocas, carne y carne.

Si tampoco lo creo,
algo más denso ya,
más palpable, la voz 1420
con que dices: "Te quiero",
lucha para afirmarte
contra mi duda. Al lado
un cuerpo besa, abraza,
frenético, buscándose 1425
su realidad aquí
en mí que no la creo;
besa

para lograr su vida
todavía indecisa, 1430
puro milagro, en mí.

Y lentamente vas
formándote tú misma,
naciéndote,
dentro de tu querer, 1435
de mi querer, confusos,
como se forma el día
en la gran duda oscura.

Y agoniza la antigua
criatura dudosa 1440
que tú dejas atrás,
inútil ser de antes,
para que surja al fin
la irrefutable tú,
desnuda Venus cierta, 1445
entre auroras seguras,
que se gana a sí misma
su nuevo ser, queriéndome.

[41]

Perdóname por ir así buscándote
tan torpemente, dentro 1450
de ti.

Perdóname el dolor, alguna vez.
Es que quiero sacar
de ti tu mejor tú.

Ese que no te viste y que yo veo, 1455
nadador por tu fondo, preciosísimo.

Y cogerlo
y tenerlo yo en alto como tiene
el árbol la luz última
que le ha encontrado al sol. 1460

Y entonces tú
en su busca vendrías, a lo alto.
Para llegar a él
subida sobre ti, como te quiero
tocando ya tan sólo a tu pasado 1465
con las puntas rosadas de tus pies,
en tensión todo el cuerpo, ya ascendiendo
de ti a ti misma.

Y que a mi amor entonces, le conteste
la nueva criatura que tú eras. 1470

□□

[42]

¿Hablamos, desde cuando?
¿Quién empezó? No sé.
Los días, mis preguntas;
oscuras, anchas, vagas
tus respuestas: las noches. 1475

Juntándose una a otra
forman el mundo, el tiempo
para ti y para mí.

Mi preguntar hundiéndose
con la luz en la nada, 1480
callado,

para que tú respondas
con estrellas equívocas;
luego, reciennaciéndose
con el alba, asombroso 1485
de novedad, de ansia
de preguntar lo mismo
que preguntaba ayer,

que respondió la noche
a medias, estrellada. 1490
Los años y la vida,
¡qué diálogo angustiado!

Y sin embargo,
por decir casi todo.
Y cuando nos separen 1495
y ya no nos oigamos,
te diré todavía:
"¡Qué pronto!
¡Tanto que hablar, y tanto
que nos quedaba aún. 1500

[43]

A la noche se empiezan
a encender las preguntas.
Las hay distantes, quietas,
inmensas, como astros:
preguntan desde allí 1505
siempre
lo mismo: cómo eres.
Otras fugaces y menudas,
querrían saber cosas
leves de ti y exactas: 1510
medidas
de tus zapatos, nombre
de la esquina del mundo
donde me esperarías.

Tú no las puedes ver, 1515
pero tienes el sueño
cercado todo él
por interrogaciones
mías.

Y acaso alguna vez 1520
tú, soñando, dirás
que sí, que no, respuestas
de azar y de milagro
a preguntas que ignoras,
que no ves, que no sabes. 1525

Porque no sabes nada;
y cuando te despiertas,
ellas se esconden, ya
invisibles, se apagan
Y seguirás viviendo 1530
alegre sin saber

que en medida vida tuya
estás siempre cercada
de ansias, de afán, de anhelos,
sin cesar preguntándote 1535
eso que tú no ves
ni puedes contestar.

[44]

¡Qué paseo de noche
con tu ausencia a mi lado!
Me acompaña el sentir 1540
que no vienes conmigo.
Los espejos, el agua
se creen que voy solo;
se lo creen los ojos.
Sirenas de los cielos 1545
aún chorreando estrellas,
tiernas muchachas lánguidas,
que salen de automóviles,
me llaman. No las oigo.
Aún tengo en el oído 1550
tu voz, cuando me dijo:
"No te vayas." Y ellas,
tus tres palabras últimas,
van hablando conmigo
sin cesar, me contestan 1555
a lo que preguntó
mi vida el primer día.
Espectros, sombras, sueños,
amores de otra vez,
de mí compadecidos, 1560
quieren venir conmigo,
van a darme la mano.
Pero notan de pronto
que yo llevo estrechada,
cálida, viva, tierna, 1565
la forma de una mano
palpitando en la mía.
La que tú me tendiste
al decir: "No te vayas."
Se van, se marchan ellos, 1570
los espectros, las sombras,
atónitos de ver
que no me dejan solo.
Y entonces la alta noche,
la oscuridad, el frío, 1575
engañados también,

me vienen a besar.
No pueden; otro heso
se interpone, en mis labios.
No se marcha de allí, 1580
no se irá. El que me diste,
mirándome a los ojos
cuando yo me marché,
diciendo: "No te vayas."

[45]

La materia no pesa. 1585
Ni tu cuerpo ni el mío,
juntos, se sienten nunca
servidumbre, sí alas.
Los besos que me das
son siempre redenciones: 1590
tú besas hacia arriba,
librando algo de mí,
que aún estaba sujeto
en los fondos oscuros.
Lo salvas, lo miramos 1595
para ver cómo asciende,
volando, por tu impulso,
hacia su paraíso
donde ya nos espera.
No, tu carne no oprime 1600
ni la tierra que pisas
ni mi cuerpo que estrechas.
Cuando me abrazas, siento
que tuve contra el pecho
un palpitar sin tacto, 1605
cerquísima, de estrella,
que viene de otra vida.
El mundo material
nace cuando te marchas.
Y siento sobre el alma 1610
esa opresión enorme
de sombras que dejaste,
de palabras, sin labios,
escritas en papeles.
Devuelto ya a la ley 1615
del metal, de la roca,
de la carne. Tu forma
corporal,
tu dulce peso rosa,
es lo que me volvía 1620
el mundo más ingrátido.

Pero lo insoportable,
lo que me está agobiando,
llamándome a la tierra,
sin ti que me defiendas, 1625
es la distancia, es
el hueco de tu cuerpo.

Si, tú nunca, tú nunca:
tu memoria, es materia.

[46]

Cuántas veces he estado 1630
—espía del silencio-
esperando unas letras,
una voz. (Ya sabidas.
Yo las sabía, sí,
pero tú, sin saberlas, 1635
tenías que decírmelas.)
Como nunca sonaban,
me las decía yo,
las pronunciaba, solo, 1640
porque me hacían falta.
Cazaba en alfabetos
dormidos en el agua,
en diccionarios vírgenes,
desnudos y sin dueño,
esas letras intactas 1645
que, juntándolas luego,
no me decías tú.
Un día, al fin, hablaste,
pero tan desde el alma,
tan desde lejos, 1650
que tu voz fue una pura
sombra de voz, y yo
nunca, nunca la oí.
Porque todo yo estaba
torpemente entregado 1655
a decirme a mí mismo
lo que yo deseaba,
lo que tú me dijiste
y no me dejé oír.

[47]

Imposible llamarla. 1660
Yo no dormía. Ella
creyó que yo dormía.
Y la dejé hacer todo:
ir quitándome
poco a poco la luz 1665
sobre los ojos.
Dominarse los pasos,
el respirar, cambiada
en querencia de sombra
que no estorbara nunca 1670
con el bulto o el ruido.
Y marcharse despacio,
despacio, con el alma,
para dejar detrás
de la puerta, al salir, 1675
un ser que descansara.
Para no despertarme,
a mí, que no dormía.
Y no pude llamarla
Sentir que me quería, 1680
quererme, entonces, era
irse con los demás,
hablar fuerte, reír,
pero lejos, segura
de que yo no la oiría. 1685
Liberada ya, alegre,
cogiendo mariposas
de espuma, sombras verdes
de olivos, toda llena
del gozo de saberme 1690
en los brazos aquellos
a quienes me entregó
—sin celos, para siempre,
de su ausencia—, del sueño
mío, que no dormía. 1695
Imposible llamarla.
Su gran obra de amor
era dejarme solo.

[48]

La noche es la gran duda
del mundo y de tu amor. 1700
Necesito que el día
cada día me diga
que es el día, que es él,
que es la luz: y allí tú.

Ese enorme hundimiento 1705
de mármoles y cañas,
ese gran despintarse
del ala y de la flor:
la noche la amenaza
ya de una abolición 1710
del color y de ti,
me hace temblar: ¿la nada?
¿Me quisiste una vez?
Y mientras tú te callas
y es de noche, no sé 1715
si luz, amor existen.
Necesito el milagro
insólito: otro día
y tu voz, confirmándome
el prodigio de siempre. 1720
Y aunque te calles tú,
en la enorme distancia,
la aurora, por lo menos,
la aurora, sí. La luz
que ella me traiga hoy 1725
será el gran sí del mundo
al amor que te tengo.

[49]

Tú no puedes quererme:
estás alta, ¡qué arriba!
Y para consolarme 1730
me envías sombras, copias,
retratos, simulacros,
todos tan parecidos
como si fueses tú.
Entre figuraciones 1735
vivo, de ti, sin ti.
Me quieren,
me acompañan. Nos vamos
por los claustros del agua,
por los hielos flotantes, 1740
por la pampa, o a cines
minúsculos y hondos.
Siempre hablando de ti.
Me dicen:
"No somos ella, pero 1745
¡si tú vieras qué iguales!"
Tus espectros, qué brazos
largos, qué labios duros
tienen: sí, como tú.

Por fingir que me quieres, 1750
me abrazan y me besan.
Sus voces tiernas dicen
que tú abrazas, que tú
besas así. Yo vivo
de sombras, entre sombras 1755
de carne tibia, bella,
con tus ojos, tu cuerpo,
tus besos, sí, con todo
lo tuyo mecos tú.
Con criaturas falsas, 1760
divinas, interpuestas
para que ese gran beso
que no podemos darnos
me lo den, se lo dé.

[50]

Se te está viendo la otra. 1765
Se parece a tí:
Ios pasos, el mismo ceño,
los mismos tacones altos
todos manchados de estrellas.
Cuando vayáis por la calle 1770
juntas, las dos,
¡qué difícil el saber
quién eres, quién no eres tú!
Tan iguales ya, que sea
imposible vivir más 1775
así, siendo tan iguales.
Y como tú eres la frágil,
la apenas siendo, tiernísima,
tú tienes que ser la muerta.
Tú dejarás que te mate, 1780
que siga viviendo ella,
embustera, falsa tú,
pero tan igual a ti
que nadie se acordará
sino yo de lo que eras. 1785
Y vendrá un día
—porque vendrá, sí, vendrá—
en que al mirarme a los ojos
tú veas
que pienso en ella y la quiero: 1790
tú veas que no eres tú.

[51]

No, no puedo creer
que seas para mí,
si te acercas, y llegas
y me dices: "Te quiero". 1795
¿Amar tú? ¿Tú, belleza
que vives por encima,
como estrella o abril,
del gran sino de amar,
en la gran altitud, 1800
donde no se contesta?
¿Me sonrío a mí el sol,
o la noche, o la ola?
¿Rueda para mí el mundo
jugándose estaciones, 1805
naranjas, hojas secas?
No sonrían, no ruedan
para mí, para otros.
Bellezas suficientes,
reclusas, nada quieren, 1810
en su altura, implacables.
Indiferentemente,
salen, se pintan, huyen,
dejándose detrás
afanosos tropeles 1815
de anhelos y palabras.
Se dejan amar, sí,
pero nunca responden
queriendo.
Florecer, deshojarse, 1820
olas, hierbas, mañanas:
pastos para corderos,
juegos de niños y
silencios absolutos.
Mas para nadie amor. 1825
Nosotros, sí, nosotros,
amando, los amantes.

[52]

Distánciamela, espejo;
trastorna su tamaño.
A ella, que llena el mundo, 1830
hazla menuda, mínima.
Que quepa en monosílabos,
en unos ojos;

que la puedas tener
a ella, desmesurada, 1835
gacela, ya sujeta,
infantil en tu marco.

Quítale esa delicia
del ardor y del bulto,
que no la sientan ya 1840
las últimas balanzas;
déjala fría, lisa,
enterrada en tu azogue.

Desvía
su mirada; que no 1845
me vea, que se crea
que está sola.

Que yo sepa, por fin,
cómo es cuando esté sola.
Entrégame tú de ella 1850
lo que no me dio nunca.

Aunque así
—¡qué verdad revelada!—,
aunque así, me la quites.

[53]

Entre tu verdad más honda 1855
y yo
me pones siempre tus besos.

La presiento, cerca ya,
la deseo, no la alcanzo;
cuando estoy más cerca de ella 1860
me cierras el paso tú

te me ofreces en los labios.
Y ya no voy más allá.
Triuntas. Olvido, besando,
tu secreto encastillado. 1865

Y me truecas el afán
de seguir más hacia ti,
en deseo
de que no me dejes ir
y me beses. 1870

Ten cuidado
Te vas a vender, así.
Porque un día el beso tuyo,
de tan lejos, de tan hondo
te va a nacer, 1875
que lo que estás escondiendo

detrás de él
te salte todo a los labios.
Y lo que tú me negabas
—alma delgada y esquiva— 1880
se me entregue, me lo des
sin querer
donde querías negármelo.

[54]

La frente es más segura.
los labios ceden, rinden 1885
su forma al otro labio
que los viene a besar.
Nos creemos
que allí se aprieta el mundo,
que se cierran 1890
el final y el principio:
engañan sin querer.
Pero la frente es dura;
por detrás de la carne
está, rígida, eterna, 1895
la respuesta inflexible,
monosílaba, el hueso.
Se maduran los mundos
tras de su fortaleza.
Nada se puede ver 1900
ni tocar. Sonrosada
o morena, la piel
disfraza levemente
la defensa absoluta
del ser último. Besos 1905
me entregas y dulzuras
esenciales del mundo,
en su fruto redondo,
aquí en los labios. Pero
cuando toco tu frente 1910
con mi frente, te siento
la amada más distante,
la más última, esa
que ha de durar, secreta,
cuando pasen los labios, 1915
sus besos. Salvación,
fría, dura en la tierra,
del gran contacto ardiente
que esta noche consume.

[55]

No preguntarte me salva. 1920
Si llegase a preguntar
antes de decir tú nada,
¡qué claro estaría todo,
todo qué acabado ya!
Sería cambiar tus brazos, 1925
tus auroras, indecisas
de hacia quién,
sería cambiar la duda
donde vives, donde vivo
como en un gran mundo a oscuras, 1930
por una moneda fría
y clara: lo que es verdad.
Te marcharías, entonces.
Donde está tu cuerpo ahora,
vacilante, todo trémulo 1935
de besarme o no, estaría
la certidumbre: tu ausencia
sin labios. Y donde está
ahora la angustia, el tormento,
cielos negros, estrellados 1940
de puede ser, de quizás,
no habría más que ella sola.
Mi única amante ya siempre,
y yo a tu lado, sin ti.
Yo solo con la verdad. 1945

[56]

Me estoy labrando tu sombra.
La tengo ya sin los labios,
rojos y duros: ardían.
Te los habría besado
aún mucho más. 1950

Luego te paro los brazos,
rápidos, largos, nerviosos.
Me ofrecían el camino
para que yo te estrechara.

Te arranco el color, el bulto. 1955
Te mato el paso. Venías
derecha a mí. Lo que más
pena me ha dado, al callártela,

es tu voz. Densa, tan cálida,
más palpable que tu cuerpo. 1960
Pero ya iba a traicionarnos.

Así
mi amor está libre, suelto,
con tu sombra descarnada.
Y puedo vivir en ti 1975
sin temor
a lo que yo más deseo,
a tu beso, a tus abrazos.
Estar ya siempre pensando
en los labios, en la voz, 1970
en el cuerpo,
que yo mismo te arranqué
para poder, ya sin ellos,
quererte.
¡Yo, que los quería tanto! 1975
Y estrechar sin fin, sin pena
—mientras se va inasidera,
con mi gran amor detrás,
la carne por su camino—
tu solo cuerpo posible: 1980
tu dulce cuerpo pensado.

[57]
Dime, ¿por qué ese afán
de hacerte la posible,
si sabes que tú eres
la que no serás nunca? 1985
Tú a mi lado, en tu carne,
en tu cuerpo, eres sólo
el gran deseo inútil
de estar aquí a mi lado
en tu cuerpo, en tu carne. 1990
En todo lo que haces,
verdadero, visible,
no se consume nada,
ni se realiza, no.
Lo que tú haces no es más 1995
que lo que tú querías
hacer mientras lo haces.
Las palabras, las manos
que me entregas, las beso
por esa voluntad 2000
tuya e irrealizable
de dármelas, al dármelas.

Y cuanto más te acercas
contra mí y más te estrechas
contra el no indestructible 2005
y negro, más se ensanchan
de querer abolirlas,
de afán de que no existan,
las distancias sin fondo
que quieres ignorar 2010
abrazándome. Y siento
que tu vivir conmigo
es signo puro, seña,
en besos, en presencias,
de lo imposible, de 2015
tu querer vivir
conmigo, mía, siempre.

[58]

Te busqué por la duda:
no te encontraba nunca.

Me fui a tu encuentro 2020
por el dolor.
Tú no venías por allí.

Me metí en lo más hondo
por ver si, al fin, estabas.
Por la angustia, 2025
desgarradora, hiriéndome.
Tú no surgías nunca de la herida.
Y nadie me hizo señas
—un jardín o tus labios,
con árboles, con besos—; 2030
nadie me dijo
—por eso te perdí—
que tú ibas por las últimas
terrazas de la risa
del gozo, de lo cierto. 2035
Que a ti se te encontraba
en las cimas del beso
sin duda y sin mañana.
En el vértice puro
de la alegría alta, 2040
multiplicando júbilos
por júbilos, por risas,
por placeres.
Apuntando en el aire
las cifras fabulosas, 2045

sin poso, de tu dicha.

[59]

A ti sólo se llega
por ti. Te espero.

Yo sí que sé dónde estoy,
mi ciudad, la calle, el nombre 2050
por el que todos me llaman.
Pero no sé dónde estuve
contigo.
Allí me llevaste tú.

¿Cómo 2055
iba a aprender el camino
si yo no miraba a nada
más que a ti,
si el camino era tu andar,
y el final 2060
fue cuando tú te paraste?
¿Qué más podía haber ya
que tú ofrecida, mirándome?

Pero ahora
¡qué desterrado, qué ausente 2065
es estar donde uno está!
Espero, pasan los trenes,
los azares, las miradas.
Me llevarían adonde
nunca he estado. Pero yo 2070
no quiero los cielos nuevos.
Yo quiero estar donde estuve.
Contigo, volver.
¡Qué novedad tan inmensa
eso, volver otra vez, 2075
repetir lo nunca igual
de aquel asombro infinito!
Y mientras no vengas tú
yo me quedaré en la orilla
de los vuelos, de los sueños, 2080
de las estelas, inmóvil.
Porque sé que adonde estuve
ni alas, ni ruedas, ni velas
llevan.
Todas van extraviadas. 2085
Porque sé que adonde estuve

sólo
se va contigo, por ti.

[60]

Tú no las puedes ver;
yo, sí. 2090
Claras, redondas, tibias.
Espacio
se van a su destino;
espacio, por marcharse
más tarde de tu carne. 2095
Se van a nada; son
eso no más, su curso.
Y una huella, a lo largo,
que se borra en seguida.
¿Astros? 2100

Tú
no las puedes besar.
Las beso yo por ti.
Sabes, tienen sabor
a los zumos del mundo. 2105
¡Qué gusto negro y denso
a tierra, a sol, a mar!
Se quedan un momento
en el beso, indecisas
entre tu carne fría 2110
y mis labios; por fin
las arranco. Y no sé
si es que eran para mí.
Porque yo no sé nada.
¿Son estrellas, son signos, 2115
son condenas o auroras?
Ni en mirar ni en besar
aprendí lo que eran.
Lo que quieren se queda
allá atrás, todo incógnito. 2120
Y su nombre también.
(Si las llamara lágrimas
nadie me entendería.)

[61]

¡Si tú supieras que ese
gran sollozo que estrechas 2125
en tus brazos, que esa

lágrima que tú secas
besándola,
vienen de ti, son tú,
dolor de ti hecho lágrimas 2130
mías, sollozos míos!

Entonces
ya no preguntaría
al pasado, a los cielos,
a la frente, a las cartas, 2135
qué tengo, por qué sufro.
Y toda silenciosa,
con ese gran silencio
de la luz y el saber,
me besarías más, 2140
y desoladamente.
Con la desolación
del que no tiene al lado
otro ser, un dolor
ajeno; del que está 2145
sólo ya con su pena.
Queriendo consolar
en un otro quimérico,
el gran dolor que es suyo.

[62]

Cuando tú me elegiste 2150
—el amor eligió—
salí del gran anónimo
de todos, de la nada.
Hasta entonces
nunca era yo más alto 2155
que las sierras del mundo.
Nunca bajé más hondo
de las profundidades
máximas señaladas
en las cartas marinas. 2160
Y mi alegría estaba
triste, como lo están
esos relojes chicos,
sin brazo en que ceñirse
y sin cuerda, parados. 2165
Pero al decirme: "tú"
—a mí, sí, a mí, entre todos—,
más alto ya que estrellas
o corales estuve.
Y mi gozo 2170

se echó a rodar, prendido
a tu ser, en tu pulso.
Posesión tú me dabas
de mí, al dárteme tú.
Viví, vivo ¿Hasta cuándo? 2175
Sé que te volverás
atrás. Cuando te vayas
retornaré a ese sordo
mundo, sin diferencias,
del gramo, de la gota, 2180
en el agua, en el peso.
Uno más seré yo
al tenerte de menos.
Y perderé mi nombre,
mi edad, mis señas, todo 2185
perdido en mí, de mí
Vuelto al osario inmenso
de los que no se han muerto
y ya no tienen nada
que morir en la vida. 2190

[63]

No quiero que te vayas,
dolor, última forma
de amar. Me estoy sintiendo
vivir cuando me dueles
no en ti, ni aquí, más lejos: 2195
en la tierra, en el año
de donde vienes tú,
en el amor con ella
y todo lo que fue.
En esa realidad 2200
hundida que se niega
a sí misma y se empeña
en que nunca ha existido,
que sólo fue un pretexto
mío para vivir. 2205
Si tú no me quedaras,
dolor, irrefutable,
yo me lo creería;
pero me quedas tú.
Tu verdad me asegura 2210
que nada fue mentira.
Y mientras yo te sienta,
tú me serás, dolor,
la prueba de otra vida
en que no me dolías. 2215

La gran prueba, a lo lejos,
de que existió, que existe,
de que me quiso, sí,
de que aún la estoy queriendo.

[64]

¡Qué de pesos inmensos, 2220
órbitas celestiales,
se apoyan
—maravilla, milagro—,
en aires, en ausencias,
en papeles, en nada! 2225
Roca descansa en roca,
cuerpos yacen en cunas,
en tumbas; ni las islas
nos engañan, ficciones
de falsos paraísos, 2230
flotantes sobre el agua.
Pero a ti, a ti, memoria
de un ayer que fue carne
tierna, materia viva,
y que ahora ya no es nada 2235
más que peso infinito,
gravitación, ahogo,
dime, ¿quién te sostiene
si no es la esperanzada
soledad de la noche? 2240
A ti, afán de retorno,
anhelo de que vuelvan
invariablemente,
exactas a sí mismas,
las acciones más nuevas 2245
que se llaman futuro,
¿quién te va a sostener?
Signos y simulacros
trazados en papeles
blancos, verdes, azules, 2250
querrían ser tu apoyo
eterno, ser tu suelo,
tu prometida tierra.
Pero, luego, más tarde,
se rompen —unas manos—, 2255
se deshacen, en tiempo,
polvo, dejando sólo
vagos rastros fugaces,
recuerdos, en las almas.

¡Sí, las almas, finales! 2260
¡Las últimas, las siempre
elegidas, tan débiles,
para sostén eterno
de los pesos más grandes!
Las almas, como alas 2265
sosteniéndose solas
a fuerza de aleteo
desesperado, a fuerza
de no pararse nunca,
de volar, portadoras 2270
por el aire, en el aire,
de aquello que se salva.

[65]

No en palacios de mármol,
no en meses, no, ni en cifras,
nunca pisando el suelo: 2275
en leves mundos frágiles
hemos vivido juntos.
El tiempo se contaba
apenas por minutos:
un minuto era un siglo, 2280
una vida, un amor.
Nos cobijaban techos,
menos que techos, nubes;
menos que nubes, cielos;
aún menos, aire, nada.2285
Atravesando mares
hechos de veinte lágrimas,
diez tuyas y diez mías,
llegábamos a cuentas
doradas de collar, 2290
islas limpias, desiertas
sin flores y sin carne;
albergue, tan menudo,
en vidrio, de un amor
que se bastaba él solo 2295
para el querer más grande
y no pedía auxilio
a los barcos ni al tiempo.
Galerías enormes
abriendo 2300
en los granos de arena,
descubrimos las minas
de llamas o de azares.

Y todo
colgando de aquel hilo 2305
que sostenía, ¿quién?
Por eso nuestra vida
no parece vivida:
desliz, resbaladora,
ni estelas ni pisadas 2310
dejó detrás. Si quieres
recordarla, no mires
donde se buscan siempre
las huellas y el recuerdo.
No te mires al alma, 2315
a la sombra, a los labios.
Mírate bien la palma
de la mano, vacía.

[66]

Lo encontraremos, sí.
Nuestro beso. ¿Será 2320
en un lecho de nubes,
de vidrios o de ascuas?
¿Será
este minuto próximo,
o mañana, o el siglo 2325
por venir, o en el borde
mismo ya del jamás?
¿Vivos, muertos? ¿Lo sabes?
¿Con tu carne y la mía, 2330
con mi nombre y el tuyo?
¿O ha de ser ya con otros
labios, con otros nombres
y siglos después, esto
que está queriendo ser
hoy, aquí, desde ahora? 2335
Eso no lo sabemos.
Sabemos que será.
Que en algo, sí, y en alguien
se tiene que cumplir
este amor que inventamos 2340
sin tierra ni sin fecha
donde posarse ahora:
el gran amor en vilo.
Y que quizá, detrás
de telones de años, 2345
un beso bajo cielos
que jamás hemos visto,
será sin que lo sepan

esos que creen dárselo,
trascendido a su gloria, 2350
el cumplirse, por fin,
de ese boso impaciente
que te veo esperando,
palpitante en los labios.
Hoy 2355
nuestro beso, su lecho,
están sólo en la fe.

[67]

¿Quién, quién me puebla el mundo
esta noche de agosto?
No, ni carnes, ni alma. 2360
Faroles, contra luna.
¿Abrazarme? ¿Con quién?
¿Seguir? ¿A quién? Veloces
coincidencias de astro
y gas lo suplen todo. 2365
Sombras y yo. Y el aire
meciendo blandamente
el cabello a las sombras
con un rumor de alma.
Me acercaré a su lecho 2370
—aire quieto, aqua quieta—
a intentar que me quieran
a fuerza de silencio
y de beso. Engañado
hasta que venga el día 2375
y el gran lecho vacío
donde durmieron ellas,
sin huellas de la carne,
y el gran aire vacío,
limpio, 2380
sin señal de las almas
otra vez me confirmen
la soledad, diciendo
que todo eran encuentros
fugaces, aquí abajo 2385
de las luces distantes,
azares sin respuesta.
No, ni carnes, ni almas.

[68]

¡Qué cuerpos leves, sutiles,
hay, sin color, 2390
tan vagos como las sombras
que no se pueden besar
si no es poniendo los labios
en el aire, contra algo
que pasa y que se parece! 2395

¡Y qué sombras tan morenas
hay, tan duras
que su oscuro mármol frío
jamás se nos rendirá
de pasión entre los brazos! 2400

¡Y qué trajín, ir, venir,
con el amor en volandas
de los cuerpos a las sombras,
de lo imposible a los labios,
sin parar, sin saber nunca 2405
si es alma de carne o sombra
de cuerpo lo que besamos,
si es algo! ¡Temblando
de dar cariño a la nada!

[69]

¿Y si no fueran las sombras 2410
sombras? ¿Si las sombras fueran
—yo las estrecho, las beso,
me palpitan encendidas
entre los brazos—
cuerpos finos y delgados, 2415
todos miedosos de carne?

¿Y si hubiese
otra luz más en el mundo
para sacarles a ellas,
cuerpos ya de sombra, otras 2420
sombras más últimas, sueltas
de color, de forma, libres
de sospecha de materia;
y que no se viesen ya
y que hubiera que buscarlas 2425
a ciegas, por entre cielos,
desdeñando ya las otras,
sin escuchar ya las voces
de esos cuerpos disfrazados
de sombras, sobre la tierra? 2430

[70]

¿Las oyes cómo piden realidades,
ellas, desmelenadas, fieras,
ellas, las sombras que los dos forjamos
en este inmenso lecho de distancias?
Cansadas ya de infinitud, de tiempo 2435
sin medida, de anónimo, heridas
por una gran nostalgia de materia,
piden límites, días, nombres.
No pueden
vivir así ya más: están al borde 2440
del morir de las sombras, que es la nada.
Acude, ven, conmigo.
Tiende tus manos, tiéndeles tu cuerpo.
Los dos les buscaremos
un color, una fecha, un pecho, un sol.2445
Que descansen en ti, sé tú su carne.
Se calmará su enorme ansia errante,
mientras las estrechamos
ávidamente entre los cuerpos nuestros
donde encuentren su pasto y su reposo. 2450
Se dormirán al fin en nuestro sueño
abrazado, abrazadas. Y así luego,
al separarnos, al nutrirnos sólo
de sombras, entre lejos,
ellas 2455
tendrán recuerdos ya, tendrán pasado
de carne y hueso,
el tiempo que vivieron en nosotros.
Y su afanoso sueño
de sombras, otra vez, será el retorno 2450
a esta corporeidad mortal y rosa
donde el amor inventa su infinito.

Razón de Amor

[1]

Ya está la ventana abierta.
Tenía que ser así
el día.

Azul el cielo, sí, azul
indudable, como anoche 5
le iban queriendo tus besos.
Henchida la luz de viento
y tensa igual que una vela
que lleva el día, velero,
por los mundos a su fin: 10
porque anoche tú quisiste
que tú y yo nos embarcáramos
en un alba que llegaba.
Tenía que ser así.
Y todo, 15
las aves de por el aire,
las olas de por el mar,
gozosamente animado:
con el ánimo
misma que estaba latiendo 20
en las olas y los vuelos
nocturnos del abrazar.
Si los cielos iluminan
traslucos de paraíso
islas de color de edén, 25
es que en las horas sin luz
sin suelo, hemos anhelado
la tierra más inocente
y jardín para los dos
Y el mundo es hoy como es hoy 30
porque lo querías tú
porque anoche lo quisimos.
Un día
es el gran rastro de luz
que deja el amor detrás 35
cuando cruza por la noche,
sin él eterna, del mundo.
Es lo que quieren dos seres
si se quieren hacia un alba.
Porque un día nunca sale 40
de almanaques ni horizontes:
es la hechura sonrosada,
la forma viva del ansia
de dos almas en amor,
que entre abrazos, a lo largo 45
de la noche, beso a beso,
se buscan su claridad.
Al encontrarla amanece,
ya no es suya, ya es del mundo.
Y sin saber lo que hicieron, 50
los amantes
echan a andar por su obra,

que parece un día más.

[2]

¿Serás, amor,
un largo adiós que no se acaba? 55
Vivir, desde el principio, es separarse.
En el primer encuentro
con la luz, con los labios,
el corazón percibe la congoja
de tener que estar ciego y solo un día. 60
Amor es el retraso milagroso
de su término mismo:
es prolongar el hecho mágico,
de que uno y uno sean dos, en contra
de la primer condena de la vida. 65
Con los besos,
con la pena y el pecho se conquistan,
en afanosas lides, entre gozos
parecidos a juegos,
días, tierras, espacios fabulosos, 70
a la gran disyunción que está esperando,
hermana de la muerte o muerte misma.
Cada beso perfecto aparta el tiempo,
le echa hacia atrás, ensancha el mundo breve
donde puede besarse todavía. 75
Ni en el llegar, ni en el hallazgo
tiene el amor su cima:
es en la resistencia a separarse
en donde se le siente,
desnudo, altísimo, temblando. 80
Y la separación no es el momento
cuando brazos, o voces,
se despiden con señas materiales.
Es de antes, de después.
Si se estrechan las manos, si se abraza, 85
nunca es para apartarse,
es porque el alma ciegamente siente
que la forma posible de estar juntos
es una despedida larga, clara.
Y que lo más seguro es el adiós. 90

[3]

¿En dónde está la salvación? ¿Lo sabes?
¿Vuela, corre, descansa, es árbol, nube?

¿Se la coge a puñados, como al mar,
 o cae sobre nosotros en el sueño
 sin despertar ya más, igual que muerte? 95
 ¿Nos salvaremos?
 Suelta, escapada va,
 sin que se sepa dónde, si pisando
 los cielos que miramos
 o bajo el techo que es la tierra nuestra, 100
 inasequible, incierta eterna,
 jugando con nosotros
 a será o no será.
 Mas lo que sí sabemos es que todo,
 las manos, y las bocas y las almas, IO5
 ávidas y afiladas,
 persiguiéndola están, siempre al acecho
 de su paso en la alta madrugada,
 por si cruzase por las soledades
 o por el beso con que se las quiebra. 110
 Que unas alas
 invisibles golpean
 las paredes del día y de la noche,
 animadas, cerniéndose,
 volando a ras de tierra, y son las alas 115
 del gran afán de salvación constante
 de cuyo no cesar se está viviendo:
 el ansia de salvarme, de salvarte,
 de salvarnos los dos, ilusionados
 de estar salvando al mismo que nos salva. 120
 Y que aunque su hecho mismo se nos niegue
 —el arribo a las costas celestiales,
 paraíso sin lugar, isla sin mapa,
 donde viven felices los salvados—,
 nos llenará la vida 125
 este puro volar sin hora quieta,
 este vivir buscándola:
 y es ya la salvación querer salvarnos.

[4]

¡Pastora de milagros!
 ¿Lo sobrenatural 130
 nació quizá contigo?
 Tu vida
 maneja los prodigios
 tan tuyamente como
 el color de tus ojos, 135
 o tu voz, o tu risa.

Y lo maravilloso
 parece
 tu costumbre, el quehacer
 fócil de cada día. 140
 Las sorpresas del mundo,
 lanzadas desde lejos
 sobre ti, como olas,
 en mansa espuma blanca
 a los pies se te quiebran, 145
 dóciles, esperadas.
 Lo imprevisto se quita,
 al verte, su antifaz
 de noche o de misterio,
 se rinde: 150
 tú ya lo conocías.
 Andando de tu mano,
 ¡qué fáciles las cimas!
 Alto se está contigo,
 tú me elevas, sin nada, 155
 tan sólo con vivir
 y dejar que te viva.
 Tus pasos más sencillos
 en ascensión acaban.
 Y en la altura se vive 160
 sin sentir la fatiga
 de haber subido. Tú
 le quitas
 al trabajo, al afán,
 su gran color de pena. 165
 Y en descensos alegres,
 se sube, si tú guías,
 la inmensa
 cuesta arriba del mundo.
 Cuando tu ser en proa, 170
 —velocísimo viento-
 atraviesa la vida,
 se les caen a las ramas
 de lo que deseamos
 los esfuerzos que cuestan, 175
 el precio de la dicha,
 como las hojas secas,
 y te alfombran el paso.
 Y yo sé que quererte
 es convertir los días, 180
 las horas, en peligros,
 en llamas. Pero a todo
 se sonríe por ti.
 Porque vas sorteando
 nuestra vida entre azares 185

ardientes, entre muertes,
tan inocentemente,
tan fuera del pecado,
que nos parece un juego
con las cosas más puras. 190
Tan sencilla queriéndome
que a voces se me olvida
que vivo de milagro
el amor fabuloso
que al cargar sobre ti 195
ingrávido se torna
Y como lo redimes
de sangre, o de tormento
por fuerza de tu pecho,
con corazón de magia, 200
se siente la ilusión
de que nada nos cuesta
nada.
Que el hecho más sencillo,
el primero y el último 205
del mundo, fue querernos.

[5]

Torpemente el amor busca.
Vive en mí como una oscura
fuerza entrañada. No tiene
ojos que le satisfagan 210
su ansia de ver. Los espera.
Tantea a un lado y a otro:
se tropieza con el cielo,
con un papel, o con nada.
Ni aire ni tierra ni agua 215
le sirven para salir
desde su mina a la vida,
porque él ni vuela ni anda.
Sólo quiere, quiere, quiere,
y querer no es caminar, 220
ni volar, con pies, con alas
de otros seres. El amor
sólo va hacia su destino
con las alas y los pies
que de su entraña le nazcan 225
cada día, que jamás
tocaron la tierra, el aire,
y que no se usaron nunca
en más vuelos ni jornadas

que los de su oficio virgen. 230
Y así mientras no le salgan,
fuerzas de pluma en los hombros,
nuevas plantas,
está como masa oscura,
en el fondo de su mar, 235
esperando que le lleguen
formas de vida a su ansia.
Se acerca el mundo y le ofrece
salidas, salidas vagas:
una rosa, no le sirve. 240
El amor no es una rosa.
Un día azul; el amor
no es tampoco una mañana.
Le brinda sombras, espectros,
que no se pueden asir, 245
lentos de incorpóreas gracias;
pero un querer, aunque venga
de las sombras,
es siempre lo que se abraza.
Y por fin le trae un sueño, 250
un sueño tan parecido
que se siente todo trémulo
de inminencia, al borde ya
de la forma que esperaba.

Que esperaba y que no es: 255
porque un sueño sólo es sueño
verdadero
cuando en materia mortal
se desensueña y se encarna
Y allá se vuelve el amor 260
a su entraña
a trabajar sin cesar
con la fe de que de él salga
su mismo salir, la ansiada
forma de vivirse, esa 265
que no se puede encontrar
sino a fuerza
de esperar desesperado:
a fuerza de tanto amarla.

[6]

Estabas, pero no se te veía 270
aquí en la luz terrestre, en nuestra luz

de todos.

Tu realidad vivía entre nosotros
indiscernible y cierta
como la flor el monte el mar, 275
cuando a la noche
son un puro sentir, casi invisible.

El mediodía terrenal,
esa luz suficiente
para leer los destinos y los números, 280
nunca pudo explicarte.

Tan sólo desde ti venir podía
tu aclaración total. Te iban buscando
por tardes grises, por mañanas claras,
por luz de luna o sol, sin encontrar. 285

Es
que a ti sólo se llega por tu luz.
Y así cuando te ardiste en otra vida,
en ese llamear tu luz nació,
la cegadora luz que te rodea 290
cuando mis ojos son los que te miran
-esa que tú me diste para verte—,
para saber quién éramos tú y yo:
la luz de dos.

De dos, porque mis ojos son los únicos 295
que saben ver con ella,
porque
con ella sólo pueden verte a ti.

Ni recuerdos nos unen, ni promesas.

No. Lo que nos enlaza³⁰⁰

es que sólo entre dos, únicos dos,
tú para ser mirada, yo mirándote,
vivir puede esa luz. Y si te vas
te esperan, procelosas, las auroras,
las lumbres cenitales, los crepúsculos, 305
todo ese oscuro mundo que se llama
no volvernos a ver:
no volvernos a ver nunca en tu luz.

[7]

Antes vivías por el aire, el agua
ligera, sin dolor, vivir de ala, 310
de quilla, de canción gustos sin rastros.
Pero has vivido un día
todo el gran peso de la vida en mí.
Y ahora,

sobre la eternidad blanda del tiempo 315
—contorno irrevocable, lo que hiciste—
marcada está la seña de tu ser,
cuando encontró su dicha.
Y tu huella de sigue;
es huella de un vivir todo transido 320
de querer vivir más como fue ella.
No se está quieta, no, no se conforma
con su sino de ser señal de vida
que vivió y ya no vive.
Corre tras ti, anhelosa 325
de existir otra vez, siente la trágica
fatalidad de no ser más que marca
de un cuerpo que se huyó, busca su cuerpo.
Sabes ya que no eres,
hoy, aquí, en tu presente 330
sino el recuerdo de tu planta un día
sobre la arena que llamamos tiempo.
Tú misma, que la hiciste,
eres hoy sólo huella de tu huella,
de aquella que marcaste entre mis brazos. 335
Ya nuestra realidad, los cuerpos estos,
son menos de verdad que lo que hicieron
aquel día, y si viven
sólo es para esperar que les retorne
el don de imprimir marcas sobre el mundo 340
su anhelado futuro
tiene la forma exacta de una huella.

[8]

¡Sensación de retorno!
Pero ¿de dónde, dónde?
Allí estuvimos, sí, 345
Juntos. Para encontrarnos
este día tan claro
las presencias de siempre
no bastaban. Los besos
se quedaban a medio 350
vivir de sus destinos:
no sabían volar
de su ser en las bocas
hacia su pleno más.
Mi mirada, mirándote, 355
sentía paraísos
guardados más allá,
virginales jardines
de ti, donde con esta

luz de que disponíamos 360
no se podía entrar.

Por eso nos marchamos.
Se deshizo el abrazo,
se apartaron los ojos,
dejaron de mirarse 365
para buscar el mundo
donde nos encontraríamos.
Y ha sido allí, sí, allí.
Nos hemos encontrado
allí. ¿Cómo, el encuentro? 370

¿Fue como beso o llanto?
¿Nos hallamos
con las manos, buscándonos
a tientas, con los gritos,
clamando, con las bocas 375
que el vacío besaban?

¿Fue un choque de materia
y materia, combate
de pecho, contra pecho,
que a fuerza de contactos 380
se convirtió en victoria
gozosa de los dos,
en prodigioso pacto
de tu ser con mi ser
enteros? 385

¿O tan sencillo fue,
tan sin esfuerzo, como
una luz que se encuentra
con otra luz, y queda
iluminado el mundo, 390
sin que nada se toque?
Ninguno lo sabemos.
Ni el dónde. Aquí en las manos,
como las cicatrices,
allí, dentro del alma, 395
como un alma del alma,
pervive el prodigioso
saber que nos hallamos,
y que su donde está
para siempre cerrado. 400
Ha sido tan hermoso
que no sufre memoria,
como sufren las fechas
los nombres o las líneas.
Nada en ese milagro 405
podría ser recuerdo:

porque el recuerdo es
la pena de si mismo,
el dolor del tamaño,
del tiempo, y todo fue 410
eternidad: relámpago.
Si quieres recordarlo
no sirve el recordar.
Sólo vale vivir
de cara hacia ese donde, 415
queriéndolo, buscándolo.

[9]

¿Acompañan las almas? ¿Se las siente?
¿O lo que te acompañan son dedales
minúsculos, de vidrio,
cárceles de las puntas, de las fugas, 420
rosadas, de los dedos?

¿Acompañan las ansias? ¿Y los "más",
los "más", los "más", no te acompañan?
¿O tienes junto a ti sólo la música
tan mártir, destrozada 425
de chocar contra todas las esquinas
del mundo, la que tocan
desesperadamente, sin besar,
espectros, por la radio?

¿Acompañan las alas, o están lejos? 430
Y dime, ¿te acompaña
ese inmenso querer estar contigo
que se llama el amor o el telegrama?

¿O estás sola, sin otra compañía
que mirar muy despacio, con los ojos 435
arrasados de llanto, estampas viejas
de modas anticuadas, y sentirte desnuda,
sola, con tu desnudo prometido?

[10]

¿Tú sabes lo que eres
de mí? 440
¿Sabes tú el nombre?

No es
el que todos te llaman,

esa palabra usada
que se dicen las gentes, 445
si besan o se quieren,
porque ya se la han dicho
otros que se besaron.
Yo no lo sé, lo, digo,
se me asoma a los labios 450
como una aurora virgen
de la que no soy dueño.
Tu tampoco lo sabes,
lo oyes. Y lo recibe
tu oído igual que el silencio 455
que nos llega hasta el alma
sin saber de qué ausencias
de ruidos está hecho.
Son letras, son sonidos?
Es mucho más antiguo. 460
Lengua de paraíso,
sones primeros, vírgenes
tanteos de los labios,
cuando, antes de los números,
en el aire del mundo 465
se estrenaban los nombres
de los gozos primeros.
Que se olvidaban luego
para llamarlo todo
de otro modo al hacerlo 470
otra vez: nuevo son
para el júbilo nuevo.
En ese paraíso
de los tiempos del alma,
allí, en el más antiguo, 475
es donde está tu nombre.
Y aunque yo te lo llamo
en mi vida, a tu vida,
con mi boca, a tu oído,
en esta realidad, 480
como él no deja huella
en memoria ni en signo,
y apenas lo percibes,
nítido y momentáneo,
a su cielo se vuelve 485
todo alado de olvido,
dicho parece en sueños,
sólo en sueños oído.
Y así, lo que tú eres,
cuando yo te lo digo 490
no podrá serlo nadie,
nadie podrá decírtelo.

Porque ni tú ni yo
conocemos su nombre
que sobre mí desciende, 495
pasajero de labios,
huésped
fugaz, de los oídos
cuando desde mi alma
lo sientes en la tuya, 500
sin poderlo aprender,
sin saberlo yo mismo.

[11]

A veces un no niega
más de lo que quería, se hace múltiple.
Se dice "no, no iré" 505
y se destejen infinitas tramas
tejidas por los síes lentamente,
se niegan las promesas que no nos hizo nadie
sino nosotros mismos, al oído.
Cada minuto breve rehusado, 510
—¿eran quince eran treinta?—
se dilata en sin fines, se hace siglos,
y un "no, esta noche no"
puede negar la eternidad de noches
la pura eternidad. 515
¡Qué difícil saber adónde hiere
un no! Inocentemente
sale de labios puros, un no puro;
sin mancha ni querencia
de herir, va por el aire. 520
Pero el aire está lleno
de esperanzas en vuelo, las encuentra.
y las traspasa por las alas tiernas
su inmensa fuerza ciega, sin querer,
y las deja sin vida y va a clavarse 525
en ese techo azul que nos pintamos
y abre una grieta allí.
O allí rebota
y su herir acerado
vuelve camino atrás y le desgarras 530
el pecho, al mismo pecho que lo dijo.
Un no da miedo. Hay que dejarlo siempre
al borde de los labios y dudar.
O decirlo tan suavemente
que le llegue 535
al que no lo esperaba

con un sonar de "sí",
aunque no dijo sí quién lo decía.

[12]

Lo que queremos nos quiere
aunque no quiera querernos 540
Nos dice que no y que no,
pero hay que seguir queriéndolo:
porque el no tiene un revés,
quien lo dice no lo sabe,
y siguiendo en el querer 545
los dos se lo encontraremos.
Hoy, mañana, junto al nunca,
parece imposible
ya
nos responderá en lo amado, 550
como un soplo imperceptible,
el amor
mismo con que lo adoramos.
Aunque estén contra nosotros
el aire y la soledad, 555
las pruebas y el no y el tiempo,
hay que querer sin dejarlo,
querer y seguir queriendo.
Sobre todo en la alta noche
cuando el sueño, ese retorno 560
al ser desnudo y primero,
rompe desde las estrellas
las voluntades de paso,
y el querer siente, asombrado,
que ganó lo que quería, 565
que le quieren sin querer,
a fuerza de estar queriendo.
Y aunque no nos dé su cuerpo,
la amada, ni su presencia
aunque se finja otro amor 570
un estar en otra parte,
este fervor infinito
contra el no querer querer
la rendirá, bese o no.
Y en la más oscura noche, 575
cuando
desde otra orilla del mundo,
la bese el amor remoto
se le entrará por el alma,
como un frío o una sombra 580

la evidencia de ser ya
de aquel que la está queriendo.

[13]

A esa, a la que yo quiero,
no es a la que se da rindiéndose,
a la que se entrega cayendo, 585
de fatiga, de peso muerto,
como el agua por ley de lluvia,
hacia abajo, presa segura
de la tumba vaga del suelo.
A esa, a la que yo quiero, 590
es a la que se entrega venciendo,
venciéndose,
desde su libertad saltando
por el ímpetu de la gana,
de la gana de amor, surtida 595
surtidor, o garza volante,
o disparada —la saeta—
sobre su pena victoriosa,
hacia arriba, ganando el cielo.

[14]

Di, ¿no te acuerdas nunca, 600
de esa forma perdida,
vaga, de tu pasado:
del color de tus trajes?
¡Qué de geometrías
sobre tu pecho núbil, 605
palpitantes, temblaron!
El azul fue el azul
cuando tú lo estrenabas;
deja el azul del cielo,
el azul que nadamos. 610
Vámonos a buscar
tu azul de traje azul,
hacia atrás, por los años.
Calor de terciopelos
de otoño te pesaron 615
como penas primeras.
Siempre te lo ponías
a las ocho, a las nueve
bajo la luz eléctrica.

Y si eran muy oscuros 620
al salir a los campos
un gran celo celeste
los poblaba de estrellas:
parecían agostos.
Pero por las mañanas 625
a luz de luz primera,
imposible
ponerse sobre el cuerpo
todo lo que no fuese
felicidad o alas. 630
Cuando no las tenías
salías de los sueños,
del despertar, desnuda
para entrar en la apenas
materia de las sedas. 635
Con las aguas de abril
Las nieves de tus blancos
trajes te florecían.
Campánulas y lirios
a tus telas corrían 640
a plantarse;
porque tú prolongabas
su florecer, sin fin,
y en los días de invierno
los lanzabas al aire, 645
seguros, defendidos
del rigor y del hielo
por esa primavera,
sin cesar, de su carne.

¿En dónde están los pétalos 650
marchitos de tus trajes?
¿Qué alamedas tapizan
en los mundos incógnitos,
desde que los dejaste?
Tiene que haber un cielo 655
Donde van al morirse
Cuando se les acaban
Sus glorias terrenales
Sobre el cuerpo perfecto:
cielo de recordarles. 660
Deshechas las materias
De las telas, borradas,
Como de criaturas,
las diferencias vanas
entre lino y crepón, 665
perdidas
andan, por su trasmundo,

de tus trajes las almas.
Las almas que eran trazos
-ahora inflexibles, fríos-, 670
dibujos de tus trajes,
círculos o triángulos
a quien tus movimientos
grácilmente libraban
de su sino esquemático. 675
Las almas que eran flores,
desterradas por siempre,
ahora,
a un destierro de campos.
Las almas que eran eso: 680
un gris, un rosa, un blanco,
que flotan liberadas
por los anchos espacios
de todos los crepúsculos,
como si fueran nubes. 685
Y tú no las conoces,
cuando yo, recordando
su pasado de trajes
tuyos, te las señalo,
allá, en su paraíso. 690

[15]

¡Cuánto tiempo fuiste dos!
Querías y no querías.
No eras como tu querer,
ni tu querer como tú.
¡Qué vaivén entre una y otra! 695
A los espejos del mundo,
al silencio, a los azares,
preguntabas
cuál sería la mejor.
Inconstante de ti misma 700
siempre te estabas matando
tu mismo sí con tu no.
Y en el borde de los besos,
ni tu corazón ni el mío,
sabía quien se acercaba: 705
si era la que tu querías
o la que quería yo.
Cuando estabais separadas,
como la flor de su flor,
¡qué lejos de ti tenía 710
que ir a buscarte el querer!
Él estaba por un lado.
Tú en otro.

Lo encontraba. Pero no
sabía estarme con él, 715
vivir así separados
o de tu amor o de ti.
Y os quería a los dos.
Y por fin junto está todo.
Cara a cara te miraste, 720
tu mirada en ti te vio:
eres ya la que querías.
Y ahora os beso a las dos
en ti sola.
Y esta paz de ser eterno, 725
no sabe
el alma quién la ganó:
si es que tu amor se parece
a ti, de tanto quererte,
o es que tú, 730
de tanto estarle queriendo,
eres ya igual que tu amor.

[16]

Aquí,
en esta orilla blanca
del lecho donde duermes 735
estoy al borde mismo
de tu sueño. Si diera
un paso más, caería
en tus ondas, rompiéndolo
como un cristal. Me sube 740
el calor de tu sueño
hasta el rostro. Tu hálito
te mide la andadura
del soñar: va despacio.
Un soplo alterno, leve 745
me entrega ese tesoro
exactamente: el ritmo
de tu vivir soñando.
Miro. Veo la estofa
de que está hecho tu sueño. 750
La tienes sobre el cuerpo
como coraza ingrávida.
Te cerca de respeto.
A tu virgen te vuelves
toda entera, desnuda, 755
cuando te vas al sueño.
En la orilla se paran
las ansias y los besos:
esperan, ya sin prisa,

a que abriendo los ojos 760
renuncies a tu ser
invulnerable. Busco
tu sueño. Con mi alma
doblada sobre ti
las miradas recorren, 765
traslúcida, tu carne
y apartan dulcemente
las señas corporales,
por ver si hallan detrás
las formas de tu sueño. 770
No lo encuentran. Y entonces
pienso en tu sueño. Quiero
descifrarlo. Las cifras
no sirven, no es secreto.
Es sueño y no misterio. 775
Y de pronto, en el alto
silencio de la noche,
un soñar mío empieza
al borde de tu cuerpo;
en él el tuyo siento. 780
Tú dormida, yo en vela,
hacíamos lo mismo.
No había que buscar:
tu sueño era mi sueño.

[17]

Pensar en ti esta noche 785
no era pensarte con mi pensamiento,
yo solo, desde mí. Te iba pensando
conmigo extensamente, el ancho mundo.

El gran sueño del campo, las estrellas,
callado el mar, las hierbas invisibles, 790
sólo presentes en perfumes secos,
todo,
de Aldebarán al grillo te pensaba.

¡Qué sosegadamente
se hacía la concordia 795
entre las piedras, los luceros,
el agua muda, la arboleda trémula,
todo lo inanimado,
y el alma mía
dedicándolo a ti! Todo acudía 800
dócil a mi llamada, a tu servicio,
ascendiendo a intención y a fuerza amante.
Concurrían las luces y las sombras

a la luz de quererte; concurrían
el gran silencio, por la tierra, plano, 805
suaves voces de nube, por el cielo,
al cántico hacia ti que en mí cantaba.
Una conformidad de mundo y ser,
de afán y tiempo, inverosímil tregua,
se entraba en mi, como la dicha entra 810
cuando llega sin prisa, beso a beso.

Y casi
dejé de amarte por amarte más,
en más que en mí, inmensamente confiando
ese empleo de amar a la gran noche 815
errante por el tiempo y ya cargada
de misión, misionera
de un amor vuelto estrellas, calma, mundo,
salvado ya del miedo
al cadáver que queda si se olvida. 820

[18]

No te detengas nunca
cuando quieras buscarme.
Si ves muros de agua,
anchos fosos de aire,
setos de piedra o tiempo, 825
guardia de voces, pasa.
Te espero con un ser
que no espera a los otros:
en donde yo te espero
sólo tú cabes. Nadie 830
puede encontrarse
allí conmigo sino
el cuerpo que te lleva,
como un milagro, en vilo.
Intacto, inajenable, 835
un gran espacio blanco,
azul, en mí, no acepta
más que los vuelos tuyos,
los pasos de tus pies;
no se verán en él 840
otras huellas jamás.
Si alguna vez me miras
como preso encerrado,
detrás de puertas,
entre cosas ajenas, 845
piensa en las torres altas,
en las trémulas cimas
del árbol, arraigado.
Las almas de las piedras

que abajo están sirviendo 850
aguardan en la punta
última de la torre.
Y ellos, pájaros, nubes,
no se engañan: dejando
que por abajo pisen 855
los hombres y los días,
se van arriba,
a la cima del árbol,
al tope de la torre,
seguros de que allí, 860
en las fronteras últimas
de su ser terrenal
es donde se consuman
los amores alegres,
las solitarias citas 865
de la carne y las alas.

[19]

¡Cuantos años
has estado fingiendo, tú, la oculta,
ser la aparente hija
del mundo, de tus padres, de la tierra 870
en donde nació el tallo de tu voz!
El sol sobre tus hombros
los ponía morenos,
se el frío te estrechaba entre sus pieles
nítidas tú temblabas. 875
Y parecías ser la criatura
de los azares,
esperarte a ti misma en cada día.
Dulce materia firma en la que el mundo,
con nieves o con sol, con pena o con dicha, 880
se entretenía caprichosamente,
en modelar prodigios, rostro y alma,
sin que tú hicieses nada
sino aceptarlos con sonrisas,
mirarlos en tu espejo, 885
e irte luego con ellos por la vida,
como si fuesen tú. Tu cuerpo mismo
se figuraron que labrado estaba
con la materna leche, por el tiempo,
con el crecer, por exteriores leyes, 890
y vestido
por las sedas que pintan otras manos.
Pero un día en la frente,
en el pecho, en los labios,
metal ardiente, óleos, palabras encendidas 895

te tocaron y ahora
por fin te llamas tú.
Coronada de ti, de ti vestida,
lo que te cubre el alma que tú eras
no es ya la carne aquella, don paterno, 900
ni los trajes venales, ni la edad.
En la común materia
-ojos, gracia, bondad, esbelta pierna,
color de cabellos, voz bravura-
que en ti llevabas, 905
te has infundido tú, y a ti te has hecho.
Ya no recibes vida, tu la creas.
Tú, de tu propia criatura origen,
del vago simulacro de tu antes
te sacas tu nacer: recién nacida 910
voluntaria a vivir. Y ya no debes
nada – estás sin pasado –
a la tierra, o al mundo, o a otros seres.
Si acaso besa agradecidamente
en los labios del aire esta noche 915
-suelo de trébol, techo de luceros –
a la que te ha guiado, misteriosa
potencia del amor, hasta ti misma,
para que al fin pudieses ser tu alma.

[20]

No, nunca está el amor. 920
Va, viene, quiere estar
donde estaba o estuvo.
Planta su pie en la tierra,
en el pecho; se vuela
y se posa o se clava 925
-azor siempre o saeta-
en un cielo distante,
que está a veces detrás,
y va de presa en presa.
En las voces mullidas 930
de estrellas y luceros
se tiende a descansar.
Allá arriba, celeste
un momento, la tierra
es el cielo del cielo. 935
Mira, la quiere, cae,
con ardor de subir.
Por eso no se sabe
de qué profundidad
viene el amor, lejana, 940
si de honduras de cielos,

o entrañas de la tierra.

Ya

parece que está aquí,
que es nuestro, entre dos cuerpos, 945
que no se escapará,
guardado entre los besos.

Y su pasar, su rápido
vivir aquí en nosotros,
llega, fuerte, tan hondo 950
que aunque vuele y se huya
a buscar otros cambios,
a ungir a nuevos seres
decimos: amor mío.

A su fugacidad, 955
con el alma del alma,
la llamamos lo eterno.

Y un momento de él,
de su tiempo infinito,
si nos toca en la frente 960
será la vida nuestra.

[21]

No se escribe tu nombre
donde se escribe, con lo que se escribe.

En las aguas escribe
con verde rasgo el árbol. 965

En el aire las máquinas

Impovisan nocturnos,
tocan su seca música
de alfabeto romántico.

En los cielos abiertos, 970
van trazando los pájaros
códigos de los vuelos.

Tu nombre, no se escribe
donde se escribe con lo que se escribe.

Las estrellas se leen 975
con largas lentes claras,
que descifran su tedio
de enigmas alejados.

Las tierras más remotas,
con colores azules, 980
verdes, rosas, entregan
su secreto en los mapas.

Y el pasado se ve
tan escrito en los ojos
que mirar a alguien bien 985
es elegía o cántico

que brotan del azul,
del verde, de lo negro.
Tu nombre no se lee
donde se lee, con lo que se lee. 990

La aurora borra noches,
el mediodía auroras,
y las tardes le quitan
forma, ser, a los días.
El tiempo borra al tiempo, 995
queda sólo un gran blanco.
Pero tu nombre, ¿quién,
dime, quién va a borrarlo,
si en nada se le lee,
si no lo ha escrito nadie, 1000
como lo digo yo,
como lo voy callando?

[22]

Si la voz se sintiera con los ojos
¡ay, cómo te vería!
Tu voz tiene una luz que me ilumina, 1005
luz del oír.
Al hablar
se encienden los espacios del sonido,
que le quiebra al silencio
la gran oscuridad que es. Tu palabra 1010
tiene visos de albor, de aurora joven,
cada día, al venir a mí de nuevo.
Cuando afirmas,
un gozo cenital, un mediodía,
imperera, ya sin arte de los ojos. 1015
Noche no hay si me hablas por la noche.
Ni soledad, aquí solo en mi cuarto
si tu voz llega, tan sin cuerpo, leve.
Porque tu voz crea su cuerpo. Nacen
en el vacío espacio, innumerables, 1020
las formas delicadas y posibles
del cuerpo de tu voz. Casi se engañan
los labios y los brazos que te buscan.
Y almas de labios, almas de los brazos,
buscan alrededor las, por tu voz 1025
hechas nacer, divinas criaturas,
invento de tu hablar.
Y a la luz del oír, en ese ámbito
que los ojos no ven, todo radiante,
se besan por nosotros 1030
los dos enamorados que no tienen

más día ni más noche
que tu voz estrellada, o que tu sol.

[23]

¡Gloria a las diferencias
entre tú y yo que llaman 1035
nuestro amor a la alerta,
cara a cara, a probarse!
¡Qué fácil unidad
de los que son iguales!
¡Qué entenderse tan liso, 1040
que arena con la arena,
de agua con agua o luz
y luz!
En lo que nos separa
laten, nos llaman, ávidas, 1045
las victorias futuras,
esperando.
Cuando hallamos lo igual
de ti y de mí descansa
el amor de su lucha 1050
sobre triunfos floridos
que en el beso se cumplen,
horizontales. Luego,
lo distinto se alza,
nos pone en pie, nos llama 1055
otra vez a vencernos
por las minas oscuras.
Tempestades amantes
igual que las celestes
desembocan en fúlgidas 1060
sorpresas: en más luz,
en la cándida
novedad de lo mismo.
Delicadas, ardientes,
nuestras almas se buscan 1065
por nuestro diferir
como por un camino
donde no hay despedidas.
Y al final, el hallazgo,
el contacto, la nueva 1070
separación vencida,
la unión pura brotando
de lo que desunía.
Y tu cara y mi cara
mirándose en el triunfo 1075
como en agua quieta,
no verán diferencias

-uno y uno, tú y yo-;
sólo verán un rostro,
amor, que les sonrío. 1080

[24]

Cuando te digo: “alta”
no pienso en proporciones, en medidas:
incomparablemente te lo digo.
Alta la luz, el aire, el ave;
alta, tú, de otro modo. 1085

En el nombre de “hermosa”
me descubro, al decírtelo,
una palabra extraña entre los labios.
Resplandeciente visión nueva
que estalla, explosión súbita, 1090
haciendo mil pedazos,
de cristal, humo, mármol,
la palabra “hermosura” de los hombres.

Al decirte a ti: “única”,
no es porque no haya otras 1095
rosas junto a las rosas,
olivas muchas en el árbol, no.
Es porque te vi sólo
al verte a ti. Porque te veo ahora
mientras no te me quites del amor. 1100
Porque no te veré ya nunca más
el día que te vayas,
tú.

[25]

¡Cómo me dejas que te piense!
Pensar en ti no lo hago solo, yo. 1105
Pensar en ti es tenerte,
como el desnudo cuerpo ante los besos,
toda ante mí, entregada.
Siento cómo te das a mi memoria,
cómo te rindes al pensar ardiente, 1110
tu gran consentimiento en la distancia.
Y más que consentir, más que entregarte,
me ayudas, vienes hasta mí, me enseñas
recuerdos en escorzo, me haces señas
con las delicias, vivas, del pasado, 1115
invitándome.
Me dices desde allá
que hagamos lo que quiero,

unirnos, al pensarte.
Y entramos por el beso que me abres, 1120
y pensamos en ti, los dos, yo solo.

[26]

¿No sientes el cansancio redimido
hoy, al servir de muda y honda prueba
de las vidas gastadas en vivirnos?
No quiero separarme 1125
de esa gran traspresencia de ti en mí:
el cansancio del cuerpo.
Siempre te están abiertos en mi ser,
albergues vastos, mínimos,
donde guardarte si te vas: 1130
celdas de la memoria, y sus llanuras.
En el alma te encierro,
como el vuelo del ave
encierra el aire suyo preferido,
en una red de ansiosas idas y venidas, 1135
de vuelos
en torno tuyo , en cerco sin prisión,
toda adorada en giros, rodeada.
O prendida te quedas, al marcharte,
como por obras de casualidades, 1140
reclinada en mi vida,
igual que ese cabello rubio que se queda
olvidado en un hombro.
Pero hoy la fervorosa
negación de tu ausencia, tu recuerdo, 1145
va por mí ser entero, por mis venas,
fluye dentro de mí, y es el cansancio.
De pies a frente, sin dolor, circula
tan despacio
que si en él me mirase nos veríamos. 1150
Floto en su tersa lámina,
lento quietarse en arrobada calma
de las contradicciones que en la noche
buscaron su unidad labio con labio.
Me acuno en el cansancio 1155
y en él me tienes y te tengo en él,
Aunque no nos veamos.
Y si al ánimo torpe se le apaga
la llama donde vive aún lo pasado,
luz de memoria, 1160
recuerda el cuerpo fiel,
vela por no olvidar, y es el cansancio
corporal el que salva
lo que el rendido espíritu abandona.

Y la carne se siente 1165
júbilo de asunción al encargarse
hoy, para el ser entero,
de recordar, de la misión del alma,
cuando hasta por las venas,
la misma sangre va vuelta en recuerdo. 1170

[27]

Ahora te quiero,
como el mar quiere su agua:
desde fuera, por arriba,
haciéndose sin parar
con ella tormentas, fugas, 1175
albergues, descansos, calmas.
¡Qué frenesíes, quererte!
¡Qué entusiasmos de olas altas,
y qué desmayos de espuma
van y vienen! Un tropel 1180
de formas, hechas, deshechas,
galopan desmelenadas.
Pero detrás de sus flancos
está soñándose un sueño
de otra forma más profunda 1185
de querer; que está allá abajo:
de no ser ya movimiento,
de acabar este vaivén,
este ir y venir, de cielos
a abismos, de hallar por fin 1190
la inmóvil flor sin otoño
de un quererse quieto, quieto.
Más allá de ola y espuma
el querer busca su fondo.
Esa hondura donde el mar 1195
hizo la paz con su agua
y están queriéndose ya
sin signo, sin movimiento.
Amor
tan sepultado en su ser, 1200
tan entregado, tan quieto,
que nuestro querer en vida
se sintiese
seguro de no acabar
cuando terminan los besos, 1205
las miradas, las señales.
Tan cierto de no morir
como está
el gran amor de los muertos.

[28]

Beso será. Parecen otras cosas. 1210
Parecen tardes vagas, sin destino
errantes por el tiempo: y nos esperan.
Al borde de los labios, de la vida,
se estremecen palabras, nombres, síes,
buscándose su ser, y no lo encuentran; 1215
retornan al silencio, fracasadas.
No querían hablan, lo que querían
es hablarte, y no estás.

 Pero ellas, todo
esto que nada es, esto se vive 1220
en tierna primavera distraída,
espera su cumplirse, cuando llegues.
Todo es labios, los míos o los tuyos,
hoy separados. Lo llamamos hojas,
brisa, tarde de abril, papel, palabras. 1225
Pero si te presentas,
correrían todos, largos frenesíes
impacientes de espera, a reunirse.
Y la nube, la luz y las palabras,
y esta gran soledad 1230
de bocas solas con sus almas solas,
beso sería, se encontrarán en beso,
dado por esos labios ardorosos
que se llaman la ausencias, cuando acaba.

[29]

Mundo de lo prometido, 1235
agua.
Todo es posible en el agua.

Apoyado en la baranda,
el mundo que está detrás
en el agua se me aclara, 1240
y lo busco
en el agua, con los ojos,
con el alma, por el agua.
La montaña, cuerpo en rosa
desnuda, dura de siglos, 1245
se me entenece en lo verde
líquido, rompe cadenas,
se escapa,
dejando atrás su esqueleto,
ella fluyente, en el agua. 1250
Los troncos rectos del árbol
entregan

su rectitud, ya cansada,
a las curvas tentaciones
de su reflejo en las ondas. 1255
Y las ramas, en enero,
-rebrillos de sol y espuma-,
les nacen hojas de agua.
Porque en el alma del río
no hay inviernos: 1260
de su fondo le florecen
cada mañana, a la orilla
tiernas primaveras blandas.
Los vastos fondos del tiempo,
de las distancias, se alisan 1265
y se olvidan de su drama:
separar.
Todo se junta y se aplana.
El cielo más alto vive
confundido con la yerba, 1270
como en el amor de Dios.
Y el que tiene amor remoto
mira en el agua, a su alcance,
imagen, voz, fabulosas
presencias de lo que ama. 1275
Las órdenes terrenales
su filo embotan en ondas,
se olvidan de que nos mandan;
podemos, libres, querer
lo querido, por el agua. 1280
Oscilan los imposibles,
tan trémulos como cañas
en la orilla, y a la rosa
y a la vida se le pierden
espinas que se clavaban. 1285
De recta que va, de alegre,
el agua hacia su destino,
el terror de lo futuro
en su ejemplo se desarma:
si ella llega, llegaremos, 1290
ella, nosotros, los dos,
al gran término del ansia.
Lo difícil en la tierra,
por la tierra,
triunfa gozoso en el agua. 1295
Y mientras se están negando
-no constante, terrenal-
besos, auroras, mañanas,
aquí sobre el suelo firme,
el río seguro canta 1300
los imposibles posibles,

de onda en onda, las promesas
de las dichas desatadas.

Todo lo niega la tierra,
pero todo se me da 1305
en el agua, el agua.

[30]

De noche la distancia
parece sólo oscuridad, tiniebla
que no separa sino por los ojos.
El mundo se ha apagado, 1310
pasajera avería del gozo de mirarse;
pero todo
lo que se quiere cerca,
está al alcance del querer, cerquísima,
como está el ser amado, cuando está 1315
su respirar, el ritmo de su cuerpo,
al lado nuestro, aunque sin verse.
Se sueña
que en la esperanza del silencio oscuro
nada nos falta, y que a la luz primera 1320
los labios y los ojos y la voz
encontrarán sus términos ansiados:
otra voz, otros ojos, otros labios.

Y amenace el error. La luz separa.
Alargando las manos no se alcanza 1325
el cuerpo de la dicha, que en la noche
tendido se sentía junto al nuestro,
sin prisa por trocarlo en paraíso:
sólo se palpan soledades nuevas,
ofertas de la luz. Y la distancia 1330
es distancia, son leguas, años, cielos;
es la luz, la distancia. Y hay que andarla,
andar pisando luz, horas y horas,
para que nuestro paso, al fin del día,
gane la orilla oscura 1335
en que cesan las pruebas de estar solo.
Donde el querer, en la tiniebla, piensa
que con decir un nombre
una felicidad contestaría.
Y cuando en la honda noche se nos colman 1340
con júbilos, con besos o con muestres,
los anhelos huecos,
que amor y luz abrieron en las almas.

[31]

Apenas te has marchando
-o te has muerto-, 1345
pero yo ya te espero.
Todos tus movimientos,
pasos, latidos, ansias,
o tu muerte, quietud,
aunque arrastrarte quieran 1350
lacia una soledad
celestial o terrestre
no te saben llevar
de lo que estás queriendo:
te vas, pero te acercas, 1355
pronto, más tarde, luego.
Ahora marchas, lo sé,
a infinita distancia,
pero laten tus pasos
en todas esas vagas 1360
sombbras de ruido, tenues,
en la alta noche estrellan
el azul del silencio:
todas suenan a ecos.
Si es un rums de ruedas, 1365
es que te traen los trenes,
las alas o las nubes.
Si es un romper de olas,
es que va cabalgándolas
el barco de cristal 1370
en que vuelves. Si hojas
secas, que empuja el viento,
es que vienes despacio,
andando, con tu traje
de seda, y que te cruje, 1375
sobre los tersos suelos
de los aires, su cola.
Todo sonido en eco
tuyo me lo convierte
el alma que te espera. 1380
Andas sólo hacia mí,
y tus pasos se sienten
siempre de estar viviendo
por la ausencia, ese largo
rodeo 1385
que das para volver.
Se te vio en tu marchar
el revés: tu venida,
vibrante en el adiós.
Igual que vibra el alba 1390
en el gris, en la rosa,

que pisando los cielos,
con paso de crepúsculo,
al acabar el día
parecen –y son ella, 1395
la que viene, inminente-
una luz que se va.

[32]

Dame tu libertad.
no quiero tu fatiga,
no, ni tus hojas secas, 1400
tu sueño, ojos cerrados.
Ven a mí desde ti,
no desde tu cansancio
de ti. Quiero sentirla.
Tu libertad me trae, 1405
igual que un viento universal,
un olor de maderas
remotas de tus muebles,
una bandada de visiones
que tú veías 1410
cuando en el colmo de tu libertad
cerrabas ya los ojos.
¡Qué hermosa tu libre y en pie!
Si tú me das tu libertad me das tus años
blancos, limpios y agudos como dientes, 1415
me das el tiempo en que tú la gozabas.
Quiero sentirla como siente el agua
del puerto, pensativa,
en las quillas inmóviles
el alta mar, la turbulencia sacra. 1420
Sentirla,
vuelo parado,
igual que en sosegado soto
siente la rama
donde el ave se posa, 1425
el ardor de volar, la lucha terca
contra las dimensiones en azul.
Descánsala hoy en mí: la gozaré
con un temblor de hoja en que se paran
gotas del cielo al suelo. 1430
La quiero
para soltarla, solamente.
No tengo cárcel para ti en mi ser.
Tu libertad te guarda para mí.
La soltaré otra vez, y por el cielo, 1435
por el mar, por el tiempo,
veré cómo se marcha hacia su sino.

Si su sino soy yo, te está esperando.

[33]

Nadadora de noche, nadadora
entre olas y tinieblas. 1440
Brazos blancos hundiéndose, naciendo,
con un ritmo
regido por designios ignorados,
avanzas
contra la doble resistencia sorda 1445
de oscuridad y mar, de mundo oscuro.
Al naufragar el día,
tú, pasajera
de travesías por abril y mayo,
te quisiste salvar, te estás salvando, 1450
de la resignación, no de la muerte.
Se te rompen las olas, desbravadas,
hecho su asombro espuma,
arrepentidas ya de su milicia,
cuando tú les ofreces, como un pacto, 1455
tu fuerte pecho virgen.
Se te rompen
las densas ondas anchas de la noche
contra ese afán de claridad que buscas,
brazada por brazada, y que levanta 1460
un espumar altísimo en el cielo;
espumas de luceros, sí, de estrellas,
que te salpica el rostro
con un tumulto de constelaciones,
de mundos. Desafía 1465
mares de siglos, siglos de tinieblas,
tu inocencia desnuda.
Y el rítmico ejercicio de tu cuerpo
soporta, empuja, salva
mucho más que tu carne. Así tu triunfo 1470
tu fin será, y al cabo, traspasadas
el mar, la noche, las conformidades,
del otro lado ya del mundo negro,
en la playa del día que alborea,
morirás en la aurora que ganaste. 1475

[34]

¿Cómo me vas a explicar,
di, la dicha de esta tarde,
si no sabemos porqué
fue, ni cómo, ni de qué
ha sido, 1480

si es pura dicha de nada?
En nuestros ojos visiones,
visiones y no miradas,
no percibían tamaños,
datos, colores, distancias. 1485
De tan desprendidamente
como estaba yo y me estabas
mirando, más que mirando,
mis miradas te soñaban,
y me soñaban las tuyas. 1490
Palabras sueltas, palabras,
deleite en incoherencias,
no eran ya signo de cosas,
eran voces puras, voces
de su servir olvidadas. 1495
¡Cómo vagaron sin rumbo,
y sin torpeza, caricias!
Largos goces iniciados,
caricias no terminadas,
como si aún no se supiera 1500
en qué lugar de los cuerpos
el acariciar se acaba,
y anduviéramos buscándolo,
en lento encanto, sin ansia.
Las manos, no era tocar 1505
lo que hacían en nosotros,
era descubrir; los tactos,
nuestros cuerpos inventaban,
allí en plena luz, tan claros
como en la plena tiniebla, 1510
en donde sólo ellos pueden
ver los cuerpos,
con las ardorosas palmas.
Y de estas nada de ha ido
fabricando, indestructible, 1515
nuestra dicha, nuestro amor,
nuestra tarde.
Por eso aunque no fue nada,
sé que esta noche reclinas
lo mismo que en una mejilla 1520
sobre ese blancor de plumas
-almohada que ha sido alas-,
tu ser, tu memoria, todo,
y que todo te descansa,
sobre una tarde de dos, 1525
que no es nada, nada, nada.

¡Pasma de lo distinto!
¡Ojos azules, nunca
igual a ojos azules!
La luz del día este 1530
no es aquella de ayer,
ni alumbrará mañana.
En infinitos árboles
del mundo, cada hoja
vence al follaje anónimo, 1535
por un imperceptible
modo de no ser otra.
Las olas,
unánimes en playas,
hermanas, se parecen 1540
en el color del pelo,
en el mirar azul
o gris, sí. Pero todas
tienen letra distinta
cuando cuentan sus breves 1545
amores en la arena.

¡Qué gozo, que no sean
nunca iguales las cosas,
que son las mismas! ¡Toda,
toda la vida es única! 1550
Y aunque no las acusen
cristales ni balanzas,
diferencias minúsculas
aseguran a un ala
de mariposa, a un grano 1555
de arena, la alegría
inmensa de ser otras.
Si el vasto tiempo entero,
río oscuro, se escapa,
en las manos nos deja 1560
prendas inmarcesibles
llamadas días, horas,
en que fuimos felices.

Por eso los amantes
se prometen los siempre 1565
con almas y con bocas.
Viven de beso en beso
rodando, como el mar
se vive de ola en ola,
sin miedo a repetirse. 1570
Cada abrazo es él, solo,
Único, todo beso.
Y el amor al sentirlo

besa abraza sin término,
buscando 1575
un más detrás de un más,
otro cielo en su cielo.
Suma, se suma, suma,
y así de uno en uno,
a uno más uno, va 1580
seguro a no acabarse:
toca
techo de eternidad.

[36]

Entre el trino del pájaro
y el con grave del agua. 1585
El trino se tenía
en la frágil garganta;
la garganta en un bulto
de plumas, en la rama;
y la rama en el aire, 1590
y el aire, en cielo, en nada.
El agua iba rompiéndose
entre piedras. Quebrando
su fluir misterioso
en los guijos, clavada 1595
a su lecho, apoyada
en la tierra, tocándola
lloraba
de tener que tocarla.
Tú vacilaste: era 1600
la luz de la mañana.
Y yo, entre los dos cantos,
tu elección aguardaba.
¿Qué irías a escoger,
entre el trino del pájaro, 1605
fugitivo capricho,
-escaparse, volarse-,
o los destinos fieles,
hacia su mar, del agua?

[37]

Tan convencido estoy 1610
de tu gran traspresencia en lo que vivo,
de que la luz, la lluvia, el cielo son
formas en que te esquivas,
vaga interposición entre tú y tú,
que no estoy nunca solo 1615
mientras la luz del día me parece tu alma,

o cuando al encenderse las estrellas
me van diciendo cosas que tú piensas.
Esa gota de lluvia
que cae sobre el papel 1620
es, no mancha morada, florida del azar,
sino vaga y difusa violeta
que tú me envías del abril que vives.

Y cuando los contactos de la noche,
masa de oscuridad, sólida masa, 1625
viento, rumores, llegan y me tocan
me quedo inmensamente
asombrado de ver
que el brazo que te tiendo no te estrecha,
de que aun te obstines 1630
en no mostrarte entera
tan cerca como estás, detrás de todo.
Y tengo que creer,
aunque palpitas en lo más cercano
-sólo porque tu cuerpo no se ve- 1635
en la vaga ficción de estar yo solo.

[38]

Si te quiero
no es porque te lo digo:
es porque me lo digo y me lo dicen.
El decírtelo a ti ¡qué poco importa 1640
a esa pura verdad que es en su fondo
quererte! Me lo digo,
y es como un despertar de un no decirlo,
como un nacer desnudo,
el decirlo yo solo, sin designio 1645
de que lo sepa nadie, tú siquiera.
Me lo dicen
el cielo y los papeles tan en blanco,
las músicas casuales que se encuentran
al abrir los secretos de la noche. 1650
Si me miro en espejos
no es mi faz lo que veo, es un querer.
El mundo
según lo voy atravesando
que te quiero me dice, 1655
a gritos o en susurros.
Y algunas veces te lo digo a ti
pero nunca sabrás que ese “te quiero”
sólo signo es, final, y prenda mínima;
ola, mensaje, roto al cabo, 1660
en son, en blanca espuma,

del gran querer callado, mar total.

[39]

Ellos. ¿Los ves, di, los sientes?
Están hechos de nosotros,
nosotros son, pero más. 1665
Al pasar
frente a espejos no los vemos.
Al mirarnos,
en mis ojos, en tus ojos,
ya se los empieza a ver: 1670
ellos
somos nosotros queriéndonos,
queriendo tu más, mi más.
Lo que fuimos, lo que somos,
¡qué empezar torpe, tan solo, 1675
qué tanteo entre tinieblas,
hacia lo que ellos serán!
¿Cómo vamos a querer
vivir más en lo que éramos?
Vivir es vivirse en ellos. 1680
Y aunque entreguemos al mundo,
y a los días y a los ojos,
esas imágenes viejas,
usadas, de ti y de mí,
-lo que somos- 1685
nosotros vamos, arriba,
hechos ellos, por lo alto,
flotando en el paraíso
de lo que anhelamos ser.

Y hay que hacer todo por ellos. 1690
Fatígate, si te pide
su descanso tu fatiga.
No les rompas tu mañana,
que es de cristal de esperar.
No les digas: “no”. Tu “no”, 1695
te mataría, en su pecho.
¡Que se salven!
Y si el precio es una vida
que se parece a la nuestra,
tú no te equivoques nunca: 1700
la nuestra es la de ellos, ya.

[40]

Una lágrima en mayo.
Día treinta, una lágrima,

llorada si no vista,
es como un largo puente 1705
uniendo dos orillas
que se miraban desde lejos, solas.
Una lágrima en mayo
despierta, allí en sus nidos,
a las aves nocturnas, 1710
todas desconcertadas,
igual que en los eclipses,
por ese velo súbito,
en la vida tan clara.
Una lágrima en mayo 1715
parece un gran desorden.
Y en cuanto se ha vertido,
aunque nadie la vea
le crea al mundo entero
un deber, una deuda. 1720
Tendrán que trabajar
la tierra, sus entrañas,
fabricando diamantes, y los mares
harán conchas más nuevas
que las que antes hacían. 1725
Pondrán todas las flores
sutilezas, esmeros
en florecer. Estío, otoño, invierno
con la nieve y el vino
aumentarán los bienes 1730
juntados para el pago.
Y acumulado plomos, hojas, oro,
con la belleza ahorrada
cada día del año,
vendrá el mundo a pagarte, 1735
alguna vez, en gozo,
a ti que la has llorado
-llorada si no vista-
la lágrima de mayo.

[41]

No canta el mirlo en la rama, 1740
ni salta la espuma en el agua:
lo que salta, lo que canta
es el proyecto en el alma.
Las promesas tienen hoy
rubor de haber prometido 1745
tan poco, de ser tan cortas;
se escapan hacia su más,
todas trémulas de alas.
Perfección casi imposible

de la perfección hallada, 1750
en el beso que se da
se estremece de impaciencia
es beso que se prepara.
El mundo se nos acerca
a pedirnos que le hagamos 1755
felices con nuestra dicha.
Horizontes y paisajes
vienen a vernos, no miran,
se achican para caberte
en los ojos; las montañas 1760
se truecan en piedrecillas,
por si las coge tu mano,
y pierden su vida fría
en la vida de tu palma.
Leyes antiguas del mundo, 1765
ser de roca, ser de agua,
indiferentes
se rompen porque las cosas
quieren vivirse también
en la ley de ser felices, 1770
que en nosotros se proclama
jubilosamente.
Todo querría ser dos
porque somos dos. El mundo
seducido por el canto 1775
del gran proyecto en el alma
se nos ofrece, nos da
rosas, brisas y coral,
innumerables materias
dóciles, esperanzadas 1780
de que con ellas tú y yo
labremos
el gran amor de nosotros.
Coronándonos, la dicha
nos escoge, nos declara 1785
capaces de creación
alegre. El mundo cansado
podría ser —él lo siente—,
si nosotros lo aceptamos
por cuerpo de nuestro amor, 1790
recién nacido otra vez,
primogénito del gozo.
¿Le oyes
que se nos está ofreciendo
en flor, en roca y en aire? 1795
Pero tú y yo resistimos
la tentación de su voz,
la lástima que nos da

su gran cuerpo sin empleo.
Allí si quedan las piedras, 1800
las violetas, ajenas,
tan fáciles de morir,
esperando
otro amor que las redima.
No. 1805
Nuestro proyecto cantante,
empinado, irresistible,
de su embriaguez en el alma,
no se labrará en los mármoles
ni con pétalos o sueños: 1810
se hará carne en nuestra carne.
Le entregamos alma y cuerpo
para que él sea y se viva.
Y sin ayuda del mundo,
de su bronce, de su arena, 1815
tendrá forma en lo que ofrecen
nuestros dos seres unidos:
la pareja suficiente.
Y las dos vidas, viviendo
abrazadas, 1820
serán la dócil materia
eterna, con que se labre
el gran proyecto del alma.

[42]

Di, ¿Te acuerdas de los sueños,
de cuando estaban allí, 1825
delante?
¡Qué lejos, al parecer,
de los ojos!
Parecían nubes altas,
fantasmas sin asideros, 1830
horizontes sin llegada.
Ahora míralos, conmigo,
están detrás de nosotros.
Si eran nubes,
vamos por nubes más altas. 1835
Si eran horizontes, lejos,
ahora, para verlos
hay que volver la cabeza
porque las hemos pasado.
Si eran fantasmas, 1840
siente
en las palmas de tus manos,
en los labios,
la cálida huella aún

del abrazo 1845
en que dejaron de serlo.
Estamos al otro lado
de los sueños que soñamos,
a ese lado que se llama
la vida que se cumplió. 1850
Y ahora,
de tanto haber realizado
nuestro soñar,
nuestro sueño está en dos cuerpos.
Y no hay que mirar los dos, 1855
sin vernos el uno al otro,
a lo lejos, a las nubes,
para encontrar otros nuevos
que nos empujen la vida.
Mirádonos cara a cara, 1860
viéndonos en lo que hicimos
brota
desde las dichas cumplidas
ayer, la dicha futura
llamádonos. Y otra vez 1865
la vida se siente un sueño
trémulo, recién nacido.

[43]

No te guardes nada, gasta,
derrocha alegrías, dichas,
truécalas en aire azul 1870
por que vayan en volandas,
por el cielo, hazlas de agua,
llena los cauces del mundo
con su espuma desatada,
entra por almas dormidas, 1875
sacúdelas por las alas,
agita, como trigales,
grandes campos de esperanzas,
rebosa, rebósate
de amar y de ser amada: 1880
porque
ni este día, ni esta noche
se te acabará el amor,
ni la amada se me acaba.
Nos queda mucho. ¿No sientes 1885
inmensas huestes de besos,
de resistencias, bandadas
de porvenir en las manos,
de arrebatos y de calmas?
¿Lo que me queda, invisible, 1890

callado, guardado, al fondo
de lo que tocan los ojos,
de lo que las manos palpan?
Y no está bajo la tierra,
mineral sordo, esperando 1895
con alma pura de oro.
Ni es tampoco don ingrátido,
secreto fruto celeste,
suspendido
de alguna rama del aire, 1900
preparándose a tus labios.
No, no está lo que nos queda
ni en las minas, ni en los altos
hueros de estrellas maduras,
no son diamantes ni astros. 1905
No existe, no tiene forma,
aun no sufre los penosos
contornos de lo creado.

Lo que nos queda palpita
en lo mismo que nos damos. 1910
Allí detrás de los besos,
de las miradas, del gozo,
sin forma están y seguros,
gozos, besos y miradas,
esperados, esperando. 1915
Con cada abrazo le nace
un nuevo ser a otro abrazo.
El beso que se termina
otro se pide a sí mismo,
y en su dichoso expirar 1920
le siente ya madurando.
¡Darme, darte, darnos, darse!
No cerrar nunca las manos.
No se agotarán las dichas,
ni los besos, ni los años, 1925
si no la cierras. ¿No sientes
la gran riqueza de dar?
La vida
nos la ganaremos siempre,
entregándome, entregándote. 1930

II

[44]

SALVACIÓN POR EL CUERPO

¿No lo oyes? Sobre el mundo,
eternamente errante
de vendaval, a brisas o a suspiro,
bajo el mundo,
tan poderosamente subterránea 1935
que parece temblor, calor de tierra,
sin cesar, en su angustia desolada,
vuela o se arrastra el ansia de ser cuerpo.
Todo quiere ser cuerpo.
Mariposa, montaña, 1940
ensayos son alternativos
de forma corporal, a un mismo anhelo:
cumplirse en la materia,
evadidas por fin del desolado
sino de almas errantes. 1945
Los espacios vacíos, el gran aire,
esperan siempre, por dejar de serlo,
bultos que los ocupen. Horizontes
vigilan avizores, en los mares,
barcos que desalojen, 1950
con su gran tonelaje y con su música,
alguna parte del vacío inmenso
que el aire es fatalmente;
y las aves
tienen el aire lleno de memorias. 1955
¡Afán, afán de cuerpo!
Querer vivir es anhelar la carne,
donde se vive y por la que se muere.
Se busca oscuramente sin saberlo
un cuerpo, un cuerpo, un cuerpo. 1960

Nuestro primer hallazgo es el nacer.
Si se nace
con los ojos cerrados, y los puños
rabiosamente voluntarios, es
porque siempre se nace de quererlo. 1965
El cuerpo ya está aquí; pero se ignora,
como al olor de rosa se le olvida
la rosa. Llevamos
al lado nuestro, se le mira,
en los espejos, en las sombras. 1970
Solamente costumbre. Un día,
la infatigable sed de ser corpóreo
en nosotros irrumpe,
lo mismo que la luz, necesitada
de posarse en materia para verse, 1975
por el revés de sí, verse en su sombra.
Y como el cuerpo más cercano,
de todos los del mundo es este nuestro,

nos unimos con él, crédulos, fáciles,
ilusionados de que bastará 1980
a nuestro afán de carne. Nuestro cuerpo
es el cuerpo primero en que vivimos,
y eso se llama juventud a veces.

Sí, es el primero y eran dieciséis
los años de la historia. 1985
Agua fría en la piel,
zumo de mundo inédito en la boca,
locas carreras para nada, y luego,
el cansancio feliz. Tibios presagios,
sin rumbo el costro corren, 1990
disfrazados de ardores sin motivo.
Nos sospechamos nuestros labios, ya.
La primer soledad se siente en ellos.
¡Y qué asombrados el reconocerse
en estas tentativas de presencia, 1995
nosotros en nosotros, vagabundos
por el cuerpo soltero!
Alegremente fáciles,
se vive así en materia
que nada necesita, sino es ella, 2000
igual que la inicial estrella de la noche,
tan suficientemente solitaria.
Así viven los seres
tiernamente llamados animales:
la gacela 2005
está en bodas recientes con su cuerpo.

Pero luego supimos,
lo supimos tú y yo en el mismo día,
que un cuerpo que se busca
cuando se tiene ya y se está cansado 2010
de su repetición y de su pulso,
solo se encuentra en otro.
¿Con qué buscar los cuerpos?
Con los ojos se buscan, penetrantes,
en la alta madrugada, ese paisaje 2015
del invierno del día, tan nevado,
en el lecho se busca,
donde estoy solo, donde tú estarás.
La blanca vacía
se puebla de recuerdos no tenidos, 2020
la recorren presagios sonrosados
de aquel rosado bulto que tú eras,
y brota, inmaterial masa de sueño,
tu inventada figura hasta que llegues.
Allí, en la oscura noche 2025

cuando el silencio lo permite todo,
y parece la vida,
el oído en vela escucha
vaga respiración, suspiro en eco,
sospechas del estar un cuerpo la lado. 2030
Porque un cuerpo – lo sabes y lo sé –
sólo está en su pareja.
Ya se encontró: con lentas claridades,
muy despacio.
¡Cómo desembocamos en el nuevo, 2035
cuerpo con cuerpo igual que agua con agua,
corriendo juntos entre orillas
que se llaman los días más felices!
¡Cómo nos encontramos con el nuestro
allí en el otro, por querer huirlo! 2040
Estaba allí esperándose, esperándonos:
un cuerpo es en destino de otro cuerpo.

Y ahora se le conoce, ya, clarísimo.
Después de tantas peregrinaciones,
por temblores, por nubes y por números, 2045
estaba su verdad definitiva.
Traspasamos los límites antiguos.
La vida salta, al fin, sobre su carne,
por un gran soplo corporal henchidas
las nuevas velas: 2050
atrás se cierra un mar y busca otro.
Encarnación final, y jubiloso
nacer, por fin, en dos, en la unidad
radiante de la vida, dos. Derrota
del solitario aquel nacer primero. 2055
Arribo a nuestra carne trascorpórea,
al cuerpo, ya, del alma.
Y se quedan aquí tras el hallazgo
-milagroso final de besos lentos-,
rendidos nuestros bultos y estrechados, 2060
sólo ya como prendas, como señas,
de que a dos seres les sirvió esta carne
-por eso está tan trémula de dicha-
para encontrar, al cabo, al otro lado,
su cuerpo, el del amor, último y cierto. 2065
Ese
que inútilmente esperarán las tumbas.

[45]

DESPERTAR

Sabemos, sí, que hay luz. Está aguardando

detrás de esa ventana
con sus trágicas garras diamantinas, 2070
ansiosa
de clavarnos, de hundirnos, evidencias
en la carne, en los ojos, más allá.
La resistimos, obstinadamente,
en la prolongación, cuarto cerrado, 2075
de la felicidad oscura
caliente, aún, en los cuerpos, de la noche.
Los besos son de noche, todavía:
y nuestros labios cavan en la aurora,
aún, un espacio el gran besar nocturno. 2080

Sabemos, sí, que hay mundo.
Testigos vagos de él, romper de olas,
los ruidos, pío de aves, gritos rotos,
arañan escándalo, lloviéndolo,
el gran silencio que nos reservamos, 2085
isla habitada sólo por dos voces.
Del naufragio tristísimo, en el alba,
de aquel callar en donde se abolía
lo que no era nosotros en nosotros,
quedamos solos, 2090
prendidos a los restos del silencio,
tú y yo, los escapados por milagro.

“¡Tardar!” grito del alma.
“¡Tardar, tardar!” nos grita el ser entero.
Nuestro anhelo es tardar. 2095
Rechazando la luz, el ruido, el mundo,
semidespiertos, aquí, en la porfiada
penumbra, defendemos,
inmóviles,
trágicamente quietos, 2100
imitando quietudes de alta noche,
nuestro derecho a no nacer aún.
Los dos tendidos, boca arriba,
el techo oscuro es nuestro cielo claro,
mientras no nos lo niegue ella: la luz. 2105

El cuerpo, apenas visto, junto al cuerpo,
detrás del sueño, del amor, desnudos,
fingen
haber sido así siempre
vírgenes de las telas y del suelo, 2110
creen
que no pisaron mundo.
Aquí en nuestra batalla silenciosa
-¡no, no abrir todavía, no, no abrir!-

contra la claridad, está latiendo 2115
el ansia de soñar que no nacimos,
el afán de tardarnos en vivir.

Nuestros cuerpos se ignoran sus pasados;
horizontales, en el lecho, flotan
sobre virginidades y candor: 2120
juego pueril en su abrazar.

Estamos

mientras la luz, el ruido,
no nos corrompan con su gran pecado,
tan inocentemente perezosos, 2125
aquí en la orilla del nacer.

Y lo que ha sido ya, los años,
las memorias llamadas nuestra vida,
alzan vuelos ingrávidos , se van,
parecen sombras, dudas de existencia. 2130

Cuando por fin nazcamos
abierta la ventana, -¿quién, tú o yo?-
contemplaremos asombradamente
a lo que está detrás, incrédulos
de haber llamado nuestra vida a aquello, 2135
nuestro dolor o amor. No.

La vida es la sorpresa en que nos suelta
como en un mar inmenso,
desnudos, inocentes,
esta noche, gran madre de nosotros: 2140
vamos hacia el nacer.

Nuestro existir de antes

presagio era. ¿No le ves al borde
de su cumplirse, tembloroso, retrasando
desesperadamente, a abrazos, 2145
la fatal caída en él?

Y al despedirnos -¿ya la luz, la luz!-
de lo gozado y lo sufrido atrás,
se nos revela trasparentemente
que el vivir hasta ahora ha sido sólo 2150
trémulo presentirse jubiloso,
-antes aun de las almas y su séquito-
pura promesa prenatal.

[46]

EL DOLOR

No. Ya se que le gustan
cuerpos recientes, jóvenes, 2155
que le resisten bien
y no se rinden pronto.

Busca carnes rosadas,
dientes firmes, ardientes
ojos que aún no recuerdan. 2160
Los quiere más. Así
su estrago
no se confundirá
con el quemar del tiempo,
arruinando los rostros 2165
y los torsos derechos.
Su placer es abrir
la arruga en la piel fresca,
romper los puros vidrios
de los ojos intactos 2170
con la lágrima cálida.
Doblar la derechura
de los cuerpos perfectos,
de modo que ya sea
más difícil mirar 2175
al cielo desde ellos.
Sus días sin victoria
son esos en que quiebra
no más que cuerpos viejos,
en donde el tiempo ya 2180
tiene matado mucho.
Su gran triunfo, su júbilo
tiene color de selva:
es la sorpresa, es
tronchar la plena flor, 2185
las voces en la cima
del cántico, los altos
mediodías del alma.

Yo sé cómo le gustan
los ojos. 2190
Son los que miran lejos
saltando por encima
de su cielo y su suelo,
y que buscan al fondo
tierno del horizonte 2195
esa grieta del mundo
que hacen azul y tierra
al no poder juntarse
como Dios los mandó.
Esa grieta, por donde 2200
cabén todas alas
que nos están batiendo
contra el muro del alma,
encerradas, frenéticas.
Yo sé cómo le gustan 2205

los brazos. Largos, sólidos,
capaces de llevar
sin desmayo,
entre torrentes de años,
amores en lo alto, 2210
sin que nunca se quiebren
los cristales sutiles
de distancia y ensueño
de que está hecha su ausencia.

Yo sé cómo le gustan 2215
las bocas y los labios.
No los vírgenes, no,
de beso: los besados
largamente, hondamente.
Los muertos sin besar 2220
no conocen el filo
de la separación.
El separarse es
dos bocas que se apartan
contra todo su sino 2225
de estar besando siempre.
Y por eso las bocas
que ya besaron son
sus favoritas. Tienen
más vida que quitar: 2230
la vida que confiere
a toda boca el don
de haber sido besada.

Yo sé cómo le gustan
las almas. Y por eso 2235
cuando te tengo aquí
y te miro a los ojos,
y el alma allí te luce,
como un grano de arena
celeste, estrella pura, 2240
con sino de atraer
más que todas las otras,
te cubro con mi vida,
y aquí en mi amor te escondo.

Para que no te vea. 2245

[47]

DESTINO ALEGRE

Por eso existen manos largas, sólidas,

fuertes nudillos, y la palma, donde
descansan frentes y se esconden sinos.
Por eso existen pechos, y en el pecho
esa tabla del pecho dura y lista, 2250
proa del ser en el mar y la pena.
Por eso existen ojos,
azules, verdes, grises, zarcos, negros.
Sí. Ojos azules, ojos verdes, ojos grises,
ojos zarcos, ojos negros, ojos, existen, 2255
sí, por eso.
Por eso existen
labios y dientes, tan cercanos, juntos
y sin posible confusión, seguros
los dos de lo que quieren: transvivirse 2260
en beso o hueso,
en inmortalidad del incorpóreo
no querer morir nunca que es besarse,
ellos, los labios; y los dientes, ellos,
en la final materia, calavera 2265
donde el labio pudrió y ellos aún luchan.
Por eso existe piel, y si se mira
se ve el gran laberinto donde sufre
por las venas, arriba, abajo, siempre,
la sangre, condenada 2270
a retornar al mismo centro triste,
el corazón, entristecido
de verla allí volver, sin que ella pueda
darse a otro ser como ella y él querrían.
Por eso existen pies, sus plantas, 2275
en donde el ser se finge su dominio
sobre los horizontes;
y las llevamos,
del prenatal oscuro paraíso,
al servicio sin tregua, doloroso, 2280
de estar en pie. Cuando descansan ellas
es que nos parecemos a los muertos,
tendidos, al dormir.
Por eso existen pies y manos, labios,
ojos, pechos y sangre, sí, por eso. 2285
Porque si no existieran ellos
¿qué iba a ser de vosotras,
arrebatadas fuerzas, vendavales
del mundo, por las almas,
errantes creadoras, destructoras 2290
errantes,
madres de bien y mal,
malditas y benditas, hierro y pluma,
alba y desolación, duras hermanas,
que no pueden matarse y que se odian, 2295

eternamente unidas:
tú, tú, felicidad, tú, tú, desgracia?

Si no existieran ellos, ellos, ellos,
los labios y los ojos y la sangre,
felicidad, desgracia no tendrían 2300
donde saciar su sed de carne y vida.
Flotantes andarían, vagabundas,
como dos nubes
-tan feroz una y cándida la otra-,
condenadas al cielo, 2305
a no ser nunca rayo, nunca lluvia,
a no sacar de sí flor o ceniza.
Hasta que su alta cólera sin presa
sobre el desnudo mundo se abatiera.
Troncharían los árboles, 2310
abrirían los pechos a las rocas,
soltarían las aguas de los mares,
y el mundo, tan hermoso
para aquellos que fueron nuestros padres,
para nosotros, hijos suyos, 2315
para los nuevos seres que engendremos,
el mundo sin oficio, puro, limpio,
tendría que asumir el gran deber
humano: ser feliz, quererlo ser,
o recibir desgracia. 2320
Se rompería – es débil, inocente.
Porque el mundo no puede resistir
lo que resisten ellos, labios, ojos,
sangre, piel, pecho, alma.
Nosotros le salvamos, en nosotros, 2325
al recibir, con los ojos cerrados,
la gran consagración llamada dicha
o su hermana fatal.
Y una boca que dice:
“Yo soy feliz, yo, yo”, 2330
dos seres lado a lado,
por besarse, besándose, besados,
al mismo tiempo todo, o muertos ya,
son los que están, con labios y con ojos,
con pechos, con abrazos 2335
sosteniendo gozosos
-librando de él al mundo,
que así puede seguir por siempre virgen-,
el sino inexorable
que es la felicidad. O su gran sombra. 2340

VERDAD DE DOS

Como él vivió de día, sólo un día,
no pudo ver más que la luz.
Se figuraba
que todo era de luz, de sol, de júbilo
seguro, que los pájaros 2345
no pararían nunca de volar y que los síes
que las bocas decían
no tenían revés. La inexorable
declinación del sol hacia su muerte,
el alargarse de las sombras, 2350
juego le parecieron inocente,
nunca presagio, triunfo lento, de lo oscuro.
Y aquel espacio de existir
medido por la luz,
del alba hasta el crepúsculo, 2355
lo tomó por la vida.
Su sonrisa final le dijo al mundo
su confianza en que la vida era
la luz, el día,
la claridad en que existió. 2360
Nunca vio las estrellas, ignorante
de aquellos corazones, tan sin número,
bajo el gran cielo azul que tiembla de ellos.
Ella, sí.
Nació al advenimiento de la noche, 2365
de la primer tiniebla clara hija,
y en la noche vivió.
No sufrió los colores
ni el implacable frío de la luz.
Abrigada 2370
en una vasta oscuridad cliente,
su alma no supo nunca
que era lo oscuro, por vivir en ello.
Virgen murió de concebir las formas
exactas, las distancias, esas desigualdades 2375
entre rectas y curvas, sangre y nieve,
tan imposibles, por fortuna, en esa
absoluta justicia de al noche.
Y ella vio las estrellas que él no vio.

Por eso 2380
tú y yo, compadecidos
de sus felicidades solitarias,
los hemos levantado
de su descanso y su vivir a medias.
Y viven en nosotros, ahora, heridos ya, 2385

él por la sombra y ella por la luz;
y conocen la sangre y las angustias
que el alba abre en la noche y el crepúsculo
en el pecho del día, y el dolor
de no tener la luz que no se tiene 2390
y el gozo de esperar la que vendrá.
Tú, la engañada
de claridad y yo de oscuridades,
cuando andábamos solos,
nos hemos entregado, al entregarnos 2395
error y error, la trágica verdad
llamada mundo, tierra, amor, destino.
Y su rostro fatal se ve del todo
por lo que yo te he dado y tú me diste.
Al nacer nuestro amor se nos nació 2400
su otro lado terrible, necesario,
la luz, la oscuridad.
vamos hacia él los dos. Nunca más solos.
Mundo, verdad de dos, fruto de dos,
verdad paradisiaca, agraz manzana, 2405
sólo ganada en su sabor total
cuando terminan las virginidades
del día solo y de la noche sola.
Cuando arrojados
en el pecado que es vivir 2410
enamorado de vivir, amándose,
hay que luchar la lucha que les cumple
a los que pierden paraísos claros
o tenebrosos paraísos,
para hallar otro edén donde se cruzan 2415
luzes y sombras juntas y la boca
al encontrar el beso encuentra al fin
esa terrible redondez del mundo.

[49]

FIN DEL MUNDO

¿No sientes
qué alarmado está el mundo, su temblor? 2420
Tiene miedo.
Sospecha de nosotros. Siente, sabe,
que hay dos seres que quieren
esta noche buscarse su salida,
que han decidido ya 2425
romper el viejo hechizo que se llama
vivir en este mundo, romperle a él.
Nos espía. Sus luces
nos miran a los ojos, preguntando.

Aceleradamente aumenta 2430
sus encantos la moche, moviliza
brisas tiernas, se cubre
las parameras con vergeles súbitos,
dibuja diestramente
arabescos celestes con luceros, 2435
se prostituye la belleza fácil.
Abre caminos, pone en sus finales
embarcaderos, alas, se disfrazo
tanto y tanto, que seres menos fuertes,
menos seguros de su gran poder 2440
que nosotros, acaso
se dejarán llevar por las tramoyas
sutiles de esta hora
en que este mundo no parece él,
parece casi el que queremos. 2445
Y su alma fría asume
sonrisa pasajera, sirte,
donde tantos han muerto de su engaño.
Pero nosotros,
tú y yo, esta noche 2450
tenemos en las manos la explosiva
fuerza liberadora. Esa evidencia
que llaman realidad,
las vastas moles materiales
-casas- y las órdenes 2455
rectilíneas –calles-
donde los hombres andan y se duermen
creyéndose que así lo quieren,
que las han hecho ellos
conforme a su deseo, 2460
no nos retendrá más. Aunque alinee
conocidos ejércitos,
hogares, nombre de calles, números,
eléctricos luceros,
sabemos ya muy bien 2465
que no hay otras moradas sino aquellas
que en la sangre encontramos, invisibles,
y que el solo camino
es ese que hay que abrirse
con el alma y las manos, 2470
espadas de aire, frente a pechos de aire.
No cederemos, no. Ya perdonamos
las argucias del mundo muchos años.
¿Te acuerdas? Las llamábamos delicias,
baños en agua clara, color, juegos, 2475
trajes o desnudez, dientes mordiendo,
y, a la noche,
la acostumbrada luz de luna:

y prendidos en ello sonreíamos
como si fueran criaturas nuestras. 2480
Ahora nos hemos dado la verdad.
Desesperadamente el mundo intenta
todavía esta noche resistirnos,
que vivamos, vivir, como ha vivido.
Pero 2485
en nuestras manos impacientes tiembla
la gran liberación, felicidad,
felicidad hallada allí en el seno
del mundo, donde él
oculta la tenía, temeroso 2490
de su ansia nueva, que no quiere
esas formas cansadas de este mundo
y le rompe y se busca un orbe nuevo.
Ya le hemos encontrado:
terremoto, huracán, felicidad, 2495
devastación, arrolladora fuerza.
Ven a mis brazos, suena
esa felicidad desmelenada.
Que cumpla su misión de fuego puro,
de destrucción del mundo, mientras tú 2500
y yo nos abrazamos sin movernos,
si no es lo indispensable para ser
felices. Y mañana
al despertar, la vida
estará rasa, virgen, 2505
rasa la luz, el gran silencio raso.
Con sólo un monosílabo: "sí",
temblar haremos
el tímpano del mundo, voz primera.
Ruinas de historia, nombres y columnas, 2510
ecos del mar antiguo, quedarán
en nuestro día, igual que en las arenas
de la playa perviven
vestigios de un gran barco naufragado.
Sueños del orbe aquel que se creía 2515
eternamente duradero
sin saber que dos seres que lo buscan
y pagan el hallazgo en la moneda,
tan fácil, de la vida, encuentran siempre
el otro mundo que éste nos rehúsa. 2520

[50]

SUICIDIO HACIA ARRIBA

Flotantes, boca arriba,
en alta mar, los dos.

En el gran horizonte solo, nadie,
nadie que mire al cielo,
nadie 2525
a quien pueda él mirar,
sino estos cuatro ojos únicos,
cuatro, por donde al mundo
le llega el necesario
don de ser contemplado. 2530
Fuera de los caminos de los barcos,
felices escapados del auxilio,
que sería un error contra nosotros
Por voluntad allí desnudos. Los dos.
Con esas marcas leves 2535
secretamente conocidas,
cicatriz, señal, mancha rosada, lunar,
misterioso bautizo
de nuestra carne
que sólo el ser amado encuentra, atónito, 2540
siempre en su sitio, en el amor o el odio,
junto al seno,
o entre la cabellera, ocultas.
Y no más nombres ya, no más maneras
de conocernos que esas señas leves, 2545
de la carne en la carne.
Y vagamente otras
marcas también secretas
en el rastro de alma que aún nos queda.
Los nombres se borraron 2550
ante una luz mayor, como luceros,
en el borde del alba.

Al aire ya.
Y para no volver bajo los techos
y no ver nunca más las grietas, 2555
terribles, que nos duelen,
al despertarnos juntos,
tornando al mundo, y la primera cosa,
es una grieta atroz, sin alma, arriba.

Hay que decir, y que lo sepan bien 2560
los que viven aún bajo techado,
donde telas de araña se entretajan
para cazar, para agostar los sueños,
donde hay rincones
en que línea y línea se cortan 2565
y sacrifican en fatales ángulos
su sed de infinitud,
que nosotros estamos
contentos, sí, contentos

del cielo alto, de sus variaciones, 2570
de sus colores que prometen todo
lo que se necesita
para vivir por ello y no tenerlo.

Sin andar, ya,
despedidas las plantas de los pies, 2575
del más triste contacto de la vida,
del suelo y sus caminos:
se acabaron los pasos y los bailes.
Viven en la alegría fabulosa
de saber que la tierra ya no vuelve, 2580
que ya no marcharán. Están al aire;
el aire, el sol les dan triunfales signos
de libertad. Se apoyan en el agua,
sin guijarros, sin cuestas, son ya libres.

Sin ver ya nada hecho por el hombre. 2585
Ni las telas sutiles, las sedas,
con que disimulas tu verdad,
cuando errábamos torpes
por la ilusión sencilla de la vida.
Ni las redondas formas de cristal, 2590
donde se maduraban, por el día,
frutos de luz, abiertos al crepúsculo,
colgando de las lámparas.
Ni las cerillas, ni las tiernas máquinas
-relojes- 2595
donde el tiempo, entre ruedas de tormento,
perdía su bravura,
y se iba desangrando
minuto por minuto, gota a gota,
contándonos 2600
todas las dimensiones de la cárcel.
Nada. Todo lo que hizo el hombre,
suprimido.
Y ausentes ya las pruebas de otros seres,
sus obras, 2605
sin señas de que nadie exista,
sin la demostración desconsolada
que es tener en las manos
monedas de oro o un retrato,
no hay nada que nos pruebe 2610
que hubo antes otros, que otros todavía
son nuestros padres, nuestros hijos, vínculos.
Podremos ya creernos
los dos primeros, últimos, sin nadie.
Ser los que abren al mundo 2615
su puerta virgen y lo estrenan todo,

y si oyen otra voz, sólo es su eco,
y si ven una huella,
ponen la planta encima, y es la suya.
Ir tomando 2620
-porque no hay duda ya de que nosotros,
somos los dos llamados-
posesión lenta, al fin, del paraíso.
Hundirse muy despacio,
con la satisfacción clara, en el rostro, 2625
del último color, gris, negro, rosa,
que se queda en lo alto.
El paraíso está debajo
de todo lo supuesto, lo sabemos.
Lo supuesto es la vida y es el mar. 2630
Y por eso desnudos, voluntarios,
Lo vamos a buscar,
sumergiéndonos,
suicidas alegres hacia arriba,
en el final acierto, 2635
de nuestra creación, que es nuestra muerte.

[51]

LA FELICIDAD INMINENTE

Miedo, temblor en mí, en mi cuerpo:
temblor como de árbol cuando el aire
viene de abajo y entra en él por las raíces,
y no mueve las hojas, ni se le ve. 2640
Terror terrible, inmóvil.
Es la felicidad. Está ya cerca.
Pegando el oído al cielo se la oiría
en su gran marcha subceleste, hollando nubes.
Ella, la desmedida, remotísima, 2645
se acerca aceleradamente,
a una velocidad de luz de estrella,
y tarda
todavía en llegar porque procede
de más allá de las constelaciones. 2650
Ella, tan vaga e indecisa antes,
tiene escogido cuerpo, sitio, y hora.
Me ha dicho: "Voy." Soy ya su destinada presa.
Suyo me siento antes de su llegada,
como el blanco se siente de la flecha, 2655
apenas deja el arco, por el aire.
No queda el esperarla
indiferentemente, distraído,
con los ojos cerrados y jugando
a adivinar, entre los puntos cardinales, 2660

cuál la prohiará. Siempre se tiene
que esperar a la dicha con los ojos
terriblemente abiertos:
insomnio ya sin fin si no llegara.
Por esa puerta por la que entran todos 2665
franquerá su paso lo imposible,
vestida de un ser más que entre en mi cuarto.
En esta luz y no en luces soñadas,
en esta misma luz en donde ahora
se exalta en blanco el hueco de su ausencia, 2670
ha de lucir su forma decisiva.
Dejará de llamarse
felicidad, nombre sin dueño. Apenas
llegue se inclinará sobre mi oído
y me dirá: “Me llamo...” 2675
La llamaré así, siempre, aún no sé cómo,
y nunca más felicidad.

Me estremece
un gran temblor de víspera y de alba,
porque viene derecha, toda, a mí. 2680
Su gran tumulto y desatada prisa
este pecho eligió para romperse en él,
igual que escoge cada mar
su playa o su cantil donde quebrarse.
Soy yo, no hay duda; el peso incalculable 2685
que alas leves transportan y se llama
felicidad, en todos los idiomas
y en el trino del pájaro,
sobre mí caerá todo,
como la luz del día entera cae 2690
sobre los dos primeros ojos que la miran.
Escogido estoy ya para la hazaña
del gran gozo del mundo:
de soportar la dicha, de entregarle
todo lo que ella pide, carne, vida, 2695
muerte, resurrección, rosa, mordisco;
de acostumbrarse a su caricia indómita,
a su rostro tan duro, a sus cabellos
desmelenados,
a la quebrante lumbra, beso, abrazo, 2700
entrega destructora de su cuerpo.
Lo fácil en el alma es lo que tiembla
al sentirla venir. Para que llegue
hay que irse separando, uno por uno,
de costumbres, caprichos, 2705
hasta quedarnos
vacantes, sueltos,
al vacar primitivo del recién nacidos,

para ella.

Quedarse bien desnudos, 2710
tensas las fuerzas vírgenes
dormidas en el ser, nunca empleadas,
que ella, la dicha, sólo en el anuncio
de su ardiente inminencia galopante,
convoca y pone en pie. 2715

Porque viene a luchar su lucha en mí.
Veo su doble rostro,
su doble ser partido, como el nuestro,
las dos mitades fieras, enfrentadas.
En mi temblor se siente su temblor, 2720
su gran dolor de la unidad que sueña,
imposible unidad, la que buscamos,
ella en mí, en ella yo. Porque la dicha
quiere también su dicha.
Desgarrada, en dos, llega con el miedo 2725
de su virginidad inconquistable,
anhelante de verse conquistada.
Me necesita para ser dichosa,
lo mismo que a ella yo.
Lucha entre darse y no, partida alma; 2730
su lidiar
lo sufrimos nosotros al tenerla.
Viene toda de amiga
porque soy necesario a su gran ansia
de ser 2735
algo más que la idea de su vida;
como la rosa, vagabunda rosa
necesita posarse en un rosal,
y hacerle así feliz, al florecerse.
Pero a su lado, inseparable doble, 2740
una diosa humillada se retuerce,
toda enemiga de la carne esa
en que viene a buscar mortal apoyo.
Lucha consigo.
Los elegidos para ser felices 2745
somos tan sólo carne
donde la dicha libra su combate.
Quiere quedarse e irse, se desgarrar,
por sus heridas nuestra sangre brota,
ella, inmortal, se muere en nuestras vidas, 2750
y somos los cadáveres que deja.
Viva, ser viva, en algo humano quiere,
encarnarse, entregada, pero a fondo
su indomable altivez de diosa pura
en el último don niega la entrega, 2755
si no es por un minuto, fugacísima.

En un minuto sólo, pacto,
se la siente total y dicha nuestra.
Rendida en nuestro cuerpo,
ese diamante lúcido y soltero, 2760
que en los ojos le brilla,
rodará rostro abajo, tibio par,
mientras la boca dice: "Tenme."
Y ella, divino ser, logra su dicha
sólo cuando nosotros la logramos 2765
en la tierra, prestándole
los labios que no tiene. Así se calma
un instante su furia. Y ser felices
es el hacernos campo de sus paces.

LARGO LAMENTO

[1]

AMOR, MUNDO EN PELIGRO

Hay que tener cuidado,
mucho cuidado: el mundo
está muy débil, hoy,
y este día es el punto
más frágil de la vida. 5
Ni siquiera me atrevo
a pronunciar el nombre,
por si mi voz rompiera
ese encaje sutil
labrado por alternos 10
de sol y luna, rayos,
que es el pecho del aire.
Hay que soñar despacio:
nuestros sueños deciden
como si fueran pasos; 15
y detrás de ellos quedan
sus huellas, tan marcadas,
que el alma se estremece
al ver cómo ha llenado
la tierra de intenciones 20
que podrían ser tumbas
de nuestro gran intento.
Soñar casi en puntillas
porque la resonancia
de un sueño, o de un pie duro 25
en un suelo tan tierno
podría derribar
las fabulosas torres

de alguna Babilonia.
Hay que afinar los dedos: 30
hoy todo es de cristal
en cuanto lo cogemos.
Y una mano en la nuestra
quizá se vuelva polvo
antes de lo debido 35
si se la aprieta más
que a un recuerdo de carne.

Hay que parar las gotas
de la lluvia: al caer
en la tierra abrirán 40
hoyos como sepulcros;
porque el suelo es tan blando
que en él todo es entierro.
Parar, más todavía,
cuando estemos al borde 45
de algún lago de plata,
el afán de llorar
que su gran parecido
con un lago de plata
en nosotros provoca. 50
Sí, detener las lágrimas.
Si una lágrima cae
hoy con su peso inmenso
en un lago o en unos
ojos que nos querían 55
puede llegar tan hondo
que destruya los pájaros
del cielo más amado,
y, llover haciendo plumas,
llene toda la tierra 60
de fracasos de ala.
No hay que apartar a vista
de los juncos de azogue
donde el calor se mide.
Si el ardor sube mucho 65
en pechos o en termómetros
puede arruinar la tierna
cosecha que prometen
tantas letras sembradas
en las cartas urgentes. 70

Vigilar, sobre todo,
a ella, a la aterradora
fuerza y beldad del mundo:
amor, amor, amor.
Esa que es grito y salto, 75

profesora de excesos,
modelo de arrebatos,
desatada bacante
que lleva el pelo suelto
para inquietar los aires, 80
esa
envidia de torrentes,
ejemplo de huracanes,
la favorita hija
de los dioses extremos 85
-amor, amor, amor-
que con su delirante
abrazo hace crujir
por detrás de la carne
que se deja estrechar 90
lo que más se resiste
en ese cuerpo humano,
a ternura y a beso:
el destino final
del hombre: el esqueleto. 95
Amor, amor, amor.
¿Porque quién ha sabido
nunca, si hace o deshace?
¿Y si, cuando nos arde
es que nos alza a llama, 100
o nos quiere cenizas?
Por eso, el mundo, hoy débil,
la teme más que a nadie.
Y hay que dar el aviso
a todos los amantes 105
de que la vida está
al borde de romperse
si se siguen besando
como antes se besaban.
¡Que se apagues las lumbres, 110
que se paren los labios,
que las voces no digan
ya mas: “Te quiero”! ¡Que
un gran silencio reine,
una quietud redonda, 115
y se evite el desastre
que unos labios buscándose
traerían a esta suma
de aciertos que es la tierra!
Que apenas la mirada 120
lo que hay más inocente
en el cuerpo del hombre,
se quede conservándole
al amor su futuro,

en esa leve estrella 125
que los ojos albergan
y que por ser tan pura
no puede romper nada.

Tan débil está el mundo
-cendales o cristales- 130
que hay que moverse en él
como en las ilusiones,
donde un amor se puede
morir si hacemos ruido.

Sólo 135

una trémula espera,
un respirar secreto,
una fe sin señales,
van a poder salvar
hoy, 140
la gran fragilidad
de este mundo.

Y la nuestra.

[2]

PAREJA, ESPECTRO

Nunca agradeceremos
bastante a tu belleza 145
el habernos salvado
otra vez del diluvio:
cuando el agua subía
en el hervor terrible
de la primera cólera del mundo, 150
y tú en tu mano abierta
nos pusiste a los dos,
a ti y a mí, y alzándola
hasta cerca del cielo,
donde nunca ha llovido, 155
escapamos en ella
del amargo torrente
de cristal y pecados
en que tantos hermanos nuestros perecieron.

Nunca agradeceremos 160
bastante a tu belleza
un acto incomparable:
poder pisar la nieve.
Yo miraba asombrado
la blancura hecha mundo, 165

al despertar un día.
¿Quién, quién iba a atreverse
a pisar sobre ella
sin tener esas alas
con que nada se pisa? 170
Me cogiste la mano,
subimos a los últimos
pisos del arrebato.
Al volver cuatro huellas
sobre lo blanco hay. 175
¿Las nuestras? Imposible,
no anduvimos. Sí, nuestras.
Poner allí la planta,
es nuevo, nuevo, nuevo.
En nada se parece 180
a ponerla en la arena,
blanda como el cadáver
fatal de las promesas.
Ni a ponerla, lo mismo
que la pone el amor, 185
-inevitablemente,
porque su suelo es ése-,
en el pecho de un hombre,
sabiendo que lo ahoga.
Es igual que ir pisando 190
por el suelo del aire.
Y se sienten crujidos
tan dulces como en besos,
o en las sedas antiguas,
o en la fresa 195
que se deshace románticamente en la boca,
hacia el seis o siete de mayo.

Nunca agradeceremos
bastante a tu belleza
el ofrecermé té a las cuatro, presentándome 200
a aquella dama interesante
que estaba retratada en un Museo
por un pintor abstracto,
y que me confesó
inclinando los ojos a la alfombra 205
persa del XVIII,
que nuestras almas iban
a entenderse muy pronto
y sin error alguno, gracias a...
(No me acuerdo de qué. ¿Gracias a qué, sería...?) 210
Teníamos los dos
rodajas de limón en el té. Y fue por eso
por lo que hablamos en los círculos dantescos,

escapando a la pena
de ser tan actuales 215
que la tarde de otoño y los relojes
destilaban desde los cielos y pulseras.

Nunca agradeceremos
bastante a tu belleza
el haber libertado a Dafne, 220
después de tantos siglos de ser verde,
para suplir la falta de los pájaros.
(Habían huido todos al fondo de tus ojos
dejando al mundo
sin otro aletear que tus miradas.) 225
Y como siempre necesita el aire
tener algo que vuele por sus ámbitos
tú, comprendiendo el parecido
entre alas y follaje,
volar hiciste todas las hojas, por parejas, 230
igual que pájaros sin cuerpo, repoblando
los aires de averío;
y sin perder las alas trémulas en tus ojos
diste al viento el temblor que necesita.
Por lo cual ese año 235
las hojas no pasaron de lo verde.
Ni hubo una sola que cayera al suelo,
a mendigar melancolías.
Y nadie se dio cuenta del otoño.

Nunca agradeceremos 240
bastante a tu belleza
la rotura de los termómetros
cuando el azogue se volvió tan loco
allí en sus venas transparentes
que el corazón del mundo, su calor 245
se podía romper de latir tanto.
Tú me enseñaste con paciencia inmensa
a contar hasta el fin, del dos al tres,
del tres al cuatro, aquella tarde triste
cuando ya no teníamos qué decirnos y tú 250
empezando a contar correlativamente,
uno, dos, tres, cuatro, cinco...
descubriste los términos
de todo lo numérico,
el vacío del número. Y entonces 255
se abolió el gran dolor, la eterna duda
de saber si es que somos dos o uno;
uno queriendo ser dos, o lo contrario, dos,
que atraviesan por pruebas
arduas, como quererse o enlazarse, 260

en busca de ser uno, sólo uno.
Fácilmente comprendes la importancia
de haber traspuesto el numeral tormento
perdiéndonos, del todo y para siempre,
en esa selva virgen tan hermosa: 265
la imposibilidad de distinguirse.
En la cual no penetra nunca
ese rayo del “tú” y del “yo”,
del “me quieres” y del “te quiero”;
todo el dolor de la primera y la segunda 270
persona, que separa
a dos personas para siempre
en las gramáticas y el mundo.

Y, sobre todo, nunca,
nunca agradeceremos 275
bastante a tu belleza
el habernos librado
de tu misma belleza, del terrible
influjo que podía haber tenido
sobre la calma de los mares, sobre Troya, 280
y sobre algunos pasos míos en la tierra.
Por eso ahora podemos
andar despacio por las calles
por donde todo el mundo corre,
sin que nadie se fije en que existimos. 285
Y al vernos, al pasar, en los cristales
de los escaparates, dos imágenes
tan parecidas a lo que querríamos
ser nosotros, sentir que nos gustamos,
así, cual dos artículos de lujo, 290
que se pueden comprar.
Y entrar en esa tienda
diciendo al dependiente en voz muy baja,
igual que a un confesor: “Queremos esa
mujer, y el hombre ese 395
que están ahí, en el escaparate.”
Y cuando nos responda atentamente:
“Aquí vendemos sólo catecismos y radios”,
comprender, sonriendo, nuestro error
comprar un aparato de ocho lámparas, 300
un catecismo, e irnos en seguida
a casa, -si no se nos olvida dónde estaba-,
a buscar, hacia atrás, desde el jardín primero,
por la radio del tiempo
otros dúos de sombras: 305
de aquellos que empezaron nuestro canto.
Y si aún se rezagara alguna duda
en tu alma o en la mía,

el catecismo lo contesta todo,
con palabras más viejas que monedas, 310
que tú me lees, sin mover los labios:
“Mundo, demonio, carne... Fe, esperanza...”
Y pasamos la noche,
tranquilos , distraídos
de tu inmensa belleza. 315
Como si tú no la llevaras
encima, fatalmente, sin descanso.
Como si no estuvieran esperándola
las blancas superficies de una cama,
o las almas, -más blancas-, de unos ángeles 320
donde sueles dormir algunas veces,
mientras que yo te miro, despierto, desde el mundo.

[3]

DUEÑA DE TI MISMA

Una noche te vi tan inclinada
a abandonarte a ti
misma por unos astros, 325
que me brotaron voces repentinas
del pecho y te hablé así:
¿Qué van a hacer las hojas? Están presas
a las ramas del árbol;
se lloran a si mismas, 330
como lágrimas verdes, cuando llueve.
Y el día que se sueltan,
como no tienen pies ni manos, son
del primer viento que las arrebata,
del punto cardinal que menos quieren, 335
Viven atormentadas y crujiendo
si un huracán las toma por amantes.
O son felices si un adolescente
céfiro retrasado
las coge por el talle, como novias 340
primeras y las lleva
por el espacio en valsos lentos.
Su dolor será siempre
el sentirse sin pies y sin zapatos.
Porque un amor con pies lo puede todo. 345
La luz no tiene manos.
Las luces rondan las cuadradas casas,
se detienen en quicios y en umbrales
esperando que alguien
abra o cierre casualmente una puerta 350
y las deje pasar.
A servir a los mismos ojos siempre.

Porque la luz de fuera, vasta, anónima
quiere ser luz de dentro y su gran dicha
es tener ya conciencia de sí misma 355
entre cuatro paredes, suelo y techo,
como la tiene el cuerpo humano
que al fin se encuentra con amantes brazos.

La pena de las luces
es que no tienen manos y no saben 360
si entrarán algún día bajo techo
o si la puerta en cuyo umbral están
es una de esas casas
abandonadas que jamás se abren.
¿Qué van a hacer las luces y las hojas 365
más que esperar a ciegas
sus destinos que nunca serán suyos?

Pero tú tienes pies, tienes zapatos
nuevos, quizá recuerdes
que los compramos juntos. 370
Tu andar tan firme enorgullece al suelo
y le deja sembrado de recuerdos,
cual si no fuera tierra.
Entonces di ¿por qué te estás tendida
en las noches de enero en tu diván 375
oyendo anuncios de abstracciones por la radio
y presintiendo vendavales próximos?
¿O por qué sales al jardín vestida
toda de malva, como una hoja seca,
en busca de una brisa que te ame 380
despacio y con cariño?
No. Tus pasos son tuyos, sólo tuyos.
Tus pasos están llenos de caminos.
Álzate y quiere con los pies seguros
lo que has querido vacilante 385
hace ya muchos años con el pecho.
Sólo tu paso te hace o te deshace;
no los dioses
que fingen entre nubes vago imperio.
Yo que admiro tus piernas 390
tan esbeltas y claras como auroras
sé que uno de tus pasos
puede vencer a un dios antiguo.
Y que no hay fábula
más hermosa que un ser cuando camina 395
derecho a lo que quiere.
A veces es un tren, o es una tienda,
o es un baile de gala. A veces es
otro ser, escogido muy despacio.

Tú también tienes manos y conoces 400
la medida precisa de tus guantes.
Las cuidas lentamente
al despertar, todos los días
para que se terminen
como acaban las rosas. 405
Con ellas muchas veces estrechaste
sueños que parecían otras manos.
Entonces di ¿por qué miras al cielo
y deshojando las constelaciones
lucero por lucero dices 410
“Sí, no, sí, no”? Tu mano,
con cinco puntas como las estrellas,
marca nortes mejor que ningún astro.
Puede escribir las señas en los sobres,
abrirles los capullos a las rosas, 415
sacar de algún cajón algún olvido
y transformarlas despedidas tanto,
diciendo adiós, que nadie se separe.
Y además de esas gracias esenciales,
tu mano firme puede 420
abrir la puerta al tiempo que no ha sido.
Lo puede si lo manda
un amor que descienda como sangre,
en donde ella ha nacido, de ella hermano,
a lo largo del brazo 425
que tanto admiran cuando vas de baile
entregándolo al aire,
los cisnes que te miran, melancólicos.
Y mejor que escrutar los horizontes,
sus intrincadas rayas sin sentido, 430
mira a tu palma y los verás allí,
horizontes de ti, líneas ciertas
que han nacido contigo.
Cierra las manos y sentirás en ella
latir, como un ave impaciente, 435
de vuelos sin futuro,
las alas de tu suerte.

Mírate cara a cara. No te ocultes,
no me ocultes a mí, que ya los dioses
no tienen en sus manos nada tuyo. 440
Por eso yo no miro
ya a las nubes olímpicos, de mármol,
ni a las cifras, sin clave, por los cielos.
Y desde hace unos años
te miro a ti a las manos, a los pies. 445
Te miro más arriba, donde dioses
parejos, tus luceros

pueden negarlo o entregarlo todo.
No es el azul, el pardo, el gris, el negro
el color que te viste la mirada. 450
El color de tus ojos es de sino.

[4]

[Deja ya, deja ya por un momento]

Deja ya, deja ya por un momento
de querer explicarnos demasiado
trabajando con ese lápiz de carmín, sobre tus labios,
las dos verdades paralelas 455
que tu boca callada nos ofrece
más delicadas, aun, más sutiles.
Antes de acentuarles con lo rojo.
Y sacándote el bello rostro náufrago,
todo empapado por tu propio sueño 460
y otras menores cremas de belleza,
de los últimos fondos del espejo,
en donde le buscabas sus tesoros,
escúchame. Te hablo
con absoluta claridad 465
de algunos de los modos de contacto
entre una y otra humana criatura. Mira.

Quítate delicadamente tu ropa,
pétalo a pétalo, sin temor alguno al frío del amor,
aquí en el centro mismo de este siglo, 470
y ofréceme tu pecho. Yo llamaré con los nudillos
tan suavemente, primero
como llaman los copos de nieve
en esas puertas de agua que hay en la tierra,
lago, ríos, lágrimas. 475
Y más fuerte, mucho después,
con el oído en una ansiosa escucha
los dos, por ver si nos contestas,
desde el fondo del pecho donde tienes
tanta respuesta que tú misma ignoras, 480
y esperas, como yo o como el estío.
¿Cómo vas a saber lo que tú llevas
para mí destinado, allí en tu adentro,
si ni siquiera el poderoso pecho
del mundo, el porvenir 485
sabe la cifra justa
de desengaños que nos guarda?
Y así, huesos míos, con mis dedos,
sobre el pecho que cela mi futuro,
en busca del misterio de nosotros 490

en el primer contacto.

Dame siempre la mano
cuando nos encontremos en un tren,
aunque los dos llevemos puestos guantes
de pieles diferentes. 495

(Sí, diferentes:

porque los animales que se han muerto
siempre irán, los más fieles y tiernísimos,
a proteger las manos de las mujeres
contra el aire que quiere descifrarlas 500
y saber sus destinos. Y los hombres
llevamos guantes ásperos.)

Si me la aprietas mucho
enseguida se sabe donde vas tú y dónde voy yo.

Y muchas veces hasta se sabe si podremos 505

hacer gran parte del camino juntos,
aunque uno a cada lado de la vida,
como las dos alas del pájaro,

una a cada lado del pájaro,
sin otra unión posible que volar. 510

Y hasta quizá se llegue a descubrir
por ese tacto de enguantadas manos
el nombre del lugar

en donde nos esperan, todavía dormidos,
esos dos cuerpos que nadie conoce 515

y que encargamos por telégrafo
para esa vacación, la eternidad
que siempre dan al que trabaja mucho,
cuatro veces al año.

Mas si me das la mano flojamente 520

si te la siento apenas,

al vernos cara a cara en el pasillo
de los trenes que corren hacia el sur
no es que no nos encontramos, no:

es que nos despedíamos, 525

ilusionados con que encuentro era.

En un error bastante parecido

al del mar a las siete de la tarde
cuando al tocar las nubes irisadas

se cree que se ha encontrado con el día. 530

Otro contacto fue una noche cuando
vuelta de espaldas y dormida

me buscase entre sábanas comunes

sin darte cuenta o como

si quisieras bailar. 535

Porque tú me buscabas con tus pies, con las puntas
de sus dedos,

igual que con dos bandadas de pájaros

que dan vueltas por esos cielo pálidos
a que recuerda inevitablemente un ancha cama. 540
Y al encontrarte al fin el cuerpo mío,
en ves de comprender que era tu triunfo,
y el camino
que se te abría como el día uno
abre a veces los meses, 545
despertaste confusa
pidiéndome perdón. Aún no he sabido
si me hablabas a mí, o era a mis sueños
por donde siempre bailas de puntillas.
El otro tacto fue más cierto. Tu cabeza 550
cansada de ese peso incalculable del cabello
que intentamos contar uno por uno
aquella tarde gris,
por ver si así se resolvía la gran duda
de si el amor es infinito o no, 555
se me apoyó en el hombro, igual que una hora más.
Tan satisfecha ya
de su exacto encajar, que al fin supimos
lo que quiere decir
la juntura del brazo con el torso y su suave 560
doblar protector: es la primera
tentativa y la última, de hogar.
Mujer y hombre se salvarán del desamparo
siempre que la articulación feliz del hombro
funcione suavemente 565
cuando una cabeza se dobla.
Yo te suplico que en futuras tardes
de inviernos alfombrados por olvidos,
cuando tú en tu salón, tengas en una mano
como vagos pretextos para vivir 570
algunos poemas chinos ricamente encuadernados,
y en la otra el cigarrillo que nos sirve
como de un simulacro
del suicidio tantas veces al día,
concedas en tu erguida 575
cabeza sola un minuto de su audiencia,
a la memoria de esa nuestra primer morada.
Un minuto que dure
hasta que llegue la hora de vestirse
para ir a las funciones de la noche. 580

Y he de hablarte por fin de ese contacto misterioso,
casi perdido en un mundo abundante:
unos labios sobre otros labios.
Los de una mujer en los del hombre.
Y si por fin se cumplen los avisos 585
que escritos en la espalda de la nieve

nos descifran ingenuas,
las antiguas cajas de música,
tus labios en mis labios algún día.
¡Peregrino contacto, el más difícil! 590
De siglo en siglo llena
de asombro al mundo, con el convenido
hombre de eclipse, si es que lo realizan
dos astros, sin pudor.
Él, mucho más oculto e invisible 595
que las plantas que buscan por las selvas
los hombres que se guían por un nombre en latín,
o que las entidades más finales
de la luz y del hierro que persiguen
con luz artificial seres vestidos 600
de blanco en los desiertos que hay en los microscopios.
¡El, él , el, inconfundible
beso, beso, beso, el beso,
el beso, sí. El beso, él!
Y por eso se llenan los cines: por si está. 605
Y por eso se cierran
las puertas y las tardes
cuando entran en cuatro
una mujer y un hombre: por si está.
Y por eso los hondos de los mares 610
están poblados de felices muertos:
por si está.
Y por eso se mira
a todos lo ojos del mundo,
a todas las albas del mundo, 615
y a sus noches,
a todos los seres del mundo,
y al mundo mismo, sólo. Por si está.
Pero tú y yo sabemos
que no está él sino los simulacros, 620
conmovedores como las postales de color,
con que las gentes simples
lo buscan tristemente
besándose y besándose,
escribiendo su nombre, muy de prisa, 625
al final de las cartas. Laboriosa
insistencia de siglos mucho más
triste que la jornada de ocho horas,
o que su reverso; la rosa.
Ha habido siempre sauces y domingos, 630
lluvias y perfectas reuniones de familia,
porque el mundo tenía
que llorar de algún modo
la frecuente tragedia
de que un cero y un cero no son nada; 635

así, uno encima de otro, y sólo aciertan
cuando dan con la exacta lejanía cercana,
que nos eleva al parecido
de los senos de la mujer.
Te revelo mi secreto 640
de que un beso se está siempre escapando
de ese lazo inocente que le tienden
desde los quince años
ceros juntos con ceros y que hablan
diciendo amor, amor, amor, amor. 645
Por eso como yo te quiero bien
te aconsejé una tarde
en que la sombra de un cabello
sobre tu pecho me hizo ya ver claro,
aquella tentativa de contacto, 650
tan superior al beso, y que consiste
en juntarse los labios con los míos
y no apartarlos ya. De las censuras
que la gente y la mole de los siglos,
porque creen que hacemos lo que ellos, 655
lloraremos si quieres otra tarde,
en el cuarto que tengo reservado
para ti y para mí, en la estrella quinta,
esquina del lucero veintidós.
Ahora, vuelve al espejo. 660
Hoy, nada más.

[5]

[No me sueltes]

Muchas veces me has dicho: “No me sueltes.”
Yo nunca te lo digo,
Pero lo estoy pensando: y tú lo oyes.
Y desde que una tarde nos perdimos 665
junto a un arroyo, porque tú querías
ser tú, sola, y yo solo,
no nos soltamos nunca de la mano.

No te me sueltes nunca en estos cuentos,
del podrá, del podría, del pudiera 670
ser, tan maravillosos
que cuando yo termino de decírtelos,
nos duele la mirada
de tanto querer verlos en el aire.
Cuando hablo de imposibles 675
apriétame la mano más que nunca.
Nada más triste que soltarse
como niños de cuento, en cualquier bosque

cuando se estaba al borde de las hadas
para buscar aparte ese tesoro 680
que sólo a una pareja se revela.
No hay un amor ni un cuento
que no tenga buen fin. Y si parece
que acaban mal es porque no sabemos
contar, amar hasta el final dichoso. 685
Para unas manos juntas que buscan, todo es víspera.
No te me sueltes en las calles céntricas.
Recuerda aquella tarde, estando a orillas
de un gran río metálico de ruedas,
desatado hacia el mar de los quehaceres, 690
en que por desprenderte
de mí te viste sola en un islote
de desolado asfalto,
cogida entre las olas incesantes
de automóviles raudos. Hasta que otro 695
Neptuno manejando una luz verde
paró el torrente y yo volví a encontrar
tu mano y te arrastré hacia nuestra tierra.
Desde entonces andamos
por las grandes ciudades tan unidos 700
que las gentes al vernos
se miran con tristeza,
sus manos sueltas y se paran un momento
para llorar junto a un escaparate
donde nadie les vea, 705
más que los maniquíes confidentes,
el error de estar enamorados.

No te sueltes tampoco
donde tanto te gusta, en las praderas:
allí el viento te tienta 710
a ser otra vez viento y a escaparte
para volver después de dar la vuelta
a cinco o seis montañas. Tengo miedo.
Yo sé que muchas brisas,
jóvenes como tú, como tú tiernas, 715
seguras de sí mismas
dijeron que iban a jugar un rato
con unas hojas verdes: y no han vuelto.
Nunca más se ha sabido de su suerte
sino esta soledad y esta quietud 720
que detrás se dejaron, por soltarse.
Los mitos, en el campo, siempre acechan.
Yo nunca estoy seguro
de lo que tu apariencia me insinúa:
que eres siempre mortal, de pura carne. 725
Cuando libras tu cuerpo de las sedas

un recuerdo de ninfa o diosa altiva
convierte nuestro abrazo en una fábula.
Y así, en el campo, un día,
si te suelto la mano, volver puedes 730
a tu mito y dejarme a mí llorando
al pie de un árbol:
soñando brazos y mirando ramas
en que a pesar de todos los inviernos
el recuerdo certero reconoce 735
un latido de sangre que me amaba.

No te me escapes nunca en los salones
adonde sueles ir algunas noches
vestida de unos rasos tan antiguos
que llenan todo el ámbito de músicas 740
y hacen llorar a espejos y bujías.
No te sueltes
cuando se inclinen sobre ti y te inviten
a aceptar el regalo que las fábricas
repiten por millares. 745
Piensa en la gran dulzura destilada
por un alma tan sólo para otra.
Y sin mover la mano
para poner azúcar en el té,
di: “Yo no tomo azúcar”, sonriendo. 750
Porque aunque estés sin mí por esas fiestas
al cálido recuerdo de una mano
está siempre estrechándose a lo lejos:
y soltarlo porque es pura memoria,
es más traición que abandonar un tacto. 755
También así se pierden o se salvan
cosas muy parecidas a la vida.

Y sobre todo no te sueltes nunca
cuando estemos durmiendo, sobre un lecho.
Comprendo bien por qué se alza tu brazo 760
trémulo, palpitante, vertical,
en el aire, a las tres de la mañana,
del fondo de tu sueño.
Las camas son inmensas, por lo blancas.
Y nadie sabe su extensión sin límite 765
más que el que tiene miedo
a que ya no le quieran, por la noche.
Las camas tienen niveas vertientes
-sólo parecen sábanas de hilo-
por donde los trineos del capricho 770
nos roban las promesas más seguras.
En su impoluto campo,
es siempre primavera

para toda semilla de futuro.
Y como un sueño pasa 775
de ser a otro por los brazos,
abrazándose como el amor,
y desemboca allí en las palmas de las manos,
si tú te sueltas de la mano mía
perderás lo mejor que hemos ganado: 780
el don de soñar juntos, hechos cántico.
Y yo no quiero, no, perderte nunca
sobre esa casta anchura suavísima
donde el amor entero se nos cumple,
sin más tacto 785
que aquel en que una mano
entregada a otra mano,
aunque estemos dormidos,
hace sentir las sangres de dos seres
como una sola sangre: 790
la que da vida al corazón de un sueño.

Por eso yo te pido que vayamos
por este mundo con las manos juntas.

[6]

[El aire ya es apenas respirable]

El aire ya es apenas respirable
porque no me contestas: 795
tú sabes bien que lo que yo respiro
son tus contestaciones. Y me ahogo.

La primer pregunta que te hice
fue cuando tú tenías
los brazos apoyados 800
en una barandilla de recuerdos,
una tarde inclinada
sobre ese lago azul que llevas dentro,
mirando a cuatro dudas
con plumaje de penas, 805
tan blancas y calladas como cisnes,
que lo surcaban, sin moverlo casi.
Tú mirabas la estampa
confusa de ti misma, te veías
en ella reflejada 810
pero con tal temblor, tan insegura
de tu propio existir, de lo que eras,
que te marchaste huyendo
a buscar en tu armario algún vestido
de denso terciopelo, y a probártelo. 815

Como está hecho a medida,
meter el cuerpo en él
es persuadirse unos instantes
por el consolador
y ajustado contacto de la tela, 820
de que se vive y de que somos algo
más que un reflejo trémulo
del que tenemos miedo, en aquel lago.
Y yo te pregunté: “¿Buscamos juntos?
Lo que se quiere hallar 825
en un agua tan vaga y tan borrosa
hay que buscarlo
por el aire hacia arriba.
Porque en lo hondo de un lago lo que hay siempre
Es la copia de un ángel o de un dios, 830
la figura de un ser que allí se mira,
desde su verdadero ser celeste.
Y hay que buscarlo donde está; si buscas
como otras engañadas hacia abajo,
sólo te encontrarás ramas o piedras, 835
limo blando y sortijas oxidadas.
¿Quieres, di, que vayamos por los años,
los años del futuro, como cielos,
en busca de un ángel?
¿Quieres que sea yo tu compañero 840
para lo mismo que en las golondrinas
un ala es compañera de otra ala?
Yo saldré por la vía
más rápida que haya,
dentro de un radiograma, si me aceptas.” 845
Comprendo tu silencio. La pregunta
la hice a seis mil kilómetros
y como hablé muy bajo
para que sólo tú me oyeses,
no me pudiste oír. Y continúas 850
probándote vestidos que te calman.

La segunda pregunta la escribí
el mes de octubre, en una hoja de árbol
que hay cerca de tu casa. Tú sentías
el otoño llegar, aquella tarde, 855
en grandes cantidades
de viento gris y de proyectos vagos,
apenas defendida
por una fe tan leve en tu calor
como la seda de tus medias. 860
Tu paso acelerado, contra el aire
se hacía la ilusión de que corriendo,
a primeros de octubre

se llega antes a la primavera.
Yo te escribí: “Tengo un verano 865
que se abre, sólo, cuando dos personas
que aman lo verde y tienen miedo al frío
al mismo tiempo llaman a su puerta.
No hay más invierno que la soledad.
Lo que funde la nieve es un amor 870
que se sirve de sol como su intérprete.
Toma mi brazo, acéptame este modo
sencillo de abolir, al mismo tiempo,
invierno y soledad, llamado amarse.
¿Quieres que entremos 875
en esa fiesta de las claridades
que empieza al iniciarse una pareja,
donde gracias a ciertas
sutiles transparencias y traslucos
de carne o de cristal, siempre anochece 880
mucho, mucho más tarde que en el mundo,
y la aurora coincide
con el primer deseo de la luz?”
El árbol entregó oportunamente
mi mensaje a tus pies. ¿Tú no recuerdas 885
una hoja que cayó cuando pasabas,
un rumor tierno por el suelo,
con las sílabas rotas de tu nombre
apenas susurradas, y un rodar
de materia muy leve, sobre piedras, 890
que iba detrás de ti, para salvarte
de tantas inclemencias solitarias?
Nunca me has contestado. Estoy seguro
de que, por no ir pensando en mí, la confundiste
con cualquier hoja de esas 895
que editan por millones los otoños
para hacer propagandas de lo ausente.

La tercera pregunta te la hice,
estando cerca, sí, muy cerca.
Abrazados estábamos. 900
Nuestro techo era abrazo,
las paredes y el suelo abrazo eran,
de ese color intenso
con que lo pinta todo el abrazarse.
Abrazo fue la puerta por que entramos. 905
La ventana era abrazo.
La noche, sus praderas,
el rebaño de mansos rascacielos
pastando estrellas con el cuello erguido,
a través del abrazo lo veíamos. 910
La visión era abrazo y oír abrazo.

Y estaban los sentidos
tan apretados unos contra otros
brindando a nuestra unión sus diferencias,
que hasta entonces mis ojos 915
no habían visto lo que vio el abrazo.
Por eso yo te pregunté sin voz
sólo estrechando aún más contra mi pecho
el cuerpo que los cielos me prestaban,
si tú sabías escribir 920
promesas con los ojos
y si en la hoja primera
del primer pliego de la aurora tú
me querrías trazar
cualquier palabra, por ejemplo: “eterno.” 925
Mi afán era saber
cómo es tu letra cuando tu alma escribe.
Tú no me has respondido. Lo comprendo.
Te habías ya dormido allí en mi pecho;
y mi pregunta como un ala se deshizo 930
al chocar con los ojos ya cerrados.
Algunas de sus plumas o palabras
-promesa, aurora, eterno- te rozaron
el alma, sí, pero tan levemente
que tú, creyendo que eran 935
uno de tantos sueños sin pregunta,
nunca has pensado en responder a un sueño.

[7]

[¡Cuántas veces te has vuelto!]

¡Cuántas veces te has vuelto!
Recuerdo que una noche te pusiste
de espaldas a mí, como si me olvidaras. 940
¿Es la espalda el olvido?
Tu espalda, ancha, espaciosa
era un olvido
por donde mi recuerdo iba buscando
delicias de tu cuerpo frente a frente, 945
como otras veces me lo diste;
igual que la mirada
se pasea tristísima
de lucero en lucero,
por las estrellas de las noche, de esa 950
gran espalda, la noche,
del gran cuerpo del mundo, luz y día.
Me faltaba
la luz total, tu frente, tú de frente,
pero mis ojos 955

por el ámbito quieto de tu espalda
encontraban las señas milagrosas
del otro lado, sí, los restos de tu luz.
Y a esa luz de tu luna, de tu dorso,
del resplandor de ti que aún me quedaba, 960
supe esperar a que volviese el día:
de un reflejo viví de lo vivido.
Te volviste por fin, al despertar.

¡Cuántas veces me has dado
la espalda más terrible, que es la ausencia! 965
¿Por qué no despedirse
de frente, sí, de frente,
ir paso a paso atrás, pero mirándose,
de modo que la última
imagen de nosotros fuera siempre 970
la de unos ojos que aunque ya no ven
sigue n mirando siempre a lo que quieren?
Una mirada
que traspase vanas apariencias:
paredes, seres, cielos, años, 975
que esa casualidad llamada vida
se encapricha en poner
entre los dos destinos
que llevan nuestras iniciales.
Dos seres no se apartan 980
más que cuando engañados:
porque ya no se ven
se creen que están solos
y dejan de mirarse,
sin tomar la lección del mar y el cielo, 985
que vencen sus distancias contemplándose.
Si tú te equivocaste alguna noche
bailando con algunas realidades
tan sólo porque estaban a tu lado
es por no serme fiel con la mirada. 990
Yo estaba allí.
Ninguna soledad me dolió tanto
como esta de ojos sin respuesta.

Y también el silencio es una espalda.
¡Cuántas veces he estado 995
esperando tu voz, como esperando
un movimiento de tu ser entero,
un volverte total hacia mi alma!
Hablar siempre es volverse.
Si tu voz viene a mí 1000
es que tu cara está frente a mi cara.
Al hablarnos nos vemos. El silencio

por inmenso que sea se quebranta
echando en él un nombre de persona;
lo mismo que una vasta 1005
superficie de agua vibra toda
y cambia su dureza cristalina
por un temblor de pecho palpitante,
respiración concéntrica de ondas,
si alguien en ella arroja 1010
una piedra, y su peso, como un nombre.
Una palabra puede
salvarlo todo si se la echa allí
en el agua del alma que la espera.
Una noche yo mismo, 1015
por darme tú la espalda del silencio,
me sentí vidrio, hielo,
sin hondura detrás, y yo vacío,
que iba a hacerse pedazos
en cuanto lo tocaba algún azar. 1020
Y de pronto tu voz, tu voz cayendo
en el centro de mí
me hizo sentir la vida
como un crecer de amor, en infinitas ondas 1025
que llenaron mi ser hasta los bordes
donde se acaba el ser y empieza el mundo.
Es porque te volviste, con tu voz.

Siempre te volverás; es tu promesa.
Y aunque un día 1030
no me hables, ni me mires, ni estés cerca,
aunque parezca que no existes ya,
esperaré que vuelvas, que te vuelvas.
Por ti creo
en la vida que está siempre queriendo 1035
volverse hacia sí misma, hacia la vida.
Por ti creo
en la resurrección, más que en la muerte.

[8]

[¡Qué olvidadas están ya las sortijas!]

¡Qué olvidadas están ya las sortijas
en los dedos de antes! Si soplara 1040
la pena con el ímpetu del aire
se llenaría el suelo de amarillas
sortijas desprendidas
de las ramas más altas de los sueños.
Una sortija, una promesa, son lo mismo: 1045
inspiran la ilusión, por ser redondas,

de que no tienen fin. Pero muchas promesas
se mueren en octubre, allí en los dedos
donde las colocamos confiados. Y se alfombran
los caminos del mundo de oro triste. 1050
Porque hay manos que nunca
se dejan oprimir: quieren ser libres.
Y una promesa aprieta más que anillos.

¡Qué olvidadas se sienten las palabras
que decían que nunca olvidaríamos! 1055
Cuando me olvidas, di:
¿te acuerdas, por lo menos, del olvido?
Recordar el olvido,
aunque no tenga rostro, nombre, cuerpo,
es casi no olvidar lo que se olvida. 1060
No te puedo pedir
que te acuerdes de mí como yo era
-una cara, unos ojos, unas lágrimas-
sólo que me recuerdes como a algo
que uno recuerdo que se le ha olvidado 1065
y sin saber qué es, muy vagamente
lo eche de menos cada cinco días.

¡Qué olvidadas se sienten
las distancias, su número, su forma!
Mientras que se perciban no hay ausencia. 1070
El mar, las tierras y las leguas,
contadas y nombradas
-yo en California, tú en Escandinavia,
y entre los dos los mapas abiertos, tan precisos-
aseguran que existe, allí en un punto 1075
exacto del espacio de los sueños
y acaso de la tierra, el que está lejos
por muy lejos que esté. Mientras sepamos
exactamente lo que nos separa
no habrá separación. La muerte es 1080
la niebla, allí en las almas, sí la niebla,
abolición de todos los confines,
gran naufragio de números y nombres,
y un ansia a ciegas que recorre el mundo
clamando: “¿En dónde, en dónde 1085
está lo que tan lejos me quería?”

¿Y las alas, las alas?
¿Cómo pudimos olvidarlas? Di.
De tanto ir por las calles
a comprar trajes, humo o violetas, 1090
o a buscar un empleo un una estrella;
de tanto ir sobre ruedas,

matando, por matar, paisajes verdes
que se quedan atrás como cadáveres,
creíste que el andar era tu modo 1095
de atravesar la vida, o algún coche
color de primavera que comienza.
Se te olvidan las alas que te he dado y no usas.
Y al mirar a los pájaros o a ángeles,
criaturas extrañas te parecen 1100
y no puedes venir adonde espero
por no tener ya fe en lo que te dije:
que lo que tiene vuelo siempre vuela.

¡Qué olvidados se quedan los desnudos!
Hay tantas floraciones en las telas 1105
que los escaparates te derrotan
lo más bello de ti, con sus ficciones.
Convertida en silueta verde y blanca,
Color de tierno mar adolescente,
o envuelta en terciopelo todo rojo 1110
igual que una tragedia que se acerca,
en tus vestidos vives y te olvidas
de lo que puedes dar a ciertos ojos
de asombro y maravilla si te quitas
lo que el mundo te pone sobre el alma 1115
para que te confundas con las otras.
Porque el desnudo tuyo no es tu cuerpo,
ese otro traje más, color de vida
con que siempre te quedas por las noches,
sino lo que detrás está, desnudo. 1120

¡Qué olvidado el espejo, sí, el espejo,
en donde nos miramos una tarde
con nuestras caras juntas,
tan semejantes a los dos soñados,
que un deseo común nos subió al alma!: 1125
no salir nunca de él, allí quedarnos,
igual que en una tumba,
mas tumba de vivir,
tumba clara, de azogue
donde dos seres vivos que la buscan, 1130
la eternidad alcanzan de los muertos.
Tú te marchaste de él: era mi vida.
Y mientras yo contemplo en su vacío
poblado de fantasmas y reflejos,
la soledad que es siempre 1135
mi cara si la veo sin la tuya,
tú, antes de ir a algún baile,
en otro espejo, sola, te miras a ti misma
son los ojos que un día prometieron

que sólo te verías en los míos. 1140

[9]

[Ruptura de las cosas]

Tú ya sabes que yo,
como siempre te espero
nunca atiende a las cartas
ni al teléfono. Pero
a las tres de la tarde 1145
de aquél día tan triste
me mandaste una urgente
claridad a mi casa,
en forma de un brevísimo
escampar, entre nubes. 1150
En la azul superficie
en donde me escribías
y ante la cual las gentes
cerraron sus paraguas
nadie hubiera podido 1155
falsificar tu firma,
tan clara. Y fui.

(A veces
se nos olvida todo
y hacemos caso al cielo, 1160
otra vez.)

No me explico
cómo
estabas tan secreta,
sí, tan inaccesible, 1165
y sin embargo abiertas
todas, de par en par,
las puertas de tu casa
tan milagrosamente
abrigada del hielo. 1170
Me di prisa a besarte
la mano, porque vi
que se estaba apagando.
“Siéntate aquí”, dijiste
señalando la enorme 1175
playa
que está junto a la radio
y donde vienen a romperse
las voces más extrañas
mojándote los pies 1180
con espumas de cánticos.
La arena estaba tibia,
tibia como aquél día

en que yo te la traje
puñado por puñado 1185
en viajes tan innúmeros
desde el mar a este cuarto
que aquél día empezó
ese cansancio que me mata,
lo mismo que la vida. 1190

Sentí que ibas a hablar.
Pero antes que llegase
desde su misterioso
remotísimo origen
la palabra a tu boca, 1195
el mundo fue una pausa
la inolvidable pausa
en que hubo tiempo
de que cruzaran por mi vida
algunos siglos variados, 1200
con los elefantes de Aníbal,
las fiestas de los incas,
las noches de luna
de aquel rey de Bavaria entes del suicidio.

“Te llamo porque sé 1205
el secreto que va
a dejarte tranquilo.
Lo sé como la rama
sabe el peso del pájaro:
sólo por un momento, 1210
entre un vuelo y un vuelo.
Y se me olvidará a las cuatro y media.
Escúchalos deprisa:
ya sé
por donde se rompen las cosas. 1215
Todas. Dame un papel.”
Y yo te di una carta
que me habías escrito
entes de Jesucristo
y que seguía intacta. 1220
Tus manos daban vueltas
y vueltas tanteándola,
cual si fuera mi dicha.
La miraste a trasluz,
y como había sido tuya 1225
se te vio allí la cara
igual que en un espejo.
“Si, por aquí será.”
La sombra de tu dedo
me señaló una línea 1230

que cruzaba palabras
hermosas: “mucho, nuestro”
lo mismo que los trenes
cruzan por paisajes
paradisíacos 1235
cortando en dos lo que escribió el estío.
(¡Qué peso
se me quitó de encima!)
Luego me fuiste revelando
que los puertos se rompen 1240
siempre allí donde arrancan
los barcos, que las ramas
por muy fuertes que sean
se troncan en el sitio
donde cae siete veces 1245
una gota de lluvia;
que los días se quiebran
y caen hechos pedazos
siempre que nuestros ojos
al despertar les piden 1250
que nos hagan felices,
antes de que anochezca;
que los besos
aunque son tan flexibles
se parten, dan dos bocas 1255
y en su separación
cuando quieren clavarse
en el pecho del tiempo,
herirle, verle desangrarse,
darle 1260
irremisible muerte.

Sí, lo sabías todo.
Lo del vidrio,
lo del agua y también lo del sueño.
Esa lámpara tuya 1265
donde la luz eléctrica
se sostiene en un tallo
de cristal, imitando
a la luz de los cielos
apoyada en los surtidores, 1270
se partirá, lo sabes,
a las cuatro pulgadas de su base
en cuanto la tropiece
una mano que temes.
Me marcaste en un mapa 1275
ese lugar exacto
en donde el mas azul
se escindirá en dos partes

cuando allí caiga el cuerpo
del hombre que te busca, 1280
comino de su fondo.
En camino al sueño, al nuestro,
tú, por la ley de herencia,
de la aurora manejas
nuestras vidas igual 1285
que las dos manecillas
de tu despertador en miniatura.
Y las pondrás, lo sé,
en una hoja precisa
de algún día, de algún 1290
mes, de algún año
en cuanto te lo mande
aquel helecho del arroyo
a cuya orilla
te lloré y me lloraste. 1295
Y cuando ya se abrían
tus labios,
a decir por cuál iba
nuestro amor a romperse
de entre las veinticuatro 1300
que componen la jaula
tan amada del pájaro,
pasó
tu tiempo de visión.
Y te quedaste muda, 1305
otra vez ignorante,
como tu eternidad hermosa,
como ella
olvidada de todo.
Hermosa más que tú, 1310
hermosa como otra:
la que ya no recuerda
lo que será el futuro.

Y como era muy tarde
me despedí del fondo de tus ojos 1315
y me marché a buscarte en el olvido.

[10]

[Error sensible fue]

Error sensible fue
como abril mayo junio y sus estragos
irme fuera de mí. Me lo decían
los mejores maestros de mi infancia: 1320
un ruiseñor que no cantó una sola noche,

una semilla que guardó su fruto,
aquel espejo viejo
de cuerpo entero, de mi casa,
y algunos otros egoísmos variados. 1325
Pero yo, desoyéndoles,
Di todo lo que podía dar. Salí.
Yo no sé dónde estoy.
Miro a los globos de los niños, de colores,
miro a las frutas, los melocotones 1330
cuya corteza no hace nunca daño
como cierta mejillas. Y los abro
y paso por su pulpa tan deprisa
como por un placer desesperado;
su hueso abro, 1335
y llego a la amargura de la almendra.
Escucho unas palabras que preguntan:
“¿Siempre, verdad que sí?”
y me recuerdan a mi voz, sin serlo.
Palpo 1340
con las manos abiertas
el torso de la luz de la mañana,
o una hermosa cabeza de mujer;
y volviendo las palmas hacia arriba
recibo varias gotas de la lluvia 1345
y las miro, una a una,
a través de esa lupa poderosa
llamada la esperanza y que revela
que no hay nada en ninguna
más que su semejanza con las lágrimas. 1350
Y busco y busco, sobre todo allí
donde debía yo de estar si no recuerdo mal
antes de mi extravío;
en donde tan a gusto me sentía
que podía dormir tranquilamente 1355
conmigo mismo al lado
pero no con mi cuerpo
sino en otro tan bello
que por su gran belleza ya no puedo
apartarme de estos lugares ni esta isla 1360
a pesar de que sé que está vacío
el hoyo donde estuvo mi tesoro.
(La palabra tesoro
recuerda lo que soy: cuento perdido.)
Porque es muy triste que le ocurra a uno 1365
lo que a la sombra de ese
cabello femenino suelto al viento:
reclinarse,
lleno de gozo ahora entre sus pechos
y a poco por un aire incomprensible, 1370

y por la volubilidad del sol, sentirse
dificilmente sostenido apenas,
en un hombro, chocar con la clavícula
o retornar a la mata de pelo
donde todo cabello es un anónimo, 1375
sin saber dónde está.

Todo porque salió fuera de sí
y se entregó a la luz y sus mudanzas.
Y es que a veces
uno querría saber en dónde está 1380
y estar tranquilo, sin sufrir ya más
las tristes consecuencias
que tanto me recuerdan las mareas,
de haber dado lo poco que se tiene.
Y estar en algún sitio, estar; estar 1385
aunque fuese instalado
cómodamente en un sillón
igual que en un crepúsculo con plumas,
hablando entre sorbo y sorbo
de algún aperitivo sin pasado 1390
hecho todo de fechas exprimidas,
con aquella mujer
que suele viajar en coche verde,
y confundirse así con primaveras.
Y que tiene unos ojos 1395
tan de bondad que creo que aun podría
darme razón de donde estoy, sí, darme
razón de mí. ¡Dios se lo pague!

[11]

MUERTE DEL SUEÑO

Nunca se entiende un sueño
más que cuando se quiere a un ser humano, 1400
despacio, muy despacio,
y sin mucha esperanza.

Por ti he sabido yo cómo era el rostro
de un sueño: sólo ojos.
La cara de los sueños 1405
mirada pura es, viene derecha,
diciendo: “A ti te escojo, a ti, entre todos”
como lo dice el rayo o la fortuna.
Un sueño me eligió desde sus ojos,
que me parecerán siempre los tuyos. 1410

Por ti supe también
cómo se peina un sueño.

Con qué cuidado parte sus cabellos
con una raya que recuerda
a la estela que traza sobre el agua 1415
la luna primeriza del estío.
Mi mano, o una sombra de mi mano,
o acaso ni una sombra,
la memoria, tan sólo, de mi mano
jamás acarció una cabellera 1420
tan lenta y tan profunda
como la de ese sueño que me diste.
En el pelo, en el pelo de tu sueño
fueron mis pensamientos enredándose,
entrando poco a poco, y se han perdido 1425
tan voluntariamente en él que nunca
los quiero rescatar: su gloria es ésa.
Que estén allí, que duermas
sobre las despeinadas
memorias que mi alma te ha dejado, 1430
entretejidas en su cabellera.
Por ti he cogido a un sueño de las manos.
Por ti mi mano de mortal materia,
ha tocado los dedos
tan trémulos, tan vagos, 1435
como sombras de chopos en el agua,
con los que un sueño roza al mundo
sin que apenas lo sienta
nadie más que la frente consagrada.
Por ti he cogido un sueño de las manos, 1440
o de las que parecen manos, alas.
Las he tenido entre las mías,
un año y otro año y otro año,
como se tienen las de un ser que va a marcharse,
fingiendo que es para decirle adiós, 1445
pero con tal ternura al estrecharlas,
que renuncia a su fuga y nuestro tacto,
de adiós se nos trasmuta en bienvenida.
Por ti aprendí el lenguaje
tan breve y misterioso de los sueños. 1450
Cabría en el cristal
de una gota de agua.
Está hecho de dos letras cuyos trazos
aluden con su recta y con su curva
a la humana pareja, hombre y mujer. 1455
“Sí” dice, sólo “sí”.
Los sueños nunca dicen otra cosa.
Nos dicen “si” o se callan en la muerte.

Por ti he sabido cómo andan los sueños.
Llevan los pies desnudos 1460

y parecen más altos todavía.
El alma por que cruzan se nos queda
como la playa que primero halló
Venus al pisar la tierra, concediéndole
las indelebles señas de su mito: 1465
las huellas de los dioses no se borran.
Entre el vasto rumor de los tacones,
que surcan las ciudades colosales,
mi oído a veces percibe
un rumor leve como de hoja seca, 1470
o de planta desnuda: es que te acercas,
por las celestes avenidas solas,
es que vienes a mí, desde mi sueño.

He sabido por ti de qué color
es la sangre de un sueño. Yo la he visto 1475
cuando un día le abriste tú las venas
escapar dulcemente, sin prisa, como el día
más hermoso de abril, que no quisiera
morirse tan temprano y se desangra,
despacio, triste, recordando 1480
la dicha de su vida:
su aurora, su mañana, sin rescata.

Por ti he asistido, porque lo quisiste,
al morirse de un sueño.
Poco a poco se muere 1485
como agoniza el campo en el regazo
crepuscular, por orden de la altura.
Primero, lo que estaba al ras de tierra,
la hierba, la primer oscurecida;
luego, en el árbol, las cimeras hojas, 1490
donde la luz, temblando se resiste,
y al fin el cielo todo, lo supremo.
Los sueños siempre empiezan a morirse
por los pies que no quieren ya llevarlos.
Como el cielo de un sueño está en sus ojos 1495
lo último que se apaga es su mirada.

Y por tu he visto lo que nunca viera:
el cadáver de un sueño.
Lo veo, día a día, al levantarme, aquí, en mi cara.
(Has vuelto tu mirar hacia otro rostro.) 1500
Me lo siento en las manos,
enormes fosas llenas de su falta.
Está yacente: tumba le es mi pecho.
Me resuena en los pasos
que van, como viviendo, hacia mi muerte. 1505
Ya sé el secreto último:

el cadáver de un sueño es carne viva,
es un hombre de pie, que tuvo un sueño,
y alguien se lo mató. Que vive finge.
Pero ya, antes de ser su propio muerto, 1510
está siendo el cadáver de un sueño.
Por ti sabré, quizá, cómo viviendo
se resucita aún, entre los muertos.

[12]

[Perdóname si tardo algunos años]

Perdóname si tarde algunos años
todavía en dejarte. 1515

Aprovechando la amistad de un ala
tan parecida al viento
que dio la vuelta al mundo en unas horas
vengo de recorrer la tierra en busca
del mejor sitio para que te quedes. 1520

Probé primeramente
innumerables sombras vegetales:
la del ciprés en cuya negra losa
nuestra memoria escribe
las epitafios al mejor recuerdo; 1525
la sombra de los chopos,
que es igual que bañarse o que temblar;
la del sauce tan tristemente seca
como el esqueleto de un llanto.
Yo quería dejarte 1530
protegida del sol y sus excesos
bajo ese amor que en una sombra hay siempre,
más no encontré ninguna,
-y he probado jazmines y palmeras-
con ese temple exacto 1535
entre el calor y el frío
que es la felicidad para tu sangre.
Las sombras no nos sirven.
He probado, los lechos
de agua, de tierra o pluma, 1540
que el mundo ofrece al hombre, vivo o muerte.
Pensaba yo en un mar donde estuvieras
a lo divino, ligerísima,
flotante y distraída,
toda puro blancor, como una espuma 1545
sin pecado y sin rumbo,
jugando eternamente con su gracia
soltera y cuya edad

se hiciera y deshiciera, a cada onda.
Yo te habría podido 1550
por las tardes mirar desde un delfín.
Pero los mares
no han aprendido todavía las tibiezas
que tu cuerpo merece
por haber sido amado lentamente: 1555
son demasiado fríos, por la noche.
He recorrido playas
Buscando arenas cada vez más finas,
como el que va buscando pensamientos
más claros cada vez, de un alma a otra. 1560
Pero nadie sabrá
lo enormes que son todos
los granos de la arena, sus aristas
el daño que hacen a los cuerpos tiernos,
si no ha querido como quiero yo 1565
dejar a un ser sobre su misma dicha.
Pensé en maravillosas cuevas hondas;
Entré, pero los ojos,
a los dos días de vivir allí
se sentían heridos 1570
por la implacable claridad, por esa
luz tenebrosa y dura, luz sin sol,
sin luna, luz sin padres, sin entrañas,
tan idéntica a otra
de que vamos huyendo en esta vida 1575
porque nos quita la mejor ceguera
a fuerza de evidencia dolorosa y clara.
Y yo nunca he querido
dejarte en nada que dolor parezca.
Desesperadamente 1580
entré en los almacenes
de más pisos del mundo, preguntando
por camas, por divanes, por cojines.
Los cojines a veces,
según me han dicho, están rellenos 1585
con sobras de los sueños, con retazos
de algunas ilusiones sin empleo,
que las personas entregan
a cualquier precio, por estar tranquilas.
Por eso a ratos nos consuela tanto 1590
reclinarnos en ellos y sentimos
su blandura como una compañía.
Pero dejarte así
es como si siguieras
en donde estás todas las tardes, en tu casa, 1595
de cinco a seis, bajo ese techo blanco
en donde tu mirada

escribe sin que llegue la respuesta.
Y yo quiero dejarte
bajo techos que siempre te respondan. 1600
He mirado las manos, muchas manos.
Las manos son muy grandes y se puede
dejar a un ser entero en unas manos,
lo mismo que se deja
nuestro futuro si tenemos fe, 1605
en nombres de dos sílabas abiertas.
Pero las manos casi nunca saben
estar abiertas, siempre tienen ansia
de apresar, de cerrarse, haciendo suyo
eso que en ti no quiere ser de nadie 1610
y que igual que los campos de la nieve
a mí se me deshizo entre los dedos
pero quererlo guardar. No encontré unas
que supieran estarse, invariables,
tal como tú las quieres, todas palma, 1615
como están las llanuras para el cielo
que en ellas vive eternamente libre,
entregado a su azul.
Y además en las palmas
hay líneas extrañas 1620
que marcan rumbos y que trazan sinos,
que no entendemos bien. Y si te dejo
quiero dejarte en algo
tan terso como un lago
antes del primer viento de este mundo, 1625
donde tú sola inventes tu destino.
Unas manos conozco
donde podrías descansar a gusto,
si no fueran las mías. ¡Sí, qué sueño
entregarte a mis manos, 1630
como si fueran otras, y otro yo!
En nuestro ser mortal ya no he buscado
después lugar donde poder dejarte.
Ni siquiera en aquella coincidencia
de un pecho, de unos ojos, de unos labios, 1635
tan de color de albergue,
que en ella te solías tú dormir
con ilusión de eternidad, por techo.
Porque allí ya estuviste, en unos ojos,
en unos labios, en un pecho abiertos 1640
cuando ellos intentaban ser
el paraíso de tus ángeles
donde sus alas nunca más pidieran
otro aire en que volar.
Y como lo pidieron, ya por último 1645
pensé dejarte en un camino.

Las sendas que probé te están estrechas:
acaban siempre en cuadros de familia
cuando a las once la emisión de radio
se ha terminado y hay que ir a dormir. 1650
En los trenes ya has ido,
en los trenes nocturnos
donde dan el billete con su sueño,
y donde tú nacías,
tan bella y tan desnuda a la mañana, 1655
como la última Venus,
sobre las ondas de ese mar metálico
que es la velocidad de los expresos.
Y el adiós, el dejarte
en el andén de una estación, como otras veces, 1660
por bonitos que sean los carteles
donde anuncian los cielos de llegada,
crearía en mi pecho
el mismo error que el mes de mayo inspira:
y es que puedes volver. Y ese fatal 1665
horizonte de antes: la esperanza.
Y de los barcos ya se sabe todo
desde que traicionaron a los vientos.
Salen a fechas fijas,
dejan siempre en un puerto 1670
todo lleno de hoteles
con enormes letreros luminosos
que dicen Franklin, Monopole, Minerva,
mucho más tristes que la Vía Láctea.
Y ya no hay esperanzas de naufragios. 1675
Por eso
perdóname si tardo
todavía en dejarte y si te miro
hasta el séptimo cielo de los ojos,
atentamente, sin llorar, sereno, 1680
en busca de una estrella o de un quizá,
donde estuvieras bien. Y mientras tanto
aun seguiremos juntos,
unos minutos más, hasta las siete.

[13]

VOLVERSE SOMBRA

Estoy triste esta noche 1685
porque soy lo que soy, como los árboles
que esclavizados a su tronco sufren
tanto a los lados de las carreteras
por esas pobres vidas
que podrían matar, si hay algún choque. 1690

Estoy tan triste porque soy un hombre,
porque el hombre hace daño.
Y eso sólo se sabe
en las noches de enero como ésta, 1695
en que la nieve quita
todas sus ilusiones al futuro,
y el mundo ya sin labios
parece todo blanco, una coincidencia,
que grita fríamente esa luz cruda 1700
que nos callamos tantos años
con la complicidad de muchos besos.

Un pájaro enjaulado me lo dijo:
el daño que hace el hombre a tantos pájaros
porque su canto es dulce 1705
se llama jaula.

Una lágrima triste de agua inmóvil
me lo dijo:
el daño que hace el hombre al agua,
orgía de sí misma, bailarina de oficio, 1710
es pararla.

Entre cuatro paredes
le corta su destino y por las tardes
acude a los jardines
a hablar con sus amigas 1715
de tanta pobre muerta allí extendida
con los ojos abiertos: los estanques.

Y el daño que hace el hombre
a los seres más tiernos
que nos arrancan siempre las lágrimas 1720
porque los vemos,
tan sólo con mirarlos a los ojos
-igual que a las gacelas y a las diosas-
a ellos y a su destino al mismo tiempo
está en enamorarse. Se llama amor. 1725

Como la nieve es el confesionario
en donde la blancura,
esa indulgencia triste nos escucha
la noche entera, voy a confesarme:
nunca le robé al aire 1730
un vuelo, ni su cántico;
no he hecho daño a las aves.
Nunca metí una mano en un arroyo
por no romperle su querencia al agua.
Pero a ti te he hecho daño, te he querido. 1735

Tu hermosura empezó, yo hice lo otro:
el gran daño de amarte
que tú constantemente me perdonas.

Yo te he hecho daño. Tengo manos, míralas.
Cuando se quiere con los brazos, 1740
sus músculos fatales,
con las manos, y sus dedos duros y sus uñas,
las estrellas más cándidas se asustan:
ya no hay jazmín seguro en los jardines,
ni seno a salvo en pecho de doncella. 1745
Mis manos y mis brazos te han querido.
¡Cuántas veces mis manos
se quedaron tranquilas, en paz, puras,
saciadas de su sed por lo infinito,
tan sólo acariciándote las alas 1750
que disimulan ciertas formas tuyas!
Y fueron ya manos felices, sí, manos felices
por tu gran parecido por la luna
cuando está llena y se la ve que tiene
un matiz sonrosado, el de tu carne. 1755

Tengo unos labios. Mira. Yo recuerdo
que antes de conocerte,
es decir cuando Dios
no había separado todavía
la tierra de los mares, 1760
tú andabas por tus labios,
yo por los míos, como si anduviéramos
por dos caminos diferentes.
Deprisa tú, saltando, tan derecha
como un aliento, que jamás vacila
porque hay que respirar. (Lo que vacila 1770
está en el pecho, sí, pero a otro lado.)
Hasta que un día en que el azul estío
pareció no tener más herederos,
tus labios se olvidaron que eran tuyos
exactamente en ese punto mismo 1775
del espacio y del tiempo
en que dejé por siempre de acordarme
de que los míos eran míos.
Desde entonces
no son míos ni tuyos, son ya nuestros: 1780
y no hay para nosotros
más que un camino: el beso
que empezó aquella tarde y que termina
en una duda de si termina.
Perdóname en los labios, 1785
si es que me has perdonado ya en las manos.

Y yo tengo un amor. Sí, míralo:
si traes lo ojos con que yo te amo
y si las condiciones atmosféricas
permiten distinguir rayos de rayos, 1790
a los cinco minutos de estar juntos
acaso puedas verle
cerrándote muy bien todos los huecos
del alma por donde entran
recuerdos de mazurcas y de valeses: 1795
porque el amor que yo te ofrezco es
como una oscuridad al principio y exige
cerrar el paso a tantas luces fáciles
para encontrar la suya, en las entrañas.
Tengo, tuve un amor. Y eso no es culpa 1800
Tuya, ni mía ni de nadie.
¿A quién podría echársele
la culpa de la sangre
por las venas oscuras o de esa
palabra que inventamos entre sueños? 1805
Y como no hay amor ni ave que puedan
estar de vuelo siempre,
y toda ala de querer o pájaro
necesita posarse, te hice sufrir.
Por la misma razón que muchos pájaros 1810
hacen sufrir a alguna rama
mi amor se fue a posar en una fecha
que por curioso azar, tan inocente
como es el sino de la golondrina,
fue la misma en que tú 1815
pusiste entre mis ojos y tu alma
la forma con que el mundo te distingue
de entre todas las otras fantasías
que quieren parecerse a ti, y fracasan.
Y por eso empezó el terrible daño 1820
que hacen las manos y los labios
sobre todo las almas, cuando piden
amor y amor, a un día y a otro día:
necesitadas almas, como ojos
que al abrirse, mañana tras mañana 1825
si no está allí a luz lloran de pena.
Ese daño que abril hace sufrir
a los jardines por la sed que tiene
de encontrar otra rosa entre las rosas.
Conocido dolor 1830
que tanto nos fatigo
cuando ya son las once
y se quiere dormir en paz, tranquilos,
aunque sea en almohadas vacías
que no autorizan a esperar la aurora 1835

tan confiadamente
como cuando se duerme
en la marea alta de algún pecho.
Perdóname en mi alma que te quiso,
si ya me perdonaste manos, labios. 1840
Y ahora, después de confesarla tanto
he cogido la nieve
y la he visto morir, de mi calor
la prematura muerte que a la nieve
salva de la desgracia. Pero antes 1845
al borde ya de su ascensión al agua,
me dio un consejo y tengo que seguirle,
porque es de agonizante, es decir claro:
volverme sombra.
Volverse sombra es dulce para todos 1850
los que han llorado por quererse tanto
al borde de un arroyo o en un coche.
Es dulce para el cuerpo suicida
que se deshace porque nazca ella.
Las manos de la sombra 1855
pueden llamarse así, manos, tan sólo
porque acarician
con el tacto sin daño que jamás
aprendieron las almas corporales.
Las almas de las sombras 1860
lo único ya que piden a lo amado
es irlo acompañando
tan delicadamente
que ya no duele nunca
estar solo o no estarlo, 1865
y es porque no se sabe si lo estamos.
Su claro privilegio
es romper soledades en los labios
con que el amor las quiebra, nuevo beso.
Volverme sombra, sí, 1870
porque la sombra no hace nunca daño.
O hace ese daño apenas perceptible,
hermano en su dulzura de los céfiros,
recordar, recordar sombras de sombras,
echar de menos lo que hacía daño, 1875
y amar el dolor que nos hicimos,
y que ahora ya se llama de otro modo.
Y por eso no llores, si algún día
a la hora de la cita a que acudimos
con la puntualidad de lo astronómico, 1880
en esa calle tan dorada siempre
por el derroche de oro del anuncio,
sientes, en vez del beso,
una aparente soledad y el trémulo

saludo que inclinándose 1885
hacen sombras por el aire
a aquello que han amado antes de serlo.

[14]

LA MEMORIA EN LAS MANOS

Hoy son las manos la memoria.
El alma no se acuerda, está dolida
de tanto recordar. Pero en las manos 1890
queda el recuerdo de lo que han tenido.

Recuerdo de una piedra
que hubo junto a un arroyo
y que cogimos distraídamente
sin darnos cuenta de nuestra ventura. 1895
Pero su peso áspero,
sentir nos hace que por fin cogimos
el fruto más hermoso de los tiempos.
A tiempo sabe
el peso de una piedra entre las manos. 1900
En una piedra está
la paciencia del mundo, madurada despacio.
Incalculable suma
de días y noches, sol y agua
la que costó esta forma torpe y dura 1905
que acariciar no sabe y acompaña
tan sólo con su peso, oscuramente.
Se estuvo siempre quieta,
sin buscar, encerrada,
en una voluntad densa y constante 1910
de no volar como la mariposa,
de no ser bella, como el lirio,
para salvar de envidias su pureza.
¡Cuántos esbeltos lirios, cuántas gráciles
libélulas se han muerto, allí, a su lado 1915
por correr tanto hacia la primavera!
Ella supo esperar sin pedir nada
más que la eternidad de su ser puro.
Por renunciar al pétalo, y al vuelo,
está viva y me enseña 1920
que un amor debe estarse quizá quieto, muy quieto,
soltar las falsas alas de la prisa,
y derrotar así su propia muerte.

También recuerdan ellas, mis manos,
haber tenido una cabeza amada entre sus palmas. 1925
Nada más misterioso en este mundo.

Los dedos recorren los cabellos
lentamente, uno a uno, como hojas
de calendario: son recuerdos
de otros tantos, también innumerables 1930
días felices,
dóciles al amor que los revive.
Pero al palpar la forma inexorable
que detrás de la carne nos resiste
las palmas ya se quedan ciegas. 1935
No son caricias, no, lo que repiten
pasando y repasando sobre el hueso:
son preguntas sin fin, son infinitas
angustias hechas tactos ardorosos.
Y nada les contesta: una sospecha 1940
de que todo se escapa y se nos huye
cuando entre nuestras manos lo oprimimos
nos sube el calor de aquella frente.
La cabeza se entrega. ¿Es la entrega absoluta?
El peso en nuestras manos lo insinúa, 1945
los dedos se lo creen,
y quieren convencerse: palpan, palpan.
Pero una voz oscura tras a frente,
-¿nuestra frente o la suya?-
nos dice que el misterio más lejano, 1950
porque está allí tan cerca, no se toca
con la carne mortal con que buscamos
allí, en la punta de los dedos,
la presencia invisible.
Teniendo una cabeza así cogida 1955
nada se sabe, nada,
sino que está el futuro decidiendo
o nuestra vida o nuestra muerte,
tras esas pobres manos engañadas
por la hermosura de lo que sostienen. 1960
Entre unas manos ciegas
que no pueden saber. Cuya fe única
está en ser buenas, en hacer caricias
sin cansarse, por ver si así se ganan
cuando ya la cabeza amada vuelva
a vivir otra vez sobre sus hombros, 1965
y parezca que nada les queda entre las palmas,
el triunfo de no estar nunca vacías.

[15]

LOS PUENTES

¿Qué habría sido de nosotros, di,
si no existieran puentes? 1970

Pero hay puentes, hay puentes. ¿Los recuerdas?

Nada mejor para pasar las noches
sin algas, en que enero
escribe cartas a la primavera
con niveos alfabetos sobre el mundo, 1975
que abrirse la memoria, el viejo álbum
que lleva en casa varios años
puesto sobre la mesa de la sala
para que se entretengan las visitas.
Voy a abrirlo. 1980
Y como estás dormida y estás lejos
lo podemos mirar sin esa prisa
que tiembla en tu mirada cuando vienes.
Lo podremos mirar, sí, con los ojos
que tú te quitas siempre y que me entregas, 1985
cuando vas a dormir, como sortijas,
para que yo los guarde y no esté ciego.
(Tus ojos son más míos cuando duermes
porque miran a nada o a los sueños,
y yo soy ese sueño, o nada, tuyo.) 1990
Y hoja por hoja,
sin miedo a que se escape tu mirada
con algún dios que cuza por la esquina,
iremos, yo, tus ojos y yo, mientras descansas,
bajo los tersos párpados vacíos, 1995
a cazar puentes, puentes como liebres,
por los campos del tiempo que vivimos.
No puede haber un puente
tan breve como éste,
que es el primero que encontramos: tú. 2000
¿Recuerdas cuántas veces
lo hemos cruzado?
Por lejos que se esté si digo: “tú”,
si dice: “tú”, se pasa invariablemente,
de mí a ti, de ti a mí. 2005
Se pasa
sin sentirlo las alas,
y de pronto me encuentro
en el lugar más bello de tu orilla
a la sombra que me hace siempre el alma 2010
cuyo tierno ramaje inmarcesible
son tus miradas, cuando a mí me miran.
Millones de palabras nos apartan,
nombres propios o verbos,
y hablar de lo demás es siempre un río 2015
que aumenta las distancias de este mundo,
hasta que sin querer se dice: “tú.”
“Tú”, la palabra sola

por donde un gran amor puede pasar
a las islas felices, 2020
seguro, con su séquito
de caballos alegres y corales.
En el álbum conservo
por si algún día te mueres y lo olvidas,
en la página ciento veintidós 2025
y nítida, la estampa
del primer puente o “tú” que nos dijimos.
Sigamos, sí, pasando hojas. Mira:
este es un puente largo, es de cristales;
se labra, sobre todo, por las noches. 2030
Hay lágrimas que no se pierden nunca
mejilla abajo, en los pañuelos
con que inocentemente pretendemos
contarles su querencia. Su querencia
se cumple: lo que quieren es unir. 3035
Y nunca que se llora se está lejos.
O tu llanto o mi llanto
sobre las soledades se han tendido
uniendo las distancias
que abren la lógica y las risas 2040
tan peligrosamente
que de no haber sabido llorar bien
junto a helechos minúsculos,
ahora tú y yo estaríamos
separados contentos, y mirándonos 2045
en esas sensateces como espejos,
cuadradas y evidentes, que intentamos
entregarnos un día, al despedirnos.
Lo que nunca he podido averiguar
aunque he hecho muchos cálculos en láminas 2050
de lagos, con las plumas de los cisnes
es el número
necesario de lágrimas
para poder pasar sin miedo alguno
donde queremos ir. Acaso baste 2055
como bastó una tarde de noviembre,
que está en el álbum, poco más allá,
con que tus ojos tiemblen,
tiemblen humedecidos, sin llorar.
Permíteme también que te recuerde 2060
tu verde pitillera,
sus cigarros y la breve máquina
de plata en que trasmite
después de tantos siglos afanosos
su ambiciosa tarea Prometeo 2065
a unos esbeltos dedos de mujer.
Quizá no sepas, joven todavía,

que el humo lleva siempre a alguna parte
donde se quiere estar
si se le pisa con los pies debidos. 2070
Y que tú, a veces, cuando en los divanes
con que la tarde amuebla las ausencias,
tan sin bulto te tiendes como luz,
y das principio a un humo con tus labios,
te has quedado de pronto tan vacía 2075
ya tan fuera de ti, que es necesario
suponer la existencia de algún puente
gris, azul, pero siempre caprichoso
por donde te encaminas hacia mí.
Por eso luego están los ceniceros 2080
llenos de ruinas, como el recordar.
Y ya no quiero
cansarte más, el álbum
suele cansar. Te enseñaré, lo último,
la esfera de un reló, toda ella puentes. 2085
Como pasamos juntos
un día entero sin pecado alguno,
ningún minuto nos separa ya.
Escoge, busca, entre las veinticuatro
cruces separadoras de los hombres, 2090
una que no nos haya unido, una.
Busca
en las horas de invierno
cuando a las cuatro era de noche
y cantaban los tés en las teteras: 2095
verás un puente, allí.
Busca en las horas de las vacaciones,
las matinales, en las cándidas auroras
que de puro blancor avergonzaron
a las tristes censuras de la noche 2100
apagando su voz. Y nos encontrarás.
Escruta los rincones
más raros, en el tiempo;
las tres y cinco de la madrugada,
cuando se paran todos los rencores 2105
ante dos cuerpos que enlazados duermen;
las doce, tan redondas, del estío,
las seis y veinte, la una y treinta y dos:
todas han sido puentes y conservan
las huellas que imprimimos, su gran honra. 2110
Si por unas pasaste
toda hacia mí en los labios
sacrificándome tu cuerpo
para que se lograra lo inmortal,
por otras has cruzado, 2115
sin sentirlo tú misma, cuando yo

velaba tu misterio adormecido.
Todas las horas fueron y vinieron
de ti a mí, de mí a ti.
Y cuando vayas por el mundo sola 2120
y veas los relojes de estaciones
donde tanto se cuenta ir y venir,
o cuando tu muñeca se descña
el recuerdo mejor que yo te di,
comprenderás que por cualquiera hora 2125
podemos encontrar lo que buscábamos:
el amor y las horas por venir.

No hay más estampas.
Cerremos la memoria.
Y cuando te despierte 2130
y yo vuelva a colocar los ojos
allí, donde ellos me enseñaron a mirar,
te hablaré en voz muy baja de otro puente,
por si acaso tú quieres.
Porque queda otro y otro y otro, aún. 2135

[16]

[Como ya no me quieres desde ayer]

Como ya no me quieres desde ayer,
la memoria esta noche,
igual que mano torpe
toda llena de ruedas diminutas,
cuando quiere arreglar algún reló, 2140
revisa los recuerdos
de cosas que yo hice
por ganarme tu amor, y fracasaron.
Te he dado el fuego, sí.
Era un salón en donde varias gentes 2145
disimuladas tras los antifaces
que los rostros se ponen en los rostros
en cuanto que se encuentran dos personas,
decían unas frases
tan refinadas sobre el mundo 2150
que el suelo se quedó todo sembrado
de menudos cristales o esperanzas.
Y como lo sabían todo, todo,
gracias
a los trajes de moda, a las ideas, 2155
y a la complicación de los cócteles,
las almas más desnudas que allí había
corrieron a esconderse
al último rincón con la vergüenza

de mariposas de un estilo viejo. 2160
Entonces tú miraste
alrededor desesperada, en busca
de una nube o de un humo
que abrigara tu fuga hacia la fe.
Y yo que me enteré por un espejo 2165
Que vino a susurrármelo al oído,
Acercándome a ti, que sostenías
en dedos temblorosos un cilindro
donde estaban escritas misteriosas
palabras, como “Abdulla” o “Phillip Morris”, 2170
te dije con el aire indiferente
en que toda tragedia se eterniza:
“Quiere usted lumbre?” Y te encendí el cigarro,
en cua nube de humo fuiste al cielo.
¿Cómo olvidar que yo te he dado fuego? 2175

También te di una tarde casi nada.
Estábamos callándonos, sentados
junto al lago de plata: Y unas sombras
de vuelos de aves altas, por el agua
cruzándose con luces que volaban 2180
también desde unos ojos a otros ojos
proyectando futuros, nos tejieron
en el aire de octubre, como hilos,
una trama, tan leve, que de puro
sutil resistiría 2185
a la mortalidad y a sus intentos,
igual que se resiste el incorpóreo
tejido celestial, obra de ángeles.
(El aire nunca muere, no lo olvides.)
Y entonces yo corrí 2190
a una gruta que es toda estalactitas
y te compré un pañuelo cuyo encaje
fuese tan parecido a aquello que veíamos,
como lo es nuestra vida
en que imposible amor con imposible 2195
amor se cruzan, anudando siempre
las noches a los días,
sin que nadie lo note, por el aire.
Te regalé un pañuelo
casi tan liberado de materia 2200
que si alguna vez lloras
sobre un fondo de nieve y hojas secas,
nunca acepta las lágrimas
y no permite huella,
por ser tan casi nada, a las angustias. 2205
¿No pesa ya ese lienzo en tu memoria?

Otra tarde sentiste la inminencia
ya de la primavera que venía
en rápidos trineos, marzo abajo,
a las tiendas de flores a exhibirse 2210
y a algunos pechos donde no la vieran.
¡Y no tenías tú dónde ponerla!
Me mandaste un aviso por telégrafo
diciéndome: “Qué haré con tanta luz,
con tantas flechas y con tantos mayos, 2215
que se vienen derechos a mí,
y que ya no me caben en el pecho,
porque ya está muy lleno con lo tuyo?”
Y o te ofrecí cristal sin forma,
agua, cristal o luz, no sé qué era, 2220
y tú, jugando con los dedos
de pronto te encontraste con un vaso
ancho y abierto, en donde te cabría
casi lo mismo que en un pecho humano.
Por eso 2225
hoy estás tan tranquila, allí en tu casa,
descansando los ojos
en verdes, en azules, amarillos,
que el cristal te recoge: primavera
ya, tan sin duda, tuya, 2230
que cuando tú la miras
te parece que a ti te estás mirando
y que tienes el alma, antes dudosa
de poder sujetarse,
además de en tu pecho, en un cristal, 2235
representada en rosa o alelí,
y por siempre segura de su sitio.

También te acordarás de aquella tarde
en que sentiste un fío repentino,
aunque estábamos juntos, 2240
por la Sexta Avenida.
Tomamos ascensores rapidísimos
como un alma que va derecha al cielo.
Pero todas las camas o las nubes
que había en el camino estaban ya 2245
ocupadas por ángeles durmientes
o por espectros de Abelardos y Eloísas.
Y entonces yo no tuve más remedio
que ofrecerte
todo lo que un ser lleva 2250
en sí para que en ello se repose
el otro ser cansado: una promesa
firme y horizontal donde nos cabe
mejor que en el lecho alguno todo el cuerpo.

Y ese calor que baja 2255
desde los ojos sin cesar,
cuando se mira al ser que más queremos
y se le abriga tan maternalmente
cual si fuera una carne que comienza.
Y te estuve arropando, 2260
toda la noche fría, con miradas
que tú nunca sentiste
mas que como una ausencia, ya del viento
y de la soledad que te angustiaron.
Y las has olvidado, porque nadie, 2265
con una ingratitud común a todos,
se acuerda a la mañana
de las telas que el cuerpo nos guardaron,
ni de los ojos que mientras se duerme
nos miran y nos miran anhelando 2270
salvarnos de los fríos más futuros.

[17]

[De entre todas las cosas verticales]

De entre todas las cosas verticales
en que el mundo revela
su parecido con la llama, anhelo
de vivir hacia arriba o no vivir, 2275
lo que yo ahora te ofrezco a la memoria
no son los delicados rascacielos
con túnicas a cuadros,
de luz y sombra, por la noche, coro
de lánguidos y esbeltos Arlequines 2280
en el aire ambicioso de Maniatan.
No son las almas de pasadas ninfas
que a su inmortalidad han ascendido,
por fin, en los jardines disfrazándose
de surtidores, y que en estos cuerpos 2285
nuevos y de cristal, ya traspasaron
las leyes de la carne y su fatiga
y eternizan la danza contra el tiempo
dando envidia a las flores que se cansan.
No las metálicas escalas 2290
por donde suben bajo cascos épicos
los caprichos, vestidos de bomberos,
a salvar en el piso veinticuatro
de la más alta casa de muñecas
a algún alma cansada, 2295
que se ha quedado allí
dormida por descuido, y sin salida.
Ni es la palmera, ni es

la verticalidad que más nos duele,
la de estar solos, solos, solos, solos. 2300
Rectos como los faros, apagados.
Porque la soledad es la absoluta,
vertical, ya sin luz, sin hojas, de este mundo.
No. Lo que te recuerdo
son dos voces. Dos voces, una noche, 2305
de dos seres tendidos,
allí, en la misma cama.
Y hablaron: y sus cuerpos,
los derribados troncos
de donde ellas nacían, 2310
seguían boca arriba, separados,
sin volverse uno a otro,
por no alterar la vertical pureza
de su paralelismo por el aire
oscuro de las tres de la mañana. 2315
Se hablaban, sin mirarse,
como si aún estuvieran
inmensamente aparte, distanciados.
Los ojos esperaban,
ya todos preparados a su gozo, 2320
si una luz encendía alguna mano:
mas nadie la encendió, los dos siguieron,
prefiriendo no verse.
Los labios y los brazos
en el umbral temblaban 2325
del hermoso camino violento
que el cuerpo sigue tantas veces.
Y ninguno besó. La forma última
del amor, esa noche
era estarse muy quietos, en lo oscuro, 2330
para fingir que ya tan sólo
dos limpias voces, puras, paralelas,
quedaban de sus vidas, de sus ansias.
Habitantes, por fin, del paraíso
donde sin pena o condición de carne, 2335
de color o de nombre, de fecha o de sollozo,
las voces verticales
de los que tanto amaron torpemente,
echados, sobre el mundo,
puestas en pie, derechas 2340
igual que llamas de su propio lumbre
traspasan las mortales fronteras
que se sí mismas arden, silenciosas,
se dicen lo que tienen que decirse
sin encender las luces de sus cuerpos. 2345

ADIÓS CON VARIACIONES

¡Qué lástima, qué lástima, qué lástima
que el diván donde estaba reclinado
tu cuerpo serenísimo,
lo mismo que una tarde en su horizonte,
fuese de aquel color azul unánime! 2350
Ah, si hubiese tenido
su tela con dibujos geométricos,
que nos marcarán normas, o un sembrado
de leves florecillas de colores,
para calmar el ansia de jardines, 2355
sin tener que llorar, las cuatro y media
no habrían sido lo que fueron: todo,
la muerte del reló y las estaciones.
Y llamando algún coche
hubiésemos salido, entre la nieve, 2360
a buscar maniqués, a encargarnos
un buen amor de invierno a la medida.
Pero la tela azul, azul, azul,
te dio un color de eternidad, infinita.
Y yo me figuré que en aquel fondo 2365
nunca te moverías de ti misma.

¡Qué lástima
que no salieras de aquel cuarto
—donde asombrosamente, en diez minutos,
se trasmutó el carbon en un diamante 2370
que siempre llevarás en la sortija—,
como te es natural —tú, maravilla—
rompiendo el techo por algún milagro,
y toda deshaciéndote hacia arriba;
o al revés, arrojándote 2375
de aquel piso cuarenta,
disfrazada de carta con la letra
muy menuda, y que baja tan despacio
que cuando llega al suelo está blanquísima
y se deja su historia por los aires 2380
para que aprendan a cantar los pájaros.
¡Qué error, irte en tus pasos,
por el corredor hondo, y aceptando,
costumbre secular, la puerta estrecha;
mientras que yo miraba 2385
reducirse tu cuerpo al alejarse
sin verlo, reflejado en el espejo,
diminutivo, con su marco de agua,
colgado encima de la chimenea!
¿Por qué te vi marchar así, menguando? 2390

Se estrechaba tu pecho, ya imposible
que en él vivieran dos, y la mirada
al volvésete el rostro tan menudo,
se te quedó en el aire, sostenida
en dos alas de lágrimas. 2395
Al revés que la rosa,
te marchaste cerrándote —agonía
en un convexo azogue—, desviviendo
tu hermosa vida a cada nuevo paso.
Sin más razones que las de la tarde 2400
cuando se va la luz, por los eneros,
que eran las cinco y cuarto
y que en otro hemisferio te esperaban.
Yo te espero también. Se resucita
siempre en el mismo espejo 2405
donde se ha muerto. Pasaré los años
yendo de los azogues a los lagos,
por si acaso te cansas
de ser, día tras día, tu recuerdo.

¡Y qué lástima, sí, cuando yo pienso 2410
en aquel baile hondo
en aquel piso nueve, bajo tierra
—el cabaret más nuevo—,
y en nuestro vals, tan lejos de la vida,
en nuestro lento vals 2415
al nivel riguroso de los muertos!
¡Qué lástima
que te cansaras de bailar conmigo
precisamente cuando alboreaba
en las altas arañas, junto al techo, 2420
en nidos de cristal el ave nueva
que iba a volar al cielo
en busca de las órdenes que aguardas!
Pero estabas cansada. Lo comprendo.
Habíamos bailado siete días 2425
aquel vals lento, mucho más que lento,
entendiéndonos sólo por los ojos,
y con los antifaces siempre puestos.
Por fin llegó mi voz, para invitarte,
e inclinándome al modo 2430
de un viejo frac romántico,
con su presagio de cadáver dentro,
te susurré, a las tres de la mañana:
“¿Podríamos bailar quizá este baile?
Baja desde las tubas de los ángeles, 2435
por su tiempo se cuenta, y no lo tienen.
Durará un poco más de lo que sueles
bailar con las orquestas

de soledades o de ruiseñores.
Hay que bailar todo. 2440
Nos quedaremos solos,
en este gran salón color de almendra,
dando vueltas y vueltas
como un mundo los dos, un mundo solo
sobre su amor girando 2445
conforme aquella ley que descubrimos
una tarde de estío en dos miradas.
Y es muy posible que antes que la música
angelical se calle en los clarines
que recorren los cielos sobre plumas, 2450
alguien, al ver que no nos separamos,
nos salve y diga, colocándonos
entre inmortalidades o cipreses:
'Bailaban bien, no se soltaron nunca,
y estrechados llegaron hasta aquí.' 2455
("Último aquí del hombre: su esqueleto.")
No aceptaste; cansada. Te di el brazo.
Y aunque tan hondo estábamos,
bajamos escaleras,
que no se recordaba haber subido, 2460
porque sus escalones eran de aire,
de tardes, de delicias; y el amor
sólo sabe la altura a que vivía
cuando la ha de bajar, y cuando cuenta
cada peldaño que llevaba al gozo 2465
con cifras de cristal
que tibiamente caen por las mejillas.
Esperaba en la puerta de la noche
el coche de unicornios
a llevar nuestros cuerpos a tu casa. 2470
Te subí en brazos, a la torre alta
y por no hacerte daño,
para dejarte sin que nos doliera,
muy poco a poco me quité las manos,
y con algo que dura más que ellas 2475
y siempre te querrá, te eché en tu playa,
en las sábanas blancas.
Y al ver cómo tus ojos se cerraban
comprendí lo inminente:
que el mar iba a volver por lo que es suyo. 2480
Y que aunque las auroras de este mundo
sigan acaso siendo tan diarias,
hay luces que no vuelven; que un cuerpo
no amanecerá nunca tu mirada.

[19]

EL CUERPO, FABULOSO

¿Qué sería de mi si tú no fueses 2485
invisibilidad, toda imposible?

Miro tranquilo a tantos maniqués
—mitología en los escaparates
a cuyos pies las almas sin amante
rezan por un momento cuando pasan 2490
y cosechan sus sueños de la noche—,
porque tú vas vestida
con los cendales de lo nunca visto,
del color del recuerdo que te busca.

No me inquieta la luna, núbil, tierna 2495
cuando otra vez inicia su creciente
doblemente afilado
de juventud y blancura —tan agudo
que decapitará a las esperanzas
más puras de la nieve, 2500
comparando su blanco con su blanco—,
porque en ti, traslumbrada,
como no se te ve, nunca hay reflejo,
sino la luz sin par, la que rechaza
toda comparación con lo que existe. 2505

Veo tranquilamente cómo avanzan
por esos turbios cielos del periódico
las bandadas diarias de las cifras,
cotizaciones de la bolsa, diosas,
dueñas de los destinos, decidiendo 2510
que el precio de la dicha
—que está siempre en el coste del carbón,
del whisky, del canario, o de las risas
que necesitan los hogares jóvenes—
sea más accesible que otros años, 2515
o que algunas pistolas que tenían
a las seis, cinco balas,
a las seis y un segundo tengan cuatro,
en la mano de un hombre, por el suelo.
No necesito el oro, porque a ti, 2520
como no se te ve, no se te puede
comprar con más moneda
que los minutos lentos y redondos
de largas noches en que no se duerme
porque nos invadió la pena inútil 2525
de que al ponerse el sol se enciendan tantas

luces y sus colores, por el mundo
—agüeros de películas y bailes,
faros de la alegría—, tantas tantas,
menos tus ojos, frente a mí. 2530

Oigo llamar a dulces criaturas,
con esos nombres o alas por el aire:
Mirtila, Soledad, Amparo, Cándida
—en los que nada hay de ellas y son ellas,
porque los llenan gota a gota, día 2535
a día con sus vidas, claros sones
a los que ávidamente nos asimos
para no confundirlas
con su hermana, su sombra o con la nada—,
sin volverme jamás, por si eres tú. 2540

Como no se te ve, sólo te nombran
los labios de la lluvia en los oídos
eternamente sordos de los lagos,
las ruedas de los trenes cuando cruzan
los campos donde pastan las gacelas, 2545
las tentativas de los violines

o alguna boca sola que en el sueño
recuerda una palabra, entre las ruinas,
de algún idioma hundido con la Torre.
Sin el menor dolor sé ya las fugas 2550
que por los tubos de las chimeneas
mientras se toma té y se habla
de arte negro, de Einstein o del *Ulises*,
emprenden como chispas las promesas
—aquellas, las más firmes— 2555
hacia su conversión en puros astros,
después de estar un día con nosotros
diciendo: “Siempre, siempre.”

Y luego, desde arriba,
a los cinco o diez años 2560
de haber llegado nos harán sus señas
de luces por las noches,
para que nos creamos
que allí en el cielo sí pueden ser nuestras.
Tú, es decir, lo imposible, 2565
no puedes escaparte,
porque estás hecha de la misma huida.

Y te beso, te beso,
a ti, paradisiaca,
descubriéndote toda entamente 2570
como el hombre primero descubría
otro menor Edén con otra sombra,
sin temor a que mueras, o a que salgas

del eterno jardín y se te vea,
andando por las calles de la tierra, 2575
vestida de mujer a nuestro lado.
Porque tu cuerpo impar, tenso y desnudo,
nunca te hará visible. Sólo puede
en las noches nevadas
ocultarte mejor, y por un tiempo 2580
que a veces se confunde con la vida,
por lo veloz que pasa, hacerse carne,
e inventar una fábula:
que alguien crea que existe, que le estrecha,
y que es capaz de amor. Y que le ama. 2585

[20]

ERROR DE CALCULO

¡Qué solos, sí, qué púdicamente solos
estábamos allí, en el fondo del vacío
que muchos seres juntos crean siempre,
en el salon del bar de moda adonde entramos
a hablar de nuestras almas, rehuyendo 2590
con gran delicadeza
la tramoya usual
—lagos, playas, crepúsculos—
que los amantes nuevos buscan!
¡Qué solos, y qué cerca, entre la gente! 2595
Perfecta intimidad, exenta de romanzas,
de cisnes e ilusiones,
sin más paisaje al fondo
que el arco iris de las botellas de licores
y la lluvia menuda 2600
de frases ingeniosas —salida de teatro—
con que corbatas blancas y descotes, de once a
asesinan despacio un día más. [doce,
Distantes, un poco distantes,
entre nosotros la circunferencia de la mesa 2605
se interpone, cual símbolo del mundo
a cuyos dos lados estamos
fatalmente apartados,
y por eso, viviendo
el amor que hay más fuerte 2610
sobre la tierra: un gran amor de antípodas.
Por mutuo acuerdo
para no tropezar en rimas fáciles,
apartamos los ojos de los ojos:
tú mirando a tu taza, y a su abismo 2615
—producto del Brasil, y sin azúcar—,

como a un futuro
que es imposible ver más claro por ahora,
y que quizá te quite el sueño; yo, a mi vaso
en donde las burbujas 2620
trasparentes, redondas, de la soda
me ofrecen grandes cantidades
de esperanzas en miniatura,
que absorbo a tragos lentos.

¡Y hablar, hablar así en esa perfecta 2625
forma de unión en que la simulada indiferencia
acerca más que abrazo o beso,
de nuestra vida y de su gran proyecto en el vacío
—estepas, mar, eternidad,
porvenir sin confines ni señales— 2630
como quien planea un viaje
por una tierra ya toda explorada,
con horarios de trenes y mapas a la vista,
procurando llenar día tras noche
con nombres de ciudades y de hoteles. 2635
Hablar de nuestras almas, de su gran agonía,
como se habla de un negocio,
con las inteligencias afiladas,
huyendo de la selva virgen donde vivimos
en busca de ese sólido asfalto de los cálculos, 2640
de las cifras exactas, inventores
de una aritmética de almas que nos salve
de todo error futuro: enamorarnos
de otra nube, sembrar en el desierto
o acostarse en la verde pradera sonriente 2645
de alguna muerte prematura.
Cualquiera de esos riesgos
que podría arruinarnos,
como arruina una tarde o una carta
a cinco años 2650
si no se la prevé y se suprime
con un eclipse o dejándola cerrada.

Tú decías, mirando en el vacío,
muy despacio: “Sí, sí, si calculamos
que mi alma puede resistir un peso 2655
de treinta días cada mes, o al menos
de siete días por semana, entonces...”
(Los camareros cruzan, tan vestidos de blanco
sobre el piso brillante y azulado
que sin querer me acuerdo 2660
del lago y de los cisnes de que huimos.)
Y te escucho los cálculos
con dedos impacientes por un lápiz

con que apuntarme sobre el corazón
en el terso blancor de la pechera 2665
o en un papel casual, si no,
las cifras esas cuya suma
si es que contamos bien tiene que ser
la eternidad, o poco menos.
Seguimos sin mirarnos. Miro al techo. 2670
Y quebrando de pronto nuestro pacto,
por orden superior, siento
que si no hay pronto un cielo en que amanezca
no cumpliré más años en tu vida.
¡Un cielo, un cielo, un cielo! 2675
Sólo en un cielo puedo
escribir el balance de tu amor junto al mío:
las demás superficies no me sirven.
Y el camarero —tú, que se lo mandas—
enciende allí en el techo una alba eléctrica 2680
donde caben las cuentas enteras del destino.
Yo digo: “No sería mejor...” Otro proyecto,
sus suspiros o ceros, se inicia por el aire
tan semejante a las volutas débiles
del humo del cigarro tuyo que ya no sé 2685
si es que yo invento yo o que tú lo expiras.
Otra vez me extravió:

(De una mesa de al lado se levanta
una pareja; son Venus y Apolo
con disfraz de Abelardo y Eloísa, 2690
y para másdisimular vestidos
al modo de Paris. Se van hablando
de vos como en los dramas.
Pasan junto a un espejo y en el mundo
se ven dos más, dos más, dos más. De pronto 2695
se me figura, todo alucinado,
que podríamos ser una pareja
tú y yo, si tú y si yo... Voy recordando
igual que el que anticipa lo que quiere,
que allá, en el paraíso, 2700
hubo otros dos, primero, que empezamos
separados o juntos, tú y yo, todos
por ser una pareja; y este insólito
descubrimiento me hace
agachar la cabeza porque siento 2705
que voy a darme con el techo antiguo:
con nuestros padres.)
Tú, a mi lado,
me llamas. Vuelvo al cálculo: “Decía
que si en vez de esperarme en la estación 2710
o en la esquina

de la Sexta Avenida, me esperases
dentro de alguna concha o del olvido,
podríamos ir juntos a la bolsa
en donde los fantasmas azulados 2715
de los días futuros,
los acaparadores de las dichas,
cotizan los destinos, y jugar,
comprando las acciones más seguras.
Si juntamos tú y yo los capitales 2720
que hemos atesorado
a fuerza de sumandos extrañísimos:
sortijas, discos, lágrimas y sellos,
podríamos tener entre los dos,
sin reservarnos nada para nuestra vejez, 2725
dándolo todo...” Hay una pausa.
Ninguno de los dos nos atrevemos
a aventurar la cifra deseada
ni el sí que comprometa. Un mundo tiembla
de inminencia en el fondo de las almas, 2730
como temblaba el mar frente a Balboa
la víspera de verlo. Nos miramos, por fin.
Un ángel entra por la puerta rotatoria
todo enredado con sus propias alas,
y rompiéndose plumas, torpemente. 2735
Ángel de anunciación. Lo incalculable
se nos posa en las frentes y nosotros
lo recibimos, mano en mano, de rodillas.
No hay nada más que hablar. Está ya todo
tan decidido cual la flecha cuando empieza. 2740
Subimos la escalera: ella nos dice,
con gran asombro nuestro,
que todo eso pasó en un subterráneo,
como las religiones que se inician.
Afuera hay una calle igual que antes, 2745
y unos taxis que aguardan a sus cuerpos.
Y pagando su óbolo a Caronte
entramos en la barca
que surca la laguna de la noche
sin prisa. Al otro lado 2750
una alcoba, en la costa de la muerte,
nos abrirá el gran hueco
donde todos los cálculos se abisman.

[21]

LA FALSA COMPAÑERA

Yo estaba descansando

de grandes soledades 2755
en una tarde dulce
que parecía casi
tan tierna como un pecho.
Sobre mí, ¡qué cariño
vertían, entendiéndolo 2760
todo, las mansas sombras
los rebrillos del agua,
los trinos, en lo alto!
¡Y de pronto la tarde
se acordó de sí misma 2765
y me quitó su amparo!
¡Qué vuelta dió hacia ella!
¡Qué extática, mirándose
en su propia belleza,
se desprendió de aquel
pobre contacto humano,
que era yo, y me dejó,
también ella, olvidado!
El cielo se marchó
gozoso, a grandes saltos 2775
—azules, grises, rosas,—
a alguna misteriosa
cita con otro cielo
en la que le esperaba
algo más que la pena 2780
de estos ojos de hombre
que le estaban mirando.
Se escapó tan de prisa
que un momento después
ya ni siquiera pude 2785
tocarlo con la mano.
Los árboles llamaron
su alegría hacia adentro;
no pude confundir
a sus ramas con brazos 2790
que a mi dolor se abrían.
Toda su vida fue
a hundirse en las raíces:
egoísmo del árbol.
La lámina del lago, 2795
negándome mi estampa,
me dejó abandonado
a este cuerpo hipotético,
sin la gran fe de vida
que da el agua serena 2800
al que no está seguro
de si vive y la mira.
Todo se fue. Los píos

más claros de los pájaros
ya no los comprendía. 2805
Inteligibles eran
para otras aves; ya
sin cifra para el alma.
Yo estaba solo, solo.
Solo con mi silencio; 2810
solo, si lo rompía,
también, con mis palabras.
Todo era ajeno, todo
se marchaba a un quehacer
incógnito y remoto, 2815
en la tierra profunda,
en los cielos lejanos.
Implacable, la tarde
me estaba devolviendo
lo que fingió quitarme 2820
antes: mi soledad.
Y entre reflejos, vientos,
cánticos y arreboles,
se marchó hacia sus fiestas
trascelestes, divinas 2825
salvada ya de aquella
tentación de un instante
de compartir la pena
que un mortal le llevaba.
Aún volvió la cabeza; 2830
y me dijo, al marcharse
que yo era sólo un hombre,
que buscara a los míos.
Y empecé, cuesta arriba,
despacio, mi retorno 2835
al triste techo oscuro
de mí mismo: a mi alma.
El aire parecía
un inmenso abandono.

[22]

ETERNA PRESENCIA

No importa que no te tenga, 2840
no importa que no te vea.
Antes te abrazaba,
antes te miraba,
te buscaba toda,
te quería entera. 2845
Hoy ya no les pido,

ni a manos ni a ojos,
las últimas pruebas.
Estar a mi lado
te pedía antes; 2850
sí, junto a mí, sí,
sí, pero allí fuera.
Y me contentaba
sentir que tus manos
me daban tus manos, 2855
sentir que a mis ojos
les dabas presencia.
Lo que ahora te pido
es más, mucho más,
que beso o mirada: 2860
es que estés más cerca
de mí mismo, dentro.
Como el viento está
invisible, dando
su vida a la vela. 2865
Como está la luz quieta,
fija, inmóvil,
sirviendo de centro
que nunca vacila
al trémulo cuerpo 2870
de llama que tiembla.
Como está la estrella,
presente y segura,
sin voz y sin tacto,
en el pecho abierto, 2875
sereno, del lago.
Lo que yo te pido
es sólo que seas
alma de mi ánima,
sangre de mi sangre 2880
dentro de las venas.
Es que estés en mí
como el corazón
mío que jamás
veré, tocaré, 2885
y cuyos latidos
no se cansan nunca
de darme mi vida
hasta que me muera.
Como el esqueleto, 2890
el secreto hondo
de mi ser, que sólo
me verá la tierra,
pero que en el mundo
es el que se encarga 2895

de llevar mi peso
de carne y de sueño,
de gozo y de pena
misteriosamente
sin que haya unos ojos 2900
que jamás le vean.
Lo que yo te pido
es que la corpórea
pasajera ausencia
no nos sea olvido, 2905
ni fuga, ni falta:
sino que me sea
posesión total
del alma lejana,
eterna presencia. 2910

[23]

LA ROSA PURA

La rosa, La rosa pura.
Quiero mandarte la pura rosa.
La que no tiene símbolo ni signo.
La que no pese
porque recuerda un recuerdo. 2915
La que no cante
porque se cogió con el gozo.
La que no tenga fecha,
fecha de hombre, fecha de número,
fecha de mundo: 2920
La que sea su nacimiento puro
sucediendo a su mismo capullo.
La que no diga: “Me quieres”, ni: “Te quiero.”
La que diga tan sólo: “Soy mis pétalos,
mi color, mi forma, soy la rosa pura. Tómame.” 2925
La que no pida
que te la pongas en el pecho.
La que se contente con el encuentro
de su color y tus ojos,
de tu mirada, un instante. 2930
Con el contacto
de su materia y tu vida: tu mano, un instante.
La que te deje vivir
sin rosas, si tú no quieres
tener la rosa en tu vida. 2935

Me lavaré las manos
toda una noche entera en el agua
lenta y lustral de los ríos del sueño,
para cogerla de mañana antes
de que despierte la conciencia, 2940
porque quiero cogerla con los dedos,
no quiero cogerla con un pensamiento.
Y si la cojo así y así te llega,
mis pies recordarán haber pisado
el paraíso, antes 2945
del bien y el mal, de la mujer y el hombre.
Y yo seré una sombra,
y tú serás otra sombra,
sin otra realidad que la que crea
el ofrecernos una rosa pura. 2950

[24]

[De marfil o de cuerpo]

Tú, que tuviste brazos
como vías celestes
por donde descendían
los dioses a las horas
de nuestros dos relojes. 2955

Tú, que tenías piernas
como dulces riberas
de algún río en estío,
frescas para el descanso
o sueño de la siesta. 2960

¿Por qué te has convertido
en abanico antiguo?

Si, mujer, o abanico:
ya te he dado el reposo
que tanto me pedías; 2965
ya estás allí en tu estuche
o en tu vida de siempre.

Estuches de abanicos,
sonrosados por dentro:
tibios forros de raso 2970
todos abullonados,
casi tumba o costumbre.
Cerrada estás, cerrada
sobre ti misma. Tú

que antes te desplegabas 2975
con un tierno crujir
de tela, came o hueso
para entregar tus cielos
de abanico o de alma
a mis últimos pájaros. 2980

Tú, que al abrir tu amor
día por día, beso
por beso,
varilla por varilla
trazabas con tus líneas, 2985
de mujer o abanico,
curvas de came o aire
sobre el fondo del mundo,
ahora escoges la recta
solución de la tumba. 2990
O tu estuche.

A la vida renuncias,
sí. La vida es un júbilo
que inventa redondeces:
astros, burbujas, senos 2995
en la tabla del pecho,
primaveras redondas,
cánticos que rebotan,
elásticos, y labios,
los labios siempre curvos. 3000
Redonda noche, cielo
redondo, amor redondo:
los amantes aprenden
su gran geometría.

Tú supiste de curvas 3005
oh mujer —o abanico—
y tu tela o tu carne,
lentamente agitadas,
despertaron las brisas
más secretas del mundo. 3010
Por ti se estremecieron
las fibras submarinas
y las hoja del álamo.
Cuando tú, por la noche
te abrías, como besos, 3015
el día alboreaba
vibrante como un ala.

Todavía en tu estuche
hay unas tentaciones,

como pétalos viejos 3020
de un ramo que llevaste.
Todavía te dejas
sacar de esa tu vida.
Y con tacto de sombra
voy probando de nuevo 3025
a abrirte en nuestro mundo.
Muy despacio mi mano
mueve
tu materia dulcísima
de marfil o de cuerpo. 3030
Y el aire, el soplo antiguo,
en esta luz de hoy,
como un ayer renace.
La seriedad compacta
de una vida entre rectas, 3035
se rompe, vibra, canta:
salta el beso. Y prosigues
la misión más excelsa
en esta tierra triste:
temblar, hacer temblar. 3040
Velas en los bajeles,
en las alas las plumas,
el ímpetu en el hombre,
las cuerdas en las harpas.

Pero como eres frágil, 3045
se oye tu queja leve,
tu miedo a levantar
las altas tempestades.
Te obedezco, te cierro,
con cuidado infinito, 3050
como si fueras vidrio,
o santa o explosivo.
Y te vuelvo a tu estuche,
—¿es tu vida o tu féretro?—
tan delicadamente 3055
como si yo acostase
al más amado espectro
en un lecho de “déjame”,
de “déjame”, sin fondo.

[25]

[Las hojas tuyas, di, árbol]

Las hojas tuyas, di, árbol 3060
¿son verdes, estás seguro?

¡Qué alegría te corona
por la mañana, a las once,
cuando ya no hay duda y todos
dicen: “Qué verde está el árbol”! 3065

Los pájaros te lo afirman
a gritos, desde las ramas
cargadas de confianza
en el verdor que sustentan.
Pero a la tarde la duda 3070
primera te va tocando
como un pensamiento vago
a una frente, desde lejos.

La duda viene primero
indecisa, hecha matices, 3075
de rosa, de malva, tiernos:
el crepúsculo es la duda.

Cuando la sombra le mata
ya pareces todo negro.

Camina 3080

por dentro, hacia tus raíces
la angustia de cómo eres.

Tus hojas tiemblan, se tocan
a ver si así, por el tacto,
de su verdor se convencen. 3085

Pero el tacto nunca enseña
lo que es claro o es oscuro.

Y así te pasas la noche
inseguro

de tu misma primavera. 3090

La conciencia de tu ser

—¿verde, negro, negro, verde?—

no la tienes tú, está lejos:

las esferas te la traen,

las esferas te la llevan. 3095

Y tú, mar quieto, ¿que eres?

¿Eres azul, verde, gris?

¿Eres un alma serena

que das paz al que te busca?

Qué a gusto estás cuando crees 3100

que el azul tuyo ya es tuyo,

que los ojos que te miran

por tu alegría se alegran;

cuando no tienes secretos

y el que se acerca a tu orilla 3105

ve, igual que ve en la mirada

el que quiere del que quiere,

lo que huscaba, hasta el fondo.

Pero luego, al par del cielo,

te vuelves inquieto, gris. 3110
Empiezas a desdecirte
de la promesa que hacías
de entregarte al que viniera
a mirarte muy despacio
igual que un amor. ¿No puedes 3115
cumplir eso que ofrecías?
No, no puedes: desde el cielo
algo que no es tuyo rige
tu color y tu alegría.
Y por eso tiembles tanto 3120
a la noche; es que no sabes
lo que vas a ser mañana,
si serás gozo o tormento,
hasta que amanezca el día
y tu color se decida. 3125
Y entonces yo, ¿cómo yo
voy a saber lo que soy,
que tengo el alma tendida
delante del cielo mío
con el mar del suyo? ¿Yo 3130
que tengo el ansia lo mismo
que las ramas esperando?
¿Cómo voy a prometerte
ser alegre, para siempre,
ser todo de día, a ti 3135
que eres la luz decisiva?
Alúmbrame y seré claro;
no te quejes de mi pena
si es que tú no me iluminas.
No me preguntes; tú tienes 3140
mi misma respuesta en ti:
lo que tú me digas es
lo que yo contestaría.
Yo solo nada soy; vivo
de la vida que me mandas. 3145
Te doy pena si me das
pena. Mi gozo va a ti
cuando de ti viene a mí,
porque te debe la vida,
y vuelve adonde nació. 3150
Si me preguntas si estoy
salvado en la claridad,
o perdido entre neblinas,
yo me callaré esperando
a que te lo digas tú 3155
que das la luz y la quitas.

[26]

[Qué contenta estará el agua]

¡Qué contenta estará el agua
mañana, cuando despierte
y se encuentre en su cauce,
los dos brazos que la llevan 3160
estrechada a su destino,
entre orillas que se alegran!

¡Qué feliz será la luz,
mañana,
cuando se encuentre a los ojos, 3165
que la apresan, y la emplean,
y sirve ya para ver!

¡Qué perfecto será el pájaro
cuando se encuentren sus alas,
y su cuerpo y los albores 3170
del día, indeciso aún,
con un pío, con un cántico,
en la garganta dormido,
que dé voz a la mañana!

Pero el alma, dime, el alma 3175
que al otro día de aquel
se encuentra ya sin más ojos,
sin más manos, sin más pies,
que los tristemente suyos,
que los solos, 3180
dime ¿En qué cauce, en qué luz,
en qué canto va a vivir
si ya no le queda más
que el cuerpo suyo a esa alma?

[27]

[Paz, sí, de pronto, paz]

Paz, sí, de pronto, paz. 3185
Cuando no la esperaba.
El cielo está ya quieto:
de la tierra ha venido
la paz celeste. Sube

el azul de la tierra 3190
siempre que allí dos almas
se sienten en azul.
Las nubes, las estrellas,
la radiante unidad
celestial, las conquistan 3195
por la tierra, las almas.
Ya no hay viento, no hay ondas
que atormenten el agua
e impidan que veamos
nuestro rostro tranquilo. 3200
Ya me acerco a mí mismo,
en el agua serena.
Una voz ha creado
mi buen reflejo en mí.
Me miro, puedo verme. 3205
Una voz me inventó
esa forma sin lucha
que estoy viendo, soy yo.
Hago treguas conmigo,
me reconozco, acepto 3210
los límites que herían.
El mundo está divina-
mente quieto. Ahora reinan
transparencias en todo.
La materia ha perdido 3215
esa opacidad triste
que la hacía materia.
Las luces de las almas
ya no tienen obstáculos
y la vida es cristal 3220
por donde la esperanza
pasa, sin resistencia,
camino de su alba.
Los pájaros encuentran
el aire más sutil. 3225
Los raudales del agua
corren doble que antes,
sin más esfuerzo que antes.
Es ya siempre de día,
y si vuelve la noche 3230
parecerá la víspera
del día que la sigue.
Me toco el rostro, siento
su realidad de carne
como si fuera el rostro 3235
que quería mi alma.
Los dolores antiguos
eran caretas. Ahora

mi cara es paz, mis manos
para la paz se abren. 3240
El alma dividida
por fin se unió a si misma
uniéndose a otra alma.
Esa es la paz. La paz
sólo se hace entre dos. 3245
Entre dos que luchaban
por vencerse uno al otro,
y que al fin comprendieron
que la victoria siempre
deja atrás un cadáver 3250
de algo que se quería.
Vencer es separarse,
ser dos, el vencedor,
el vencido. Y no hay más
paz, unidad, victoria 3255
sin muerte, que entregarse
las armas escondidas
con que nos defendíamos
y ser uno, en la paz,
dándose las victorias 3260
que antes nos separaban.

[28]

[Tormenta aquí. Pero ¿y allí, donde tá estás?]

Tormenta aquí. Pero ¿y allí, donde tú estás?
¿Verás estos relámpagos que veo?
¿Oírás los truenos
con que amenaza inútilmente el cielo
a las estrellas que están detrás imperturbables?
¿Te llorará la noche, como me llora a mí, mi soledad,
con lágrimas prestadas
y vendederas, lluvia por la frente?
Tus oídos, mis oídos,
tus ojos y mis ojos
¿estarán enlazados
por estos hilos vividos que tienden
rayo y trueno a través de la distancia?

No. Deseo que estés suelta.
Deseo que tu noche sea pura,
que tu mirada pueda
vacilar, escogiendo lentamente
la estrella favorita

que esta noche te va a servir de almohada.
Ojalá lo que oigas
sea el revés del trueno,
el sonoro silencio
donde se escucha lo que no se dice
y se quiere decir o que nos digan.
No, [no] nos quiero unidos
a costa de que sientas
temblar el mundo como yo lo siento.
Ojalá te rodee
la paz que se merece tu mirada,
y en ti la guardes para mi.
Y que cuando mañana nos veamos
y se encuentren tus ojos con mis ojos
tu recuerdo derrote a mi recuerdo 3295
como derrota el ángel a la sombra.
Y que en el día nuevo
sea tu cielo el que nos acompañe.

[29]

[Hora de la cita]

¿La ves? ¿Ves esa hora
escogida en el tiempo? ¿Ves esa hora 3300
escogida en el tiempo
futuro? Tres y media.
¡Qué maravilla, encuentro!
Todo, tus pies, tus manos,
sirviendo a tu querer, 3305
hacia mí te encamina.
Somos como dos líneas
fatalmente llamadas
a converger en una
hora favorecida. 3310
Cuando la línea tuya,
cuando la línea mía,
dejen de correr solas
la intersección será
dos bocas que se tocan, 3315
dos almas que se encuentran
dos vidas que se miran.
¡Qué destino tan recto!
Hay curvas en la vía
del tren. Las carreteras 3320
dan rodeos, parece
que de su fin se alejan,

un momento, jugando.
Pero por los caminos
dos voluntades van, 3325
dos almas van, derechas,
ordenándolo todo:
no nos llevan las rutas,
nosotros, nuestro anhelo,
es quien las lleva a ellas. 3330
Ya no hay quien nos separe.
Lo mismo que en abril
cada mañana acerca
a su rosal la rosa,
lo mismo que a la tarde 3335
cada palmo de sombra
en el suelo alargándose
fatalmente aproxima
a su cielo la estrella,
los minutos que pasan 3340
por todas las esferas
nos empujan, seguros,
un cuerpo hacia otro cuerpo.
Ya no vivimos, no,
en la tierra. Vivimos 3345
como la gota de agua
en el caudal del río,
rumbo a la confluencia.
El tiempo es nuestro, nuestro.
Nuestro dueño es esclavo, 3350
y él, que nos separaba
cuando nos despedíamos
sopla ahora nuestras velas,
nuestras almas tendidas.
No somos ya nosotros: 3355
somos el tiempo. Todo
minuto que transcurre
hacia las tres y media
es igual que un latido
de nuestro corazón, 3360
latido de querencia.
El tiempo que circula
por las venas del mundo
y la sangre que corre
aquí, por nuestras venas 3365
quieren lo mismo, ya:
acercarnos, juntarnos.
No hay que luchar; dejarse
arrastrar dulcemente
por las ondas suaves 3370
—segundo tras segundo—

de una ausencia que pronto
acabará en presencia.
Voy, vienes, vienes tú,
voy yo. Verbos dulcísimos 3375
que dentro de un momento
como el sol y la nieve
se juntarán soltando
el raudal jubiloso.
Nuestro encuentro es fatal. 3380
Tendría que acabarse
el mundo, un cataclismo
de cielos y caminos
se necesitaría
para que no se logre, 3385
entre torrentes de alba,
entre extremos de cántico,
la gloria de la cita.
Lo quieres tú, lo quiero
yo. Y delante de dos 3390
voluntades magníficas
bellas como los astros,
como el mar o las bestias
divinas y animales
donde todo funciona, 3395
los músculos y el alma,
hacia su reunión
¿el mundo qué va a hacer
sino matar sus furias,
soltar ángel y arcángel, 3400
y reducirse todo,
ahora, a las tres y media,
a campo del encuentro,
a puro paraíso,
donde otra vez empiece 3405
entre tú y yo, la historia
inocente, la vida?

[30]

[¡Cuánto nos falta por fuera!]

¡Cuánto nos falta por fuera!
¡Qué tiempo tan corto, el nuestro
cuando el mundo nos lo cuenta! 3410
¡Qué caminos tan cerrados
cuando buscamos caminos
sobre la faz de la tierra!

¡Que futuro tembloroso,
si se el mira 3415
con la mirada aritmética
que cree que el porvenir
es un año, más un año,
y así todos,
hijos de la misma pena! 3420
¡Qué tristes nos sentiremos
si miramos a los otros
y queremos ser así
lo mismo que ellos: hacemos
traición a nuestra pareja! 3425
¡Si desertamos los seres
inconfundibles que somos
por querer ser como son
las sombras que nos rodean!
Nos hemos ido probando 3430
las vestiduras ajenas:
no sirven para nosotros,
todas nos están estrechas.
No, las medidas del mundo
son para ti y para mí 3435
las medidas de la pena.
No intentemos vivir más
dentro de ellas.
Un mar no cabe en un lago,
una mirada no cabe 3440
en los ojos que la engendran,
y un alba nunca ha cabido
en una lámpara. Como
las arañas, las bombillas
llorando están, porque sueñan 3445
con ser esa luz total
llamada el día: la luz.
No. ¿Por qué querer vivir
en las medidas estrechas
que tanto daño nos hacen 3450
al ponérmolas
sobre los cuerpos del sueño?
Vamos, ven conmigo, vamos.
Vamos a buscar las nuestras.
No te busques ni me busques 3455
en eso que se nos niega,
del mundo de los demás.
Un mundo maravilloso
se nos está dando, mientras,
al otro lado. 3460
Escápate de ese afuera
que nos hechizó un instante,

y verás, al dar la vuelta
cuanto tenemos por dentro.
¿No ves nuestra vida allí? 3465
Hagámonos nuestro tiempo
nosotros mismos. Las horas,
los días irán latiendo
al compás de ese reló,
primero y solo, el eterno 3470
reló, que cuenta la vida
desde la caja del pecho.
Inventemos nuestro espacio
(¡Qué ahogado el espacio ajeno!)
Su cielo siempre lo enuestran 3475
los que se buscan su cielo,
sin brújulas razonables,
oscuramente, hacia dentro.

La vida nos dice: “No.
No podéis.” Pero nosotros 3480
decimos: “Sí, sí podemos.”
Si en la vida, en la de todos
no hay para nosotros hueco,
dos seres pueden bailar
otra vida en esta vida, 3485
si quieren seguir viviendo.
Y cuando ella, desde afuera
nos manda
separarnos, por sus leyes,
otra ley paciente y honda, 3490
—voluntad de no morir—
nos dice
que aunque apartados en ella,
aquí dentro, en nuestra vida
por nosotros aiunbrada, 3495
que ya se siente nacer,
nunca nos separaremos.

que porque tú los miraste
te saben el alma ya.
Las cosas tristes se aprenden
en esos espejos fáciles 3510
fingidores de verdad.
No, tu alma no es así.

Ni te la busques sumando
día a día noche a noche,
porque un alma nunca está 3515
en jaulas de la costumbre.

Quiere más.
Aunque tú andas por allí,
por tus actos, animándolos,
tú eres más. 3520

[32]

[La tierra tarda, tarda]

La tierra tarda, tarda,
en hacer su alegría
sus árboles, su flor.
Hay que echar en el tiempo,
en el azar, sembrada 3525
una esperanza mínima,
seca, que nos quedaba
de la vid de antes.
Y esperar que la fría
lentitud combinada 3530
de la tierra y del sol,
en rodar de estaciones
nos devuelvan un día
mayor, sí, renovada,
la espiga o la granada, 3535
las delicias terrestres.
Pero las almas tienen
un don de primavera,
poder de dioses. Pueden
hacer brotar de pronto 3540
en páramos, en penas
las alegrías súbitas
Las sorpresas más altas
las llamas surtidoras,
cuando siembran 3545
una querencia ardiendo
allí donde otro anhelo
ardiente le esperaba
y el mundo va deprisa
y el gran goce madura 3550
sin víspera instántaneo,
contra la ley terrena,
por el fuego del alma.
Y nos brota la flor
suprema, la sorpresa 3555
en el día, en el aire
que menos lo esperaba.

[33]

[También las voces se citan]

También las voces se citan.

¿Y dónde van a citarse
si no es en el aire inmenso 3560
que es su mundo? Pero el aire
no tiene caminos, nombres,
ni números ni señales.

La voz no puede decir
a su amada, la otra voz: 3565
“Allí, junto al chopo aquel.”
(¡Qué yermo el aire, sin árboles!)

La voz no puede decir:
“En la playa.” Nunca hay olas
en los páramos del aire: 3570
solo esos ecos de espuma,
si altas vuelan, alas blancas.

La voz no puede decir:
“En la esquina de esa casa
pintada de azul.” (¡Qué tristes3575
los despoblados del aire,
donde se afanan los pájaros
por inventarse ciudades!)

Y salen las voces, salen,
allí, en lo oscuro calladas, 3580
allí, por el cielo inmenso,
sin saber dónde encontrarse
a ciegas, desesperadas,
siempre en busca del milagro
de baliar en el aire inmenso 3585
a la voz de la pareja, siempre
esperando y esperada.

Y andan arriba y abajo,
dan vueltas, se ciernen, paran.

No se las oye: las voces 3590
del amor no suenan nunca,
una sola y otra sola:

brotan las dos al juntarse;
o no nacen, se malogran.

Por eso la noche está 3595
llena de voces ansiosas
que se quieren. Y el silencio,
para el que vive en amor,
no es más que un buscarse trémulo,
de dos voces voladoras. 3600

[34]

[Ahora te veo más clara]

Ahora te veo más clara.
No, no es por el mediodía,
por favor de la mañana.
Es que floraste y lloré,
porque ya no nos veíamos. 3605
Y nos vimos por las lágrimas.
Las lágrimas fueron luz.
Al pasar por sus cristales,
puras lentes del dolor,
tu imagen se quedó limpia, 3610
ya para siempre, en mi alma.

Ahora te tengo más alta.
Te he hecho sufrir sin querer,
por quererte. Cada angustia
que de mi amor te ha nacido 3615
en vez de hundirte en la pena
a otro escalón te empinaba
de tu propia gloria en mí.
Cada dolor por mi culpa
te volvía más sagrada. 3620
Ahora no estás a mi lado:
miro hacia arriba y te veo.
Pero tú hacia mí te inclinas,
y hasta mi suelo te tiendes,
escala de tu cariño, 3625
desde arriba, tu mirada.
Ahora estás lejos. Mi afán
de tenerte siempre cerca
te dio a ti afán de distancia.
Yo, ciego, siempre creyendo 3630
que los abrazos enlazan,
te abrazaba y te abrazaba.
Ahora ya sé que los árboles
tienen sus pájaros fieles
porque las ramas no atan: 3635
ofrecen. Y que las nubes
nunca desertan los cielos
porque los cielos las dejan
que ellas escojan su rumbo
y que vengan o se vayan 3640
como quieran, siempre abiertos
para que se busquen ellas
su camino. Amor, o cielo,

no son un camino son
una oferta de infinitos 3645
caminos, a nubes, almas.

¿Estarás ahora más cerca?
¿Tú, libre, suelta, lejana,
estarás ahora viniendo
hacia mí, porque me callo, 3650
porque mi voz silenciosa
ardiendo toda de espera,
parece que no te llama?

[35]

[¿Te acuerdas del laberinto?]

¿Te acuerdas del laberinto?
Circunstancias, condiciones. 3655
murallas de verde mirto,
a la izquierda, a la derecha,
tristemente regulares,
encauzaban nuestra ansia
con sus rectas inflexibles, 3660
nos quitaban lo infinito.
¡Qué ir y qué venir tan torpes!
Las sendas del laberinto
nos parecían caminos
y todo era andar, doblar 3665
esquinas sin horizonte
para encontrarnos, llorando,
otra senda como aquella
de que habíamos salido.
Yo buscaba, tú buscabas. 3670
Yo corría por delante,
te decía: “Por aquí!”,
creyendo que había hallado
en mi corazón el hilo.
Y tú me mirabas triste, 3675
te soltabas de mi mano
y tu sueño de salir
nos separaba, aunque estábamos
tan cerca, allí, tan unidos.
¿Unidos? Nunca estarás 3680
unida, junta, conmigo,
en un laberinto: sólo

puedes estar pinto a mí,
cuando sientes muy abiertos,
para irte, para quedarte, 3685
los rumbos y los caminos.
¡Cómo me dolió la vida
cuando te vi en la mirada
que ya te estaba pesando
en andar así conmigo: 3690
que ya no eras mía, no!
Que a mi lado te tenía
no tu alegría gozosa,
no, ni tu alegre albedrío,
sino un penoso buscarle 3695
salidas al laberinto.

Pero de pronto cantó
libre pájaro invisible,
por allá arriba. ¡Qué grito
di al ver lo que nos decía! 3700
No andando, no, no con pies
se le encuentra su misterio
al amor o al laberinto.
Se le encuentra con el vuelo,
hacia arriba, con las alas. 3705
Y ahora estamos escapados
de los sinos rectilíneos.
Libres, sueltos. Tú te vas,
volando, alegre. Te miro
te pierdo de vista. Espero. 3710
¿Volverás, no volverás?
¿Estamos lejos o cerca?
¿No podemos estar juntos
como están juntos dos pájaros,
en el azul voluntario, 3715
mejor que en el laberinto?
Lo que yo te ofrezco ahora
no son caminos trazados
entre murallas de mirtos:
es un ámbito sin límites, 3720
un cielo de amanecer
por donde tus vuelos tracen
libres, sueltos, jubilosos
tu destino. Mi destino.

[36]

[Canción de la vida total]

Mi vida oscura, 3725
mi vida honda,
calor profundo,
sin luz ni aire
la vivo en ti.
Por ti me siento 3730
tierra en la tierra,
su inevitable,
hijo, materia
antigua. Ella
por ti me nutre, 3735
por ti recibo
la sangre lenta
la triste sangre
que viene del centro del mundo,
que nunca se asoma a la luz. 3740
Por ti padezco
esa conciencia,
tan dolorosa
que es el espacio
donde se está: 3745
no los demás,
los que queríamos.
Porque tú eres,
tú, mi raíz,
tú, mis raíces. 3750
De ti me llega
la porción honda,
de abajo, eterna
de mi existir.
Por ti soy uno, 3755
uno fatal.
Fatalidad
de la raíz.

Mi vida clara,
mi vida alegre, 3760
la vivo en ti.
Por ti los pájaros
juegan en mi.

Por ti las nuhes
altas del cielo, 3765
—gotas de lluvia—
en mí se paran,
me besan lentas
antes de ir
hacia su tumba. 3770
Por ti los vientos

inventanl cánticos,
suspiros, síes,
aquí en mi vida.
Tú eres mis hojas 3775
tú eres lo verde
que en mí existía.
La primavera
se me conoce
sólo por ti. 3780
Tú eres mi hoja.
Por ti soy ciento,
mil, más, las hojas.
Por ti me siento
plural vivir. 3785
Por ti me arranco
me voy volando,
—aires me llevan—
del sitio triste
donde nací. 3790
Mi vida extrema,
mi vida máxima,
la vivo en ti.
Por ti se logra
en mí lo puro. 3795
La forma bella
tú me la inventas.
Por ti ya dejo
de ser tan sólo
el ser pasivo, 3800
el que recibe
dones del mundo:
por ti yo mismo
me vuelvo don.
Por ti ml vida 3805
crea otras vidas.
Por ti me encuentro
ya con mi fin:
mi perfección.
Tú eres mi flor. 3810

Por eso vivo
entero todo,
dentro de ti,
de arriba a abajo,
de abajo a arriba: 3815
flor, florecido;
trémulo, hoja,
hondo, raíz.

[37]

[Mira, vamos a salir]

Mira, vamos a salir 3820
de tanto ser tú y ser yo.
Deja tu cuerpo dormido,
deja mi cuerpo a tu lado,
déjalos.

Deja tu nombre y el mío,
deja la que nos dolió 3825
y vamos a descansar
de nosotros, con nosotros;
vamos a jugar a que éramos
los mismos, pero otros dos.

Ya sin el cuerpo ni el nombre 3830
vamos a probarnos formas,
seres a ver si vivimos
en otra cosa mejor.

Vamos a probarnos árboles;
dos árboles que aunque tengan 3835
muy apartados los troncos,
se buscarán por arriba,
se encontrarán con sus hojas,
se tocarán con la flor.

Vamos a probarnos olas 3840
que corren una tras otra,
separadas y jugando,
hasta que en la arena tibia
se les acaba el ser dos.

Y si aún te sobra materia 3845
vamos más allá. Podemos
ser dos silencios, tan juntos
que nadie sienta que ese
silencio de alrededor,
es doble, porque dos voces 3850
callándose, to forjaron
para entenderse mejor.

Y si quieres más probemos
a ser luz,
tú una llama, yo otra llama, 3855
tú una mitad, yo la otra
de esa luz, que para serlo
a los dos nos necesita
y nos contiene a los dos.
Y todavía podemos 3860
huir más allá:
fingirnos que no existimos,

vivir
en un mundo prenatal
en donde estar juntos sea 3865
un inmenso estar perdidos
uno en otro, indivisibles,
como en el mar y en el cielo,
antes que los separara Dios.

Y luego verás qué alegre 3870
es el regreso a nosotros
el encontrarme contigo,
conmigo, con el dolor,
con tu voz y con mi nombre.
Verás, verás, qué milagro 3875
es mirarnos, es tocarnos
verás qué revelación
es vernos, volver a vernos
en estos rostros fatales
donde el alma nos vivió. 3880
Por jugar a que dejábamos
de amarnos, ¡qué verdadero
nos va a ser siempre el amor!
¡Qué pareja
nos va a nacer, tan alegre, 3885
tan segura, de este adiós!

[38]

[Cuando el día se acaba]

Cuando el día se acaba
aún no empieza la noche.
Cuando tu voz se calla
aún no empieza el silencio. 3890
Hay un lento crepúsculo
de la luz de tu voz
por los cielos del alma.
El son de las palabras
se extinguió pero ellas 3895
flotan, nubes rosadas
áureas. Tornasoles
y nácares de voz
aseguran que existes
detrás del horizonte, 3900
que hablarás.
Cuando vuelva a sonar
tu voz será de alba.

Si decías “delicia”
al dejar de decirlo 3905
los sones, sí se apagan,
mas ya, como una estrella
de siete puntas, letras,
en el silencio oscuro
“delicia” se alumbraba. 3910
La corporal materia
se volvía a su nada
pero las claras almas
de lo que tú quisiste
decir, allí en el cielo 3915
del callar se salvaban.
Vueltas constelaciones
de pensamientos puros
me poblaban la noche.
Y el silencio absoluto, 3920
ni la noche vacía,
no existen ya. Son sólo
el estrellado espacio
que el gran orden del mundo,
del amor, necesitan 3925
para ir desde tu voz
—crepúsculo— de hoy,
a tu otra voz —aurora—
delicia, de mañana.

[39]

[Cara a cara te miro]

Cara a cara te miro, 3930
destino. Ya te entiendo.
Ya no eres tú, ya eres,
igual que yo, yo mismo.
¡Qué de años anduvimos
tú por tu lado, yo 3935
aparte, tan perdidos!
Como el aire y la lona
antes de desposarse,
ajenos, parecíamos
dos quererres distintos. 3940
Pero en un día azul,
cuando el mar se alborozaba
en delicias innúmeras
de espumas o de conchas
se comprende por fin 3945
que el viento es el destino

único de la vela,
que la vela no tiene
otra suerte que el viento.
Ya no habrá tierras lejos: 3950
las alcanzan las quillas
por gracia de las bodas
con que ahora las coronan
las rachas y la tela.
Vivir es una larga 3955
promesa de promesas.
Cada una que se cumple
hace como la for:
entregar la semilla
de otra promesa al suelo. 3960
Los latidos de siempre,
suenan como gozosas
sorpresas en el pecho.
Estaban, sí, allí todos
cual pájaros dormidos 3965
en la noche sin luz,
y ahora, al albor, despiertos.
Alentar, ver, oír,
sentir la carne amada,
mirar lo que nos mira, 3970
y besar a su beso,
todo
sabe a descubrimiento.
El mundo se entreabre:
se ve que era un capullo. 3975
Resurrección del hombre,
resucitar sin muerte,
sin tumba, aquí en el cuerpo
que al nacer nos tocó;
tan milagrosa como 3980
el despertar diario.
Y es porque ya te he visto
que eres, destino, amigo.
No, no estoy en el mundo
en su pena, en su gloria, 3985
en este amor, arriba,
porque una fuerza extraña,
destino, lo dispuso
venciéndome, cual vencen
los cauces a sus aguas. 3990
Estoy porque yo quiero,
porque sí porque sí,
porque mi sí lo quiso.
Ahora el agua y el cauce
el querer y el destino, 3995

se han visto: no luchaban
con dispares anhelos
no, que los dos querían
sin saberlo lo mismo.
Que los dos trabajaban
paralelos e iguales
como las nubes altas
y el calor de la tierra,
por una misma flor:
por fin, sí, la unidad
en el amor más alto,
del querer y la suerte,
por fin, si, la concordia
de los suenos y el sino.

[40]

[“Fue” es duro como piedra]

“Fue” es duro como piedra. 4010
Pero a veces las almas
cuando no tienen más
descansan en un “fue”
lo mismo que en la almohada
y se duermen pensando 4015
en que un tiempo fue plumas.

Otras veces las almas esperan, esperanzas
que se llaman “va a ser”,
o “sí, será”, o “ya viene”. 4020
La infinita, la inmensa,
con su gloria y su peso,
vida, toda redonda,
toda la vida, puede
vivirse en un “quizá”. 4025
Igual que a las esferas
les basta solo un punto
de contacto en la tierra
para apoyar su mundo.
Pero hay almas que nunca 4030
descansan ya ni esperan,
sentadas a la orilla
de la delgada voz
con que la ya imposible
dicha les dice siempre: 4035
“Pude ser, pude ser.”

[41]

[¡Cuánto sabe la flor! Sabe ser blanca]

¡Cuánto sabe la flor! Sabe ser blanca
cuando es jazmín, morada cuando es lirio.
Sabe abrir el capullo
sin reservar dulzuras para ella, 4040
a la mirada o a la abeja.
Permite sonriendo
que con su alma se haga miel.

Cuánto sabe la flor! Sabe dejarse
coger por ti, para que tú la lleves, 4045
ascendida, en tu pecho alguna noche.
Sabe fingir, cuando al siguiente día
la separas de ti, que no es la pena
por tu abandono lo que la marchita.

¡Cuánto sabe la flor! Sabe el silencio; 4050
y teniendo unos labios tan hermosos
sabe callar el “¡ay!” y el “no”, e ignora
la negativa y el sollozo.

¡Cuánto sabe la flor! Sabe entregarse,
dar, dar todo lo suyo al que la quiere, 4055
sin pedir más que eso: que la quiera.
Sabe, sencillamente sabe, amor.

[42]

[Se puede vivir en nidos]

Se puede vivir en nidos,
como las aves querrían.

Se puede vivir en pechos 4060
como quieren
acabar las violetas
y los amores impares.

Se puede vivir en llamas,
cuando se quema un papel 4065
y ya no quedan palabras
sino luz resplandeciente.

Se puede vivir, también,
a veces viven las vidas,
bajo los techos, en casas, 4070
o en veletas, como el aire.

Pero nosotros vivimos
un día dicha sin nidos,

sin techos y sin veletas.
Viviéndola 4075
en un color verde, en un
color verde sobre ruedas.

[43]

[Si te espero siempre]

Site espero siempre
¿Por qué eres sorpresa?
Si estoy como el árbol, 4080
esperando al pájaro,
—mensajero alto—
con todas las ramas
del ardor tendidas.
¿Por qué, como el árbol, 4085
tiemblo cuando llegas?
¿Y por qué me pasma
la insólita vuelta
de lo repetido, 4090
del invierno claro,
detrás del otoño,
del estío inédito
tras la primavera?
La vuelta... ¿fatal?
¿Sin querer nosotros? 4095
No, no. La queremos:
tras de su antifaz
de don a la fuerza,
se le ve su rostro,
libertad suprema. 4100
Si te estoy pidiendo,
igual que se piden
la luz y el reflejo
¿por qué, si me miras
me asombro 4105
de ver que mi alma
devuelve a tus ojos
tu misma belleza?
Te conozco, sí,
comoe conocen 4110
el fuego y los números.
Pero al verte siempre
parece que dejás de ser
por primera vez
la desconocida. 4115
Mi ser está lleno

de infinitas sendas
que han hecho tus pasos
de andar en mí tanto.
Tengo 4120
La vida sembrada
de huellas, las huellas
sólo de tus plantas.
Entonces, ¿por qué
cuando tú me andas 4125
a besos, a sueños,
por esos senderos,
por qué me parece
que el alma se estrena?
Todo me lo das 4130
y todo te queda.
Siento los tesoros
que tú has puesto en mí
igual que se siente
la edad de la vida 4135
dentro de las venas:
siento mi riqueza.
Entonces
¿por qué al darme algo
no parece más, 4140
y tiemblo de gozo
como tiembla el alma
al ver que la suerte
se inclina, se inclina,
y le da la dulce 4145
dádiva primera.

[44]

[¿Por qué querer deshacer?]

¿Por qué querer deshacer?
un nudo que Dios ha hecho?
Sí, yo sé que los dos hilos
andaban flotantes, sueltos: 4150
pero un día sopló un viento
que venía de lo alto,
que los empujó uno a otro.
Y al tocarse se enlazarón
se estrecharon, sin remedio. 4155
¡Qué nudo ya entre dos vidas!
¡Qué punto en que dos destinos
al apretarse, cruzados
con el calor de dos cuerpos,

crean un destino nuevo: 4160
las almas indisolubles!
Y un día
nos encontramos los dos
llorando ante el nudo estrecho.
¿Cortarlo? Tú lo quisiste. 4165
Tentaciones de cuchillo
te brillaron por momentos.
Pero si el nudo cortabas
te cortarías tu hilo,
y el mío, a mí, porque en él 4170
estamos los dos unidos.
Cortar un nudo es cortarse
los dos hilos que lo hicieron.
¿Desenredarlo? Las manos
lloraron de pena larga, 4175
porque el alma no quería
y lo intentaban los dedos.
¡No lo toques! ¡Déjalo!
Resístete, si tú quieres,
a que el viento antiguo siga 4180
acercándonos, haciendo
nuestro nudo más estrecho.
Vuelve a ser el hilo tuyo,
libre, suelto. Nuestros hilos
volverán a separarse 4185
como si fueran distintos.
Pero allá atrás quedará
—¡no la mates!— la memoria
viva de haber sido más
que dos pobres vidas sueltas. 4190
Y el recuerdo de ese nudo
en que los dos fuimos uno,
porque queríamos serlo,
ha de durar, sin atarnos,
no ya como nudo, no, 4195
sino como lazo eterno:
voluntad de no soltarse
de algo que nunca se suelta,
amor, lazo, en nuestros pechos.

[45]

[¿Dónde está mi vida, di?]

¿Dónde está mi vida, di? 4200
¿Tú sabes por dónde anda?
¿Está alternando con pájaros
por las salas de los aires?

¿Está flotando en el agua?
¿Está enterrada en la tierra, 4205
esperando que le salgan
las flores que se promete?
Ni [en] agua o aire o en tierra,
está mi vida. La tienes
tú, toda entera entregada. 4210
Yo no la llevo en mi cuerpo.
Tú la tienes. Ella es
lo que tú estés ahora haciendo
con ella dentro de ti.
¿Está alegre o está triste? 4215
Yo no me atrevo a tener
alegrías o tristezas,
sin preguntarle a tu alma
por el color de mi vida.
Por eso tampoco tengo 4220
mi muerte aquí en este pecho.
Tú, que posees las magias
que le dan vida a mi vida
tienes las flechas, también,
con que mi vida se mata. 4225
Flechas de tu voluntad,
aceros de tu mirada
que si un día lo decides
vendrán a mi disparadas,
a matar a un ser ya muerto 4230
muerto ya cuando le toque
en la carne la saeta.
Porque yo me moriré
antes de sentir la muerte
aquí, donde está mi cuerpo, 4235
desde el momento en que tú
me hayas matado en tu alma.

[46]

[¿Es de acero, de mármol, di?]

¿Es de acero, de mármol, di
su fuerza?
¿De qué está hecha? 4240
¿En los abismos de la tierra
por bodas de la tierra y de los siglos
su dureza, si es mármol?
¿Por los pactos del fuego con el agua,
halló su temple, si es de acero? 4245
No sé; pero conozco

su poder contra todo, aquí en mi pecho.
Pueden venir las nubes, rodearla;
mas su blancura al fondo, perdurable.
Pueden venir las garras y los picos 4250
de las eternas ayes predatorias
de este mundo: las penas,
a desgarrarla: intacta
resistirá su gracia.
Pueden venir los días y las noches 4255
y engendrando sus hijos más feroces
los años, las flaquezas,
querer quebrar su filo limpio.
Mas su temple
resistirá los tiempos 4260
entre un gran cementerio de relojes.
Y las innumerables
fuerzas del mundo este,
las lágrimas, los rostros desolados,
que llaman desde atrás, junto al naufragio, 4265
nada podrán contra su fuerza pura,
y su inocencia, que querer se llama.
Pero si tú, tan solo tú, la tocas
con un soplo, tan solo con el soplo
sin garras, sin poder, 4270
con que se dice: “Adiós, no más, adiós”,
ella, la vencedora
de apocalipsis, años y distancias
se rendirá sin ruido, ya deshecha,
nada, como tiernísima 4275
burbuja sin materia. En ti reside
la más que fuerza, fuerza que la mate.

Es mi felicidad. ¿No la conoces?

[47]

[No, yo no creo en ti, como se cree]

No, yo no creo en ti como se cree
en el tic tac del corazón que oigo, 4280
muy lejano al quedarme solo
en este hueso de la frente que mi mano,
toca como buscando
tin límite a un dolor
ni como en la segura 4285
luz del día siguiente al acostarme.

Yo creo en ti de otra manera.

Creo en ti como
como en aquella coincidencia
que una tarde de agosto vio en su seno, 4290
de fiestas de la tierra,
de los cielos del mar. Cuando las nubes,
de alegres y ligeras, espumantes,
se sentían en sí un ala de ola,
y se rompían en el horizonte. 4295
Cuando las nubes.

Creo en ti como creo en esa tarde
que fue que ya no es, como que Dios
puede fijar de nuevo cuando quiera 4300
con el cielo y la tierra y el mar mismo.
Creo en ti como en un
sueño que tuve y que su me ha olvidado.
Un sueño que fue un sueño de los sueños,
y del que nada sé más que su gloria,
incomparable a todo. 4305
Como yo [soy el] mismo y cada noche,
duermo y tengo mis sueños,
quizá un día
vuelva a soñar lo que he soñado.

Creo en ti como en el agua: 4310
que estaba aquí y no está
que ayer pasaba
junto a mí y ha corrido,
y anda yo no sé dónde:
pero como ando yo también acaso 4315
un día me la encuentre en algún lado.

Creo en ti con la fe
en el milagro, en el acaso, en el retorno
de toda la hermosura que ya ha sido
y que por eso puede ser de nuevo. 4320
Creo en ti como en eso que se escapa,
pero que no se muere y vuelve un día.
Creo en ti con la fe
en lo inseguro, en el prodigio,
como se cree en lo que no se ve, 4325
pero se mira con los ojos siempre
vueltos adentro, hasta que ellos lo traigan.

[48]

[Una nube color de rosa]

Una nube color de rosa,
una noche de primavera,
en el cielo de Nueva York. 4330
No tiene nada, nada, nada:
no quiere nada: invulnerable,
ignorante de la pasión
que abajo bulle, hecha de amor
y de oropel y de traición 4335
a todo lo que fue paraíso,
dos ojos y cien rascacielos
la miran con adoración.
Porque ella, recién hecha, deshecha
y vuelta a hacer y deshacerse, 4340
jugando a ser su sí y su no,
de Harlem a La Cuarenta y Dos
es la ciudad. La verdadera
ciudad para mí y para ella
es la ciudad para los dos, 4345
con todas las puertas abiertas,
las puertas que abajo se cierran
por un inexplicable error
que me ha hecho llorar muchos días.
La ciudad nube, nada, sueño, 4350
donde está nuestra salvación.

[49]

[Anochecido otoño]

Anochecido otoño,
¿son azar esas gotas,
lentas reshaladoras
por el cristal abajo, 4355
mientras solloza el hierro?
¿Son agua sin destino,
vacías de misión,
huérfanas de unos párpados,
de un alma, de un dolor? 4360
¿Son nada, son la lluvia
en una ventanilla,
mientras que corre el tren
deseándole al alma
todo lo que quería? 4365
No, no son gotas vanas.
Un ansia de llorar,
unos ojos ardiendo
desde un alma transida

las miran deslizarse. 4370

Y se paran las lágrimas
que en su borde temblaban:
no salen, no hacen falta
ya tienen otra forma.

Porque allí en el cristal, 4375
con lágrimas de lluvia,
de Dios, de cielo, está
sin que lo vea nadie
llorando un alma humana.

[50]

[No rechaces los sueños por ser sueños]

No rechaces los sueños por ser sueños. 4380

Todos los sueños pueden
ser realidad, si el sueño no se acaba.
La realidad es un sueño. Si soñamos
que la piedra es la piedra, eso es la piedra.

Lo que corre en los dos no es un agua, 4385
es un soñar, el agua, cristalino.

La realidad disfraza
su propio sueño, y dice:

”Yo soy el sol, los cielos, el amor.”

Pero nunca se va, nunca se pasa, 4390
si fingimos creer que es más que un sueño.

Y vivimos soñándola. Soñar
es el modo que el alma
tiene para que nunca se le escape
lo que se escaparía si dejamos 4395

de soñar que es verdad lo que no existe.

Solo muere

un amor que ha dejado de soñarse
hecho materia y que se busca en tierra.